

















LARIO

NOVENTA Y TRES

---

TOMO TERCERO.







VICTOR HUGO

---

# NOVENTA Y TRES

NOVELA HISTÓRICA, ORIGINAL

TRADUCIDA

POR D. N. FERNANDEZ CUESTA.

---

PRIMERA NARRACION.—LA GUERRA CIVIL.

---

TOMO III.

SEGUNDA EDICION.

MADRID

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

CALLE DEL PRINCIPE NÚM. 4.

—  
1874.





## ADVERTENCIA.

Los editores Gaspar y Roig han adquirido el derecho exclusivo para publicar esta obra en idioma castellano en Francia, España y sus posesiones ultramarinas, por lo que se perseguirá à cualquiera que infrinja las leyes de propiedad literaria vigentes en la materia.



TERCERA PARTE.

EN LA VENDÉE.

(CONTINUACION.)







LIBRO TERCERO.

EL MARTIRIO DE SAN BARTOLOMÉ.





I.

Los niños se despertaron.

Primero despertó la niña.

El despertar de los niños es como el abrirse de las flores ; parece que se exhala un perfume de aquellas frescas almas.

Georgina, la niña de veinte meses, la menor de los tres, que en mayo aun estaba mamando, le-



---

vantó su cabecita, se sentó, se miró los pies y se puso á charlar.

Daba en su cuna un rayo de luz matutina y hubiera sido difícil decir cuál era mas sonrosado, si la aurora ó el pie de Georgina.

Los otros dos niños dormían aun; los varones tienen el sueño mas pesado: Georgina alegre y tranquila, charlaba.

Renato era moreno; Alan tenía el pelo castaño y Georgina era rubia. Estos matices de color, en la infancia de acuerdo con la edad, suelen cambiar despues. Renato tenía un airecillo de pequeño Hércules; dormía boca abajo con los puños en los ojos. Alan tenía las piernas fuera de la cuna.

Todos tres estaban andrajosos. Los vestidos que en el batallon del Gorro Colorado les habían dado, se habían roto en mil pedazos; apenas tenían camisa; los dos niños estaban casi desnudos y Georgina llevaba un trapo que en su tiempo había sido vestido, pero que ya no era sino corpiño. No era fácil averiguar quién cuidaba de aquellos niños. No tenían madre á su lado que mirase por ellos; los salvajes y guerreros aldeanos que les llevaban en pos de sí de bosque en bosque, les daban su parte de rancho y á eso se reducía todo el cuidado.



---

Los niños se componían como podían; tenían á todos por amos pero á ninguno por padre. Sin embargo, los andrajos de los niños son una cosa llena de luz: estaban hechiceros.

Georgina seguía charlando.

Lo que un pajarillo canta, un niño lo charla: es el mismo himno, indistinto, balbuceado, profundo. El niño tiene además lo que no tiene el pájaro: el porvenir, el oscuro destino humano delante de sí. De aquí la tristeza de los hombres que oyen, contrapuesta á la alegría del niño que canta. El cántico mas sublime que puede oirse sobre la tierra es el balbuceo del alma humana en los labios del niño. Ese confuso cuchicheo de un pensamiento que todavía no es sino instinto, contiene un como llamamiento inconsciente á la justicia eterna; quizá es una protesta hecha en el umbral de la vida antes de atravesarlo para entrar, protesta humilde y doliente; esa ignorancia que se sonríe á la vista de lo infinito compromete toda la creación en los destinos de aquel sér débil y desarmado. La desgracia, si acontece, será un abuso de confianza.

El murmullo del niño es mas y es menos que la palabra: no son notas, y es un cántico; no son



---

sílabas, y es un lenguaje; ha principiado en el cielo y no tendrá fin en la tierra; existe antes del nacimiento y sigue: le es una simple continuación. Se compone de lo que el niño decía cuando era ángel y de lo que dirá cuando sea hombre: la cuna tiene un Ayer, así como el sepulcro tiene un Mañana; el Ayer y el Mañana amalgaman en ese gorjeo oscuro su respectivo secreto; y nada prueba tanto la existencia de Dios, la eternidad, la responsabilidad, el dualismo del destino, como esa sombra formidable en esa alma color de rosa.

Lo que balbuceaba Georgina no la entristecía porque todo su hermoso semblante era una pura sonrisa. Sonreía su boca, sonreían sus ojos y sonreían también los hoyuelos de sus mejillas. Desprendíase de aquella sonrisa una misteriosa aceptación de la aurora. El alma tiene fe en el rayo de luz; el cielo estaba azul, hacía calor y un tiempo hermoso; la débil criatura, sin saber nada, sin conocer ni comprender nada, muellemente sumergida en imaginaciones infantiles, se creía segura en medio de aquella tranquilidad de la naturaleza, de aquellos árboles inocentes, de aquel verdor sincero, de aquella campiña pura y pacífica, de aquel ruido de nidos, de fuentes, de moscas, de hojas,



---

por cima de las cuales resplandecía la inmensa inocencia del sol.

Después de Georgina se despertó Renato, el mayor, el grande, que tenía ya sus cuatro años cumplidos. Se puso en pie, salió varonilmente de la cuna, vió su escudilla, no extrañó encontrarla tan á punto, se sentó en el suelo y empezó á comer su sopa.

La charla de Georgina no habia despertado á Alan, pero al ruido que hacia la cuchara en la escudilla, se volvió de repente y abrió los ojos. Alan tenía tres años: vió su escudilla que estaba al alcance de su mano, estendió el brazo, la tomó y sin salir de la cuna la puso entre las rodillas, y como Renato, comenzó á hacer uso de la cuchara y á comer.

Georgina no les oia, y las ondulaciones de su voz parecian modular los vaivenes de un ensueño. Sus grandes ojos abiertos miraban hácia el cielo y eran divinos: cualquiera que sea el techo ó la bóveda que tenga un niño sobre su cabeza, lo que se refleja en sus ojos es el cielo.

Cuando Renato hubo terminado su almuerzo rebañó con la cuchara el fondo de la escudilla, suspiró y dijo con dignidad: ya me he comido la sopa.



---

Estas palabras llamaron la atención de Georgina.

—Sopa, dijo.

Y viendo que Renato había almorzado y que Alan estaba almorzando, tomó la escudilla que tenía á su lado llena de sopa y comió de ella, no sin llevarse la cuchara con mas frecuencia á las orejas que á la boca.

De cuando en cuando, renunciaba á la civilización y comía con los dedos.

Alan, despues de haber rebañado como su hermano el fondo de la escudilla, había ido á reunirse y á jugar con él.



## II.

En esto se oyó al exterior al pié de la torre por el lado del bosque, el ruido del clarin, especie de toque altivo y severo, al cual respondió luego el de la trompeta de la fortaleza.

Un segundo toque de clarin fué respondido igualmente por otro de trompeta.

Despues á la entrada del bosque se oyó una voz lejana, pero clara, que gritó :



---

—Facciosos, oid la intimacion que se os hace. Si al ponerse el sol no os habeis rendido á discrecion, os atacaremos.

Una voz, semejante á un trueno, respondió desde la plataforma de la torre:

—Atacad.

I a de abajo repuso:

—Por via de aviso final, se disparará un cañonazo media hora antes del ataque.

La voz de arriba repitió:

—Atacad.

Las voces no llegaban hasta los niños, pero sí el sonido del clarin y de la trompeta que se estendia mucho mas. Georgina al primer toque del clarin levantó la cabeza y cesó de comer, al toque de trompeta, dejó la cuchara en la escudilla; al segundo toque de clarin levantó el índice de la manita derecha, y levantándolo y bajándolo alternativamente, marcó las cadencias del sonido, prolongado por el segundo toque de trompeta. Luego, cuando el clarin y la trompeta se callaron, quedó pensativa con el dedo levantado y murmurando á media voz:

—Sica.

Suponemos que querria decir música.



Los dos mayores, Renato y Alan, no habian fijado la atencion en el clarin ni en la trompeta: la tenian absorta en otra cosa: era una cucaracha que atravesaba la biblioteca.

Alan la vió y gritó:

—Un bicho.

Renato acudió á verla.

Alan añadió:

—Ese pica.

—No le hagas mal, dijo Renato.

Y ambos se pusieron á mirar como andaba la cucaracha.

Entre tanto Georgina acabó de comer la sopa y despues buscó con la vista á sus hermanos. Renato y Alan estaban en el hueco de la ventana, en cuclillas, mirando la cucaracha, graves, atentos, juntas las frentes, mezclándose los cabellos del uno con los del otro, conteniendo la respiracion, maravillados, contemplando aquel bicho, que se habia detenido y no se movia, disgustado al parecer de tanta admiracion.

Georgina, viendo á sus hermanos tan ocupados, quiso saber el motivo; y aunque no le era fácil llegar hasta ellos, tuvo ánimo para intentarlo. El trayecto estaba erizado de dificultades;



---

habia muchas cosas por el suelo; taburetes patas arriba, montones de papelotes, cajones desclavados y vacíos, baules, multitud de objetos que era preciso evitar, todo un archipiélago de escollos. Georgina se aventuró á penetrar en él, comenzando por salir de su cuna, primer trabajo: despues serpenteó entre los arrecifes y los estrechos, se arrastró entre dos cofres, pasó por encima de un gran lío de papeles trepando por un lado y rodando por el otro, mostrando inocentemente su pobre é infantil desnudez, y llegó á lo que un marino llamaria la mar libre, es decir: á un espacio bastante grande del suelo que no estaba obstruido y donde no habia peligros. Entonces se lanzó, atravesó á cuatro piés el espacio, que era todo el diámetro de la sala, con la ligereza de un gato y llegó cerca de la ventana. Allí habia un obstáculo formidable, que era la grande escalera puesta horizontalmente junto á la pared, y cuyo extremo rebasaba un poco de la esquina que formaba el hueco de la ventana. Este extremo formaba entre Georgina y sus hermanos una especie de cabo que era preciso doblar. Detúvose y meditó; y terminado su monólogo interior, tomó su partido. Asiendo resueltamente con sus dedos ro-



---

sados uno de los peldaños que por la posición de la escalera estaban verticales y no horizontales, trató de levantarse sobre los dos piés; á la primera vez no lo consiguió, ni tampoco á la segunda, antes volvió á caer al suelo, pero á la tercera logró tenerse derecha y apoyándose sucesivamente en cada uno de los peldaños, echó á andar á lo largo de la escalera. Al llegar al último, faltándole el punto de apoyo, vaciló, pero asiendo con sus dos manitas el extremo del montante que era enorme, se enderezó, dobló el promontorio, miró á Renato y á Alan y se echó á reir.







### III.

En aquel momento Renato, satisfecho del resultado de sus observaciones sobre la cucaracha, levantaba la cabeza y decía :

—Es una hembra.

La risa de Georgina hizo reír á Renato, y la de Renato á Alan.

Georgina se reunió con sus hermanos y for-



---

maron un pequeño cenáculo sentados en el suelo.

Pero la cucaracha habia desaparecido.

Habíase aprovechado de la risa de Georgina para ocultarse en un agujero del suelo.

Otros acontecimientos siguieron al suceso de la cucaracha.

En primer lugar pasaron varias golondrinas.

Sus nidos estaban probablemente bajo el alero del tejado. Vinieron á volar cerca de la ventana, un poco recelosas de los niños, describiendo grandes círculos en el aire, y lanzando su dulce grito de primavera. Esto hizo levantar la vista á los niños, y la cucaracha quedó olvidada.

Georgina señaló con el dedo á las golondrinas y exclamó :

—Paros.

Renato la reconvino.

—Señorita, no se dice paros, sino pájaros.

—Caros, dijo Georgina.

Y los tres miraron á las golondrinas.

Despues entró una abeja.

Una abeja es lo más parecido á un alma. Va de flor en flor como un alma de astro en astro, y recibe la miel como el alma la luz.



---

Esta abeja hizo gran ruido al entrar, zumbando en alta voz como si dijese: vengo de ver las rosas para ver los niños. ¿Qué ocurre por aquí?

Una abeja es como una ama de casa; riñe cantando.

Mientras la abeja estuvo en la habitacion, los niños no separaron de ella la vista.

Exploró toda la biblioteca, registró los rincones, revoloteó como si estuviese en su casa, en su colmena, y anduvo alada y melodiosa, de armario en armario, mirando al través de los cristales los títulos de los libros, como si tuviera inteligencia.

Hecha su visita, se marchó.

—Se va á su casa, dijo Renato.

—Es un bicho, dijo Alan.

—No, es una mosca, replicó Renato.

—Moca, dijo Georgina.

En esto, Alan, que acababa de encontrar en el suelo un bramante á cuyo extremo habia un nudo, le asió por el otro extremo entre el índice y el pulgar y haciendo con él una especie de molinete, le miraba dar vueltas con atencion profunda.

Por su parte Georgina volviéndose á echar á



gatas comenzó de nuevo sus vaivenes caprichosos, y descubriendo un venerable sillón de tapicería apolillado, cuya crin salía por muchos agujeros, se detuvo junto á el, metió los dedos y se entretuvo en sacar la crin, mostrando en esta operacion el mayor recogimiento.

De repente interrumpió su tarea y levantó el dedo, lo cual queria decir: escuchad.

Los dos hermanos volvieron la cabeza.

Oíase al exterior un estrépito vago y lejano: eran probablemente los sitiadores que ejecutaban algun movimiento estratégico en el bosque. Relinchaban caballos, redoblaban tambores, rodaban armones de artillería, chocábanse cadenas, cornetas militares se llamaban y se respondian: confusion de ruidos toscos que mezclándose formaban una especie de armonía. Los niños escuchaban con deleite.

—Es el Señor Dios quien hace eso, dijo Renato.

Cesó el ruido.

Renato se habia quedado pensativo.

¿Cómo se descomponen y se recomponen las ideas en esos cerebros infantiles? ¿Cuál es el movimiento interior y misterioso de esas memorias



tan turbadas y tan cortas todavía? Produjose en aquella cabecita graciosa y pensativa una mezcla de ideas de Dios, de oracion, de manos cruzadas, de cierta sonrisa que en otra época se cernia sobre él y que ya no existia, y Renato murmuró á media voz:

—Mamá.

—Mamá, dijo Alan.

—Mamá, exclamó Georgina.

Despues Renato se puso á saltar.

Visto lo cual por Alan, saltó tambien.

Alan reproducia todos los movimientos y gestos de Renato; Georgina no tanto. La edad de tres años copia á la de cuatro; pero la de veinte meses conserva su independendencia.

Georgina se quedó sentada diciendo de cuando en cuando alguna palabra; Georgina no hacía frases.

Era una pensadora: hablaba por apotegmas: era monosilábica.

Sin embargo, al cabo de un rato, seducida por el ejemplo, concluyó por tratar de hacer lo que sus hermanos; y aquellos seis piececitos desnudos se pusieron á bailar, á correr, á tropezar entre el polvo del viejo piso de encina pulimentado, bajo la



---

mirada grave de los bustos de mármol, á los cuales Georgina dirigia de cuando en cuando una mirada de reojo murmurando:—Homes.

En el lenguaje de Georgina un home era todo lo que tenia aspecto de hombre sin serlo. Los seres no se presentan á la imaginacion de los niños sino confundidos con los fantasmas.

Georgina, oscilando mas que andando, seguia á sus hermanos, pero con frecuencia se ponía á andar á gatas.

Súbitamente Renato, que se habia acercado á una ventana, levantó la cabeza, luego la bajó y fué á refugiarse en el rincon que formaba el hueco. Acababa de divisar á un hombre que miraba: era un soldado azul del campamento de la meseta, que aprovechando la tregua, y tal vez infringiéndola un poco, se habia aventurado á llegar hasta el extremo de la escarpa del torrente, desde donde se descubria el interior de la biblioteca. Viendo huir á Renato, Alan huyó tambien refugiándose al lado de su hermano, y Georgina á su vez se ocultó detrás de ambos. Asi permanecieron en silencio, inmóviles, Georgina con el dedo puesto en los labios. Poco despues Renato se arriesgó á sacar la cabeza; el soldado estaba allí todavía;



---

Renato se retiró con presteza, y los tres volvieron á quedar inmóviles por largo espacio. Por último Georgina se cansó de tener miedo, recobró su audacia y miró. El soldado se habia marchado, y entonces los tres volvieron á ponerse á correr y á jugar.

Alan, aunque imitador y admirador de Renato, tenia una especialidad, la de los hallazgos. Su hermano y su hermana le vieron de repente galopar como un desesperado tirando de un carrito de cuatro ruedas que habia desenterrado no se sabe de donde.

Aquel coche de muñecas estaba allí desde hacia muchos años, cubierto de polvo, olvidado, haciendo buena vecindad con los libros de los génios y los bustos de los sabios. Era tal vez uno de los juguetes con que se habia divertido Gauvain cuando niño.

Alan habia hecho de su bramante un látigo que chasqueaba con orgullo inmenso. Tales son los inventores: cuando no se descubre la América, se descubre un carricoche, pero el inventor está siempre envanecido de su hallazgo.

Era preciso dar participacion en él á sus hermanos. Renato quiso tambien tirar del carruaje y Georgina subir en él.



---

En efecto, arreglóse todo sentándose en el coche Georgina, Renato haciendo de caballo y Alan de cochero. Pero el cochero no sabia su oficio, y tuvo el caballo que enseñarselo.

Renato gritó á Alan.

—Dí: ¡arre!

—¡Arre! repitió Alan.

El coche volcó y Georgina rodó por el suelo. Los ángeles gritan tambien, y Georgina gritó.

Despues tuvo como ganas de llorar.

—Señorita, dijo Renato sois demasiado grande.

—Ane, dijo Georgina.

Y su grandeza la consoló de la caida.

La cornisa de entablamento debajo de las ventanas era muy ancha; el polvo de los campos robado por el aire á la meseta cubierta de brezos se habia depositado durante mucho tiempo en aquella cornisa; las lluvias lo habian convertido en tierra vegetal; el viento habia dejado caer semillas sobre ella, y una zarza habia aprovechado aquel poco de tierra para germinar. Aquella zarza era de la especie vivaz llamada *moral de zorra*. Corria el mes de agosto: la zarza estaba cubierta de fruto y una rama entraba por la ventana y pendia casi hasta el suelo.



Alan, despues de haber descubierto el braman-  
te y el carrito, descubrió aquella zarza y se acer-  
có á ella.

Cogió una zarzamora y la comió.

—Tengo ganas, dijo Renato.

Y Georgina galopando sobre manos y rodillas  
llegó tambien hasta la rama.

Entre los tres la despojaron de todas las zarza-  
moras. De ellas comieron y de ellas tambien se  
untaron la cara, y rojos con la púrpura de la zar-  
za aquellos tres serafines acabaron por parecer  
tres pequeños faunos, lo cual habria chocado á  
Dante y deleitado á Virgilio. Ellos entre tanto se  
reian á carcajadas.

De cuando en cuando las espinas de la zarza  
les picaban. Nada se alcanza sin trabajo.

Georgina tendió á Renato su dedo en que bro-  
taba una gotita de sangre y dijo mostrando la zar-  
za:—Pica.

Alan, picado tambien, miró la zarza con des-  
confianza y dijo.—Es un bicho.

—No, respondió Renato, es un palo con pinchos.

—Un palo es cosa mala, añadió Alan.

Georgina tuvo otra vez gana de llorar, pero  
acabó por echarse á reir.







#### IV.

Entre tanto Ronato, celoso quizá de los descubrimientos de su hermano menor Alan, habia concebido un gran proyecto. Hacia un rato que sin dejar de coger zarzamoras y á pesar de pincharse los dedos, se volvian sus ojos con frecuencia al facistol montado sobre un eje y aislado como un monumento en medio de la biblioteca. En este



---

facistol se ostentaba abierto el célebre libro titulado San Bartolomé.

Era verdaderamente un tomo en 4.<sup>o</sup> magnífico y memorable. Había sido publicado en Colonia por el famoso editor de la Biblia de 1682, Blœuw, en latin Cæsius; tirado en prensas de cajas y de correas; impreso, no en papel de holanda, sino en aquel hermoso papel árabe, tan admirado por Edrisi, que es de seda y algodón y siempre se conserva blanco. La encuadernación era de cuero dorado; las abrazaderas eran de plata, y las guardas de aquel pergamino que los pergamineros de París hacían juramento de comprar en la sala de Saint-Mathurin «y no en otra parte.» Estaba el tomo lleno de grabados, en madera y en cobre, y de cartas geográficas de muchos países; precedido de una protesta de los impresores, papeleros y libreros contra el edicto de 1635 que establecía un impuesto sobre los cueros, las cervezas, los animales de pezuña hendida, el pescado de mar y el papel; y á la vuelta del frontispicio se leía una dedicatoria á los Gryphes, que son en Lyon, lo que los Elzevirs son en Amsterdam. De todo esto resultaba un ejemplar ilustre, casi tan raro como el *Apostol* de Moscou.



---

Era hermoso el tal libro; por eso Renato le miraba, quizá demasiado. Estaba abierto precisamente en la página á que correspondia una gran estampa que representaba á San Bartolomé llevando su piel sobre el brazo: estampa que se veia desde abajo. Cuando fueron comidas todas las zarzamosas, Renato la consideró con una mirada de amor terrible, y Georgina cuyos ojos seguian la direccion de la mirada de su hermano, vió el grabado y dijo:—Imágen.

Aquella palabra pareció inspirar una resolucion á Renato, el cual con asombro de Alan hizo una cosa extraordinaria.

En un rincon de la biblioteca habia una gran silla de roble. Renato fue derecho á ella y la arrastró por sí solo hasta el pupitre: despues se subió en ella y puso sus dos puños sobre el libro.

Habiendo llegado á aquella altura sintió la necesidad de mostrarse magnífico; tomó la imágen por la punta superior y la arrancó con cuidado. El desgarron salió atravesado pero no era esa la intencion de Renato, el cuál dejó en el libro todo el lado izquierdo con un ojo y un poco de la aureola del viejo evangelista apócrifo, y ofreció á



---

Georgina la otra mitad del santo y toda su piel. Georgina recibió el santo y dijo:—Home.

—Yo también quiero, dijo Alan.

La primera página arrancada de un libro, es como la primera sangre vertida; decide generalmente la destrucción y la carnicería.

Renato volvió la hoja; detrás del santo estaba el comentador Pantænus. Renato entregó el retrato en manos de Alan.

Entre tanto Georgina rompió su gran estampa en dos pedazos y estos en cuatro; de modo que la historia podría muy bien decir que San Bartolomé, después de haber sido desollado en Armenia había sido descuartizado en Bretaña.



V.

Terminado el descuartizamiento, Georgina tendió la mano á Renato y dijo:—Mas.

Despues del santo y del comentarista venian varios retratos mas toscos: eran los glosadores. El primero por orden de fechas era Gavantus: Renato le arrancó y puso á Gavantus en manos de Georgina.



---

Todos los glosadores de San Bartolomé fueron sucesivamente pasando á las mismas manos.

El dar constituye una superioridad: Renato no se reservó nada. Alan y Georgina le contemplaban, y esto le bastaba, contentándose con la admiración del público.

Inagotable y magnánimo en sus mercedes, adjudicó: á Alan Fabricio Pignatelli y á Georgina el padre Stilting; á Alan Alonso de Madrigal el Tostado, y á Georgina *Cornelius a Lapide*; á Alan Enrique Hammond, y á Georgina el padre Roberti, acompañado de una vista de Douai, donde nació en 1619. Alan obtuvo también la protesta de los papeleros y Georgina la dedicatoria á los Gryphes; y en cuanto á los mapas, Renato los distribuyó igualmente dando la Etiopía á Alan y la Licaonia á Georgina. Hecho esto, tiró el libro al suelo.

Fue aquel un momento terrible; Alan y Georgina contemplaron con éxtasis no exento de pavor á su hermano Renato fruncir el ceño, hacer fuerza en las piernas, crisar los puños y empujar fuera del facistol, el macizo volúmen. Un librote magéstuoso que pierde el equilibrio es cosa trágica: el pesado tomo desarzonado, estuvo pendiente un momento del facistol, se balanceó, después cayó,



---

y roto, maltrecho, lacerado, desencajado, desencuadernado, dislocado, con las abrazaderas rotas, quedó lastimeramente tendido en el suelo. Por fortuna no habia caido sobre los niños.

Estos quedaron aturcidos, deslumbrados, pero no aplastados. No todas las aventuras de los conquistadores concluyen con tanta fortuna.

Como todas las glorias, esta hizo gran ruido y levantó polvareda.

Una vez el libro en el suelo, Renato bajó de la silla.

Hubo un instante de silencio y de terror: la victoria tiene tambien sus momentos de miedo. Los tres niños se asieron de las manos y se retiraron á cierta distancia contemplando desde allí el vasto volúmen desmantelado.

Pero al cabo de un rato de meditacion, Alan se acercó enérgicamente y le dió un puntapié.

Este fue el golpe de gracia: el apetito de la destruccion existe realmente; Renato dió tambien su puntapié al libro; Georgina le dió el suyo, cayendo sentada en el suelo, y aprovechando este incidente, se arrojó sobre San Bartolomé. En pos de ella se precipitó Renato; luego se echó encima Alan; y gozosos, locos, triunfantes, desapiada-



---

dos, rasgando las estampas, cortando las hojas, arrancando los registros, arañando la encuadernación, desencilando el cuero dorado, desclavando las abrazaderas, rompiendo el pergamino, destrozando el testo augusto, trabajando con piés, manos, uñas y dientes, sonrosados, risueños, feroces, los tres ángeles de rapiña se abatieron sobre el evangelista indefenso.

Aniquilaron la Armenia, la Judea, el Benevento, donde estan las reliquias de San Natanael, que es tal vez el mismo San Bartolomé; aniquilaron al papa Gelasio, que declaró apócrifo el evangelio de San Bartolomé-Natanael; aniquilaron todas las figuras, todos los mapas; y la ejecución inexorable del viejo libro les absorbió de tal manera, que pasó un raton sin que hicieran de él el menor caso.

Fue aquello un verdadero exterminio.

Despedazar la historia, la leyenda, la ciencia, los milagros, verdaderos ó falsos, el latin de iglesia, las supersticiones, el fanatismo, los misterios; desgarrar toda una religion de alto á bajo, es tarea para tres gigantes, si ya no para tres niños. Las horas transcurrieron en esta tarea, pero al fin la terminaron, y nada quedó de San Bartolomé.



---

Cuando todo hubo concluido, cuando estuvo arrancada la última página y destrozada la última estampa, cuando no quedaron del libro mas que restos del testo y de las imágenes en un esqueleto de encuadernacion, Renato se levantó, miró el suelo cubierto de las hojas esparcidas y empezó á palmotear.

Alan palmoteó tambien.

Georgina tomó del suelo una de las hojas, se apoyó contra la ventana, que le llegaba á la barba, y empezó á tirar por ella los menudos pedazos que iba rasgando.

Viéndolo Renato y Alan hicieron otro tanto. Recogieron hojas, las rasgaron y las arrojaron por las ventanas; volvieron por mas, é hicieron la misma operacion; y página por página, desmenuzando por aquellos deditos encarnizados en su obra destructora, casi todo el antiguo libro voló arrastrado por el viento. Georgina pensativa miró aquel enjambre de papelillos blancos dispersarse por todos lados al soplo del aire, y dijo:

—Mariposas.

Y terminó la destruccion disipándose el libro en el azul de la atmósfera.







## VI.

Tal fue la segunda ejecucion capital de San Bartolomé, que habia padecido ya el primer martirio el año 49 de Jesucristo.

Llegó entre tanto la tarde, el calor iba en aumento, la hora de la siesta dominaba en la atmósfera, los ojos de Georgina se turbaban; Renato se dirigió á su cuna, tomó el saco de paja que



---

le servia de colchon, le arrastró hasta la ventana, se tendió encima de él y dijo:—durmamos. Alan apoyó su cabeza en el cuerpo de Renato, Georgina la suya en el de Alan y los tres malhechores se durmieron.

Entraba un airecillo tibio por las ventanas abiertas; perfumes de flores silvestres, arrebatados de los barrancos y de las colinas por el viento, erraban mezclados con el hálito de la tarde; el espacio estaba tranquilo, sereno y pacífico; todo irradiaba, todo era paz, todo era amor recíproco; el sol hacia á la creacion esa caricia que se llama luz; percibíase por todos los poros la armonía que se exhala de la benevolencia general de las cosas; habia maternidad en el infinito; la creacion, que es un prodigio en toda la plenitud de su desarrollo, completa su enormidad con su bondad; parecia como si un sér invisible tomara esas misteriosas precauciones que en el temeroso conflicto de los séres protejen á los débiles contra los fuertes: al mismo tiempo el espectáculo era bello y su esplendor igualaba á su mansedumbre. El paisaje, inefablemente tranquilo y como adormecido, tenia el viso magnífico que forman en las praderas y en los rios las alternativas de sombra y claridad; su-



---

bian las espirales de humo hasta las nubes, como los ensueños suben hasta las visiones; las aves revoloteaban por encima de la Tourgue; las golondrinas miraban por las ventanas, como si quisieran ver si los niños dormían tranquilamente. Los niños estaban graciosamente agrupados unos sobre otros, inmóviles, medio desnudos, en actitudes hechiceras. Eran adorables y puros, contando apenas nueve años entre los tres y teniendo ensueños de paraíso que se reflejaban en sus labios por medio de vagas sonrisas; tal vez Dios les hablaba al oído. Eran los que en todas las lenguas humanas se llaman los débiles y los benditos; eran los inocentes venerables. Todo guardaba silencio en torno suyo, como si el suave aliento que se escapaba de sus tiernos pechos fuese el asunto principal del universo y el objeto de la atención ansiosa de la creación entera. Las hojas no se rozaban unas con otras; las yerbas no se estremecían; el vasto mundo estrellado contenía al parecer la respiración para no turbar el sueño de aquellos humildes durmientes angélicos; nada tan sublime como el inmenso respeto de la naturaleza ante debilidad tan grande.

El sol iba á ocultarse y casi tocaba al extremo



---

del horizonte, cuando de improviso, en aquella paz profunda, brilló un relámpago que salió del bosque y luego se oyó un ruido feroz. Acababan de tirar un cañonazo. Los ecos se apoderaron de aquel ruido y le convirtieron en estrépito, haciéndole retumbar de colina en colina de un modo monstruoso. Aquel bramido despertó á Georgina.

Alzó un poco la cabeza, levantó su dedito, escuchó un rato, y dijo :

—¡Pum!

Cesó el ruido: todo volvió á quedar en silencio. Georgina reclinó su cabeza sobre Alan, y se durmió de nuevo.



LIBRO CUARTO.

LA MADRE.







## I.

### LA MUERTE PASA.

La madre, á quien hemos visto andando casi á la ventura, habia caminado todo aquel dia. Esta era, por lo demás, su ocupacion cuotidiana: andar y andar siempre sin detenerse, porque el sueño producido por el cansancio abrumador en cualquier sitio donde le cogia no podia llamarse reposo, como no podia tampoco llamarse alimento lo que co-



mia recogido de acá y allá como los pájaros que picotean lo que encuentran. Comia y dormia justamente lo que le era indispensable para no caerse muerta.

Habia pasado la noche anterior en una granja abandonada; las guerras civiles proporcionan esa clase de posadas. Habia hallado en un campo desierto cuatro paredes, una puerta, un poco de paja bajo un resto de techo y allí se habia tendido sobre aquella paja y protegida por aquel techo, sintiendo al través de la una bullir las ratas, y viendo al través del otro brillar las estrellas. Allí habia dormido algunas horas; despues se habia despertado en medio de la noche y puéstose en camino para andar lo mas posible antes del gran calor del sol. Para el que viaja á pie en verano, la media noche es mas clemente que el medio dia.

Seguia como mejor podia el breve itinerario que le habia indicado el campesino de Vautortes, dirigiéndose lo mas posible hácia Poniente. El que hubiese estado cerca de ella, la habria oido murmurar incesantemente:—La Tourgue.—No sabia ya mas que ese nombre y los de sus tres hijos.

Sin dejar de caminar, meditaba. Pensaba en las vicisitudes que habia atravesado; en todo lo que



habia padecido, en todo lo que habia aceptado, en los encuentros que habia tenido, en las indignidades que le habian hecho, en las condiciones que le habian impuesto, en los contratos propuestos ó sufridos, ya por un asilo, ya por un pedazo de pan, ya simplemente por obtener que le enseñasen el camino. Una mujer indigente es mas desgraciada que un mendigo, porque es instrumento de deleite. ¡Espantosa marcha errante! Por lo demás, nada le importaba con tal que encontrase á sus hijos.

Lo primero que habia encontrado aquel dia era una aldea en el camino. Apenas despuntaba el alba; todo estaba aun bañado en las sombras de la noche; sin embargo, en la calle principal del pueblo se veian algunas puertas entreabiertas, y cabezas curiosas asomaban por las ventanas. Los habitantes estaban agitados, pareciendo el pueblo una colmena en conmocion. Causaba este efecto un ruido de ruedas y de objetos de hierro que se habia oido.

En la plaza delante de la iglesia, un grupo asustado levantaba la vista para contemplar una cosa que de lo alto de la colina descendia por el camino que conducia á la aldea. Era un carro de cuatro ruedas tirado por cinco caballos uncidos con



---

cadenas. Sobre el carro se distinguía una gran masa que parecía un monton de vigas largas, en medio de las cuales iba una cosa informe, y todo aquel conjunto aparecía cubierto de un gran toldo semejante á un sudario.

Diez hombres á caballo marchaban delante del carro y otros diez detrás; aquellos hombres llevaban tricornios en la cabeza y por cima de sus hombros asomaban puntas de acero que parecían sables desnudos. Toda aquella comitiva, avanzando lentamente, destacaba sobre el horizonte su negro color. El carro parecía negro, el atalaje negro y negros también los ginetes. La mañana alboreaba detrás.

Todo esto entró en la aldea y se dirigió hacia la plaza.

Durante el descenso del carro había entrado un poco el día y pudo verse claramente la comitiva que parecía una procesion de sombras, porque no se oía una sola palabra.

Los ginetes eran gendarmes y traían en efecto los sables desenvainados. El toldo del carro era negro.

Por su parte la pobre madre errante entró en la aldea y se acercó al grupo de aldeanos en el mo-



---

mento en que llegaban á la plaza el carro y los gendarmes. En el grupo cuchicheaban varios, haciéndose preguntas y dándose respuestas.

—¿Qué es eso?

—Es la guillotina que vá de paso.

—¿De dónde viene?

—De Fougeres.

—¿A dónde vá?

—No lo sé. Dícese que vá á un castillo que hay hácia Parigné.

—¡A Parigné!

—¡Vaya á donde quiera, con tal que no se detenga aquí!

Aquella gran carreta con su cargamento velado por una especie de sudario, aquel atalaje, aquellos gendarmes, el ruido de aquellas cadenas, el silencio de aquellos hombres, la hora crepuscular, todo aquel conjunto era espectral.

El carro atravesó la plaza y salió de la aldea, que estaba entre dos cerros. Al cabo de un cuarto de hora los aldeanos, que se habian quedado como petrificados, vieron reaparecer la lúgubre procesion en la cima del cerro que estaba al Occidente. Los baches imprimian un movimiento irregular á las gruesas ruedas de la carreta, las cadenas del ata-



---

laje se chocaban formando un ruido que el viento de la mañana enviaba á lo lejos, los sables brillaban, salía el sol; y todo desapareció en breve á la vuelta de un recodo del camino.

Era el momento en que Georgina, en la sala de la biblioteca, se despertaba junto á sus hermanos, aun dormidos, y se miraba sonriendo los sonrosados pies.



## II.

### LA MUERTE HABLA.

La madre habia mirado pasar aquella cosa oscura, pero no habia comprendido ni tratado de comprender su significacion, absorta como estaba en la vision de sus hijos perdidos en las tinieblas.

Salió tambien de la aldea poco despues de la comitiva que acababa de desfilas y siguió el mismo camino, marchando detrás á corta distancia de los



---

gendarmes que cubrían la retaguardia. De repente le vino á la memoria la palabra «guillotina» que habia oído pronunciar. La salvaje Micaela Flechard no sabia lo que era la guillotina; pero su instinto se lo advirtió; no pudo menos de experimentar un estremecimiento de pavor, y pareciéndole horrible caminar detrás de aquello, torció á la izquierda, dejó el camino y penetró entre unos árboles, que eran el principio de la selva de Fougères.

Después de haber vagado por algun tiempo, divisó un campanario y tejados: eran de una de las aldeas de la orilla del bosque, y á ella se dirigió acosada por el hambre.

La aldea era una de aquellas donde los republicanos habian establecido destacamentos militares.

Penetró hasta la plaza de la alcaldía.

Tambien allí habia movimiento y ansiedad. Una multitud de gente se agolpaba delante de un pórtico de pocos escalones que conducian á la puerta de la alcaldía. Sobre el último veíase un hombre escoltado de soldados, que tenia en la mano un gran cartel estendido. A su derecha estaba un tambor, y á su izquierda un mozo con un puchero de engrudo y una brocha.



En el balcon que caia encima de la puerta estaba el alcalde vestido de aldeano, pero con su banda tricolor.

El hombre del cartel era el pregonero.

Tenia la bandolera de viaje de la que pendia un pequeño porta-pliegos, lo cual indicaba que iba de pueblo en pueblo, y que tenia algo que pregonar en cada uno.

En el momento que se acercaba Micaela Flechard, aquel pregonero acababa de desplegar el cartel y comenzaba en alta voz su lectura de este modo:

—«República francesa, una é indivisible.

El tambor dió un redoble. Hubo una especie de ondulacion entre la gente agolpada á la puerta; algunos se quitaron los gorros; otros se calaron los sombreros. En aquel tiempo y en aquel pais, casi se podia conocer la opinion segun el modo de llevar cubierta la cabeza; los sombreros eran realistas, y los gorros eran republicanos. Cesaron los murmullos y la confusion de voces; todos prestaron atencion, y el pregonero leyó:

»..... En virtud de las instrucciones que se me han comunicado y de los poderes que se me han conferido por la Comision de salvacion pública.....



Hubo un segundo redoble de tambor. El pregonero continuó:

»..... Y en cumplimiento del decreto de la Convencion nacional que declara fuera de la ley á los rebeldes aprehendidos con las armas en la mano, y condena á pena capital á los que les dieren asilo ó protegieren su fuga.....»

Un aldeano preguntó en voz baja á otro que estaba á su lado:

—¿Qué significa eso de pena capital?

—No lo sé, respondió el preguntado.

El preguntado continuó leyendo:

»..... Quedan declarados fuera de la ley.....

Aquí se detuvo un momento, y luego añadió:

»..... Los individuos designados con los nombres y sobrenombres que siguen:»

La multitud redobló su atencion.

La voz del pregonero subió de punto gritando:

—«Lantenac, faccioso.....»

—Es el señor, dijo un aldeano.

Oyóse entre la multitud murmurar:—Es el señor.

El pregonero siguió diciendo:

—«Lantenac faccioso, ex-marqués.»

—«El Imano, faccioso.»



—Es Gouge-le-Bruant.

—Sí, es Mata-azules.

El pregonero continuó su lista:

—»..... Grand Francœur, faccioso.

La multitud murmuró:

—Es un sacerdote.

—Sí, el señor cura Turmeau.

—Sí, es cura no sé de donde, de un pueblo que está hácia el bosque de la Chapelle.

—Es cura y faccioso, dijo un hombre de gorro.

El pregonero leyó:

»..... Boismouveau, faccioso.—Los dos hermanos Pica-en-bosque, facciosos.—Houzard, faccioso.

—Es Mr. de Quelen, dijo un aldeano.

—»..... Cesto, faccioso.

—Es Mr. Sepher.

»..... Plaza limpia, faccioso.

—Es Mr. Jamois.

El pregonero prosiguió su lectura sin cuidarse de los comentarios.

—»Guinoiseau, faccioso.—Chatenay, alias Robí, faccioso.

Un paisano murmuró:—Guinoiseau es el que llaman el Rubio; Chatenay es de Saint-Ouen.



---

—«Hoisnard , faccioso ,» continuo el pregonero; y se oyó decir entre la gente :

—Es de Ruillé.

—Sí , es Rama de Oro.

—Tuvo un hermano que murió en el ataque de Pontorson.

—Sí, Hoisnard-Malonnier.

—Guapo muchacho , de diez y nueve años.

—Atencion , dijo el pregonero : voy á terminar la lectura de la lista :

—»Viña-hermosa , faccioso.—Dulzaina , faccioso.—Acuchillador , faccioso.—Pimpollo de Amor , faccioso.

Un muchacho dió con el codo á una jóven , la cual se sonrió.

El pregonero continuó :

—»Canta-en-invierno , faccioso.—El Gato , faccioso.

Un aldeano dijo :

—Es Moulard.

—»..... Tabouze , faccioso.»

Otro aldeano dijo :

—Es Barquillo.

—Son dos los Barquillos , dijo una mujer.

—Los dos buenos , murmuró un muchacho.



El pregonero agitó el cartel, y el tambor redobló de nuevo para anunciar que iba á leerse la parte mas importante del bando.

—«Los arriba nombrados, en cualquier parte donde fueren habidos, previa la identificacion de las personas, sufrirán inmediatamente la pena de muerte.

Hubo un movimiento en la multitud.

El pregonero prosiguió:

—»Todo aquel que les diere asilo ó facilitare su evasion será sometido al consejo de guerra y condenado á muerte. Firmado.....

El silencio aquí fué profundo.

—»Firmado: el delegado de la Comision de salvacion pública: CIMOURDAIN.»

—Un cura, dijo un aldeano.

—El antiguo cura de Parigné, dijo otro.

Un hombre vestido de paisano añadió:

—Turmeau y Cimourdain, un cura blanco y otro azul.

—Los dos negros, dijo otro paisano.

El alcalde que estaba en el balcon echó mano al sombrero y gritó:

—¡Viva la República!

Un nuevo redoble de tambor anunció que el



---

pregonero no habia concluido todavía. En efecto, hizo una señal con la mano, y dijo:

—Atencion: voy á leer las cuatro líneas últimas del bando del gobierno. Estan firmadas por el jefe de la columna espedicionaria de las Costas-del-Norte, el comandante Gauvain.

Y leyó:

—Bajo pena de muerte.....

Todos callaron.

—Y en cumplimiento del bando arriba inserto, se prohibe llevar auxilio de ninguna especie á los diez y nueve rebeldes ya nombrados, que se encuentran en este momento cercados y sitiados en la Tourgue.

—¿Eh? gritó una voz.

Era la voz de una mujer, la voz de la madre.



### III.

#### ZUMBIDO DE ALDEANOS.

Micaela Flechard que se habia introducido en el grupo de aldeanos, no se habia cuidado de escuchar nada; pero aun no escuchando se oye y habia oido la palabra Tourgue. Levantó la cabeza y repitió:

—¿Eh? ¿la Tourgue?

Fijóse en ella la atencion general: tenia aire



estraviado; estaba cubierta de harapos. Algunas voces murmuraron:—Esa mujer tiene trazas de facciosa.

Otra mujer, que llevaba en una cesta panes de trigo sarraceno, se le acercó y le dijo en voz baja:

—Callad.

Micaela Flechard la miró con estupor: tampoco comprendía por qué se le recomendaba el silencio. La palabra la Tourgue habia pasado como un relámpago por su mente y dejado en pos de sí la oscuridad. ¿Acaso no tenia derecho para pedir informes? ¿Por qué la miraba la gente de aquel modo?

Entre tanto el tambor habia dado el último redoble, el mozo del pregonero habia fijado el cartel, el alcalde se habia entrado en la alcaldía, el pregonero se habia dirigido á otro pueblo, y los grupos se dispersaban.

Uno, sin embargo, continuó mirando el cartel. Micaela se dirigió á aquel grupo.

Hacíanse en él comentarios acerca de los nombres de los que estaban declarados fuera de la ley.

Habia aldeanos y personas en traje de ciudad, es decir, blancos y azules.



---

Un aldeano decia :

—Es igual, no todos están allí : diez y nueve no son mas que diez y nueve. No tienen cercados ni á Rion, ni á Benjamin Moulins, ni á Goupil de la parroquia de Andouillé.

—Ni á Lorieul de Monjean, dijo otro.

Otros añadieron :

—Ni á Brice-Denys.

—Ni á Francisco Dudouet.

—Sí, el de Laval.

—Ni á Huet, de Launey-Villiers.

—Ni á Gregis.

—Ni á Pilon.

—Ni á Menicent.

—Ni á Gueharrél.

—Ni á los tres hermanos Logerais.

—Ni al Sr. Lechandellier de Pierreville.

—¡Imbéciles! exclamó un severo anciano de cabellos blancos : lo tienen todo si cogen á Lantenac.

—Todavía no le han cogido, murmuró uno de los jóvenes.

El anciano repuso :

—Cogido Lantenac, el alma de la insurreccion está en poder de los aprensos. La muerte de Lantenac es la muerte de la Vendée.



—¿Quién es ese Lantenac? preguntó un ciudadano.

Otro respondió :

—Es un ex-noble.

Y otro añadió :

—Uno de los que fusilan mujeres.

Micaela Flechard lo oyó y dijo:

—Es verdad.

Los interlocutores se volvieron hácia ella.

Micaela añadió :

—Es verdad, pues que me ha fusilado á mí.

Esta frase singular produjo el efecto de una persona viva que se dice muerta. Pusiéronse á examinarla con recelo.

Su aspecto era realmente sospechoso; todo la asustaba; todo la estremecía; manifestaba en su rostro tal estravío, tal espanto, que á su vez espantaba. Hay en la desesperacion de la mujer un fondo de debilidad que por su mismo exceso es terrible: créese ver un ser suspendido de un cabello del destino. Pero los aldeanos no piensan en estas sutilezas: toman las cosas por su lado material y uno de ellos murmuró :—Bien podría ser una espía.

—Callad y marchaos de aquí, dijo á Micaela la



buena mujer que ya le habia hablado antes.

Micaela respondió :

—Yo no hago mal á nadie : busco á mis hijos.

La buena mujer miró á los que estaban contemplando á Micaela Flechard, se llevó un dedo á la frente, guiñó el ojo y exclamó :

—Es una inocente.

Despues se la llevó aparte y le dió un pan de trigo sarraceno.

Micaela Flechard, sin dar las gracias, empezó á comer ávidamente el pan.

—Sí, dijeron los aldeanos, come como un animal; es una inocente.

Y el grupo acabó de disiparse marchándose cada cual por su lado.

Cuando Micaela Flechard acabó de comer su pan, dijo á la aldeana :

—Muy bien, ya he comido: ahora ¿dónde está la Tourgue?

—Ya le vuelve la manía, exclamó la aldeana.

—Necesito ir á la Tourgue: decidme por donde se va.

—No os lo diré, gritó la aldeana : ¿para qué quereis ir? ¿para que os maten? Además, no lo sé. ¿Pero estais verdaderamente loca? Oid, pobre mu-



---

jer, pareceis muy cansada: ¿quereis descansar un poco en mi casa?

—Yo no descanso, dijo la madre.

—Tiene los pies desollados, murmuró la aldeana.

Micaela Flechard respondió.

—No tomo descanso porque ya os he dicho que voy en busca de mis hijos, una niña y dos niños. Vengo de la covacha del bosque donde vive Tellmarch el Caimand. El puede dar informes de mí, y tambien el hombre que he encontrado hoy allí en el campo. El Caimand es el que me curó: dice que tenia roto no sé qué. Todas estas son cosas que han pasado como os lo digo. Conozco tambien al sargento Radoub: no hay mas que preguntárselo y él dirá, porque él fué quien nos encontró en un bosque. Son tres mis niños, tres; por señas que el mayor se llama Renato-Juan, como puedo probarlo. El otro se llama Alan, y la niña Georgina. Mi marido ha muerto: me le mataron; era labrador de una alquería en Siscoignard. Pareceis buena mujer: enseñadme el camino de la Tourgue: no, no es que estoy loca; es que soy madre; he perdido mis hijos y los busco: esta es la verdad. No sé precisamente de donde vengo; he dormido esta noche



---

sobre un poco de paja en una granja y voy á la Tourgue. No soy ladrona: ya veis que digo la verdad. Deberian ayudarme á encontrar á mis niños: yo no soy del pais: me fusilaron, pero no sé donde.

La aldeana meneó la cabeza y dijo:

—Escuchad, pasagera: en tiempos de revolucion no se pueden decir cosas que no se entienden porque podrian prenderos.

—¿Pero y la Tourgue? gritó la madre. Señora por amor del niño Jesús y de la Santa Virgen del paraiso, os ruego, os suplico, os conjuro que me digais por donde se va para ir á la Tourgue.

La aldeana se encolerizó.

—¡No lo sé! y aunque lo supiera, no lo diria: son parages muy malos esos, y no se va á ellos.

—Yo, sin embargo, voy, dijo la madre.

Y volvió á ponerse en camino.

La aldeana contempló como se alejaba y murmuró:

—Preciso será que lleve algo que comer.

Corrió detras de ella y le puso en la mano un pan de trigo negro diciendo:

—Eso para cenar.

Micaela Flechard tomó el pan sin responder ni volver la cabeza y continuó su camino.



En breve estuvo á la salida del lugar. Junto á las últimas casas halló á tres niños haraposos y descalzos que volvian. Se acercó á ellos y dijo: Estos son un muchacho y dos niñas.

Y observando que miraban el pan que llevaba en la mano, se lo dió.

Los niños tomaron el pan y se asustaron.

Micaela se entró por el bosque adelante.



#### IV.

#### UN ERROR.

Aquel mismo dia, antes del alba, en la oscuridad indistinta del bosque y en el trozo de camino que hay entre Javené y Lecousse pasó lo siguiente.

Todos son caminos hondos y cañadas en el Bocage, y entre todos el de Javené á Parigné por la Lecousse es de los que van mas encajonados,



siendo por otra parte tortuoso y mas bien barranco que camino. Viene de Vitré y tuvo en su tiempo el honor de hacer dar tumbos al carruaje de madama de Sevigné: pasa como entre muros de maleza á derecha y á izquierda y es lo mas apropósito para una emboscada.

Aquella mañana, una hora antes de que Micaela Flechard caminando por otra parte de la selva llegara á la primera aldea, donde habia tenido la aparicion sepulcral del carro escoltado por gendarmes, habia entre las matas del camino de Javené al paso del puente del Couesnon una multitud de hombres invisibles, ocultos por la maleza. Eran aldeanos, todos vestidos del grigo, sayo de piel que llevaban los reyes de Bretaña en el siglo VI y los aldeanos en el XVIII. Estaban armados, los unos de fusiles, los otros de hachas. Estos últimos acababan de preparar en un claro del bosque una pira de leña y ramaje seco que no esperaba mas que la mecha para arder. Los que llevaban fusiles estaban agrupados á los dos lados del camino, como esperando y vigilando. El que hubiera podido observarlos entre las ramas habria visto por todos lados fusiles apuntados y dedos dispuestos en los gatillos. Aquellos hombres estaban allí al



---

acecho. Todos los fusiles convergían sobre el camino que empezaba á blanquear con la claridad del alba.

En aquel crepúsculo, varias voces murmuraban por lo bajo:

—¿Estas seguro de eso?

—Así lo dicen, por lo menos.

—¿Y va á pasar por aquí?

—Dicen que está en el país.

—Pues no debe salir de él.

—Es preciso quemarla.

—Tres pueblos estamos aquí para eso.

—Sí ¿pero y la escolta?

—Mataremos á los de la escolta.

—¿Pero pasará por este camino?

—Así se espera.

—Entonces tendría que venir de Vitré.

—¿Y qué dificultad hay en eso?

—Es que dicen que venía de Fougères.

—Que venga de Fougères ó de Vitré, siempre la envía el diablo.

—Sí, eso es verdad.

—Y es preciso que vuelva al diablo que la envía.

—Tambien es verdad.



—¿Iba pues á Parigné?

—Así parece.

—Pues no irá.

—No.

—No, no, y no.

—¡Atencion!

Era en efecto conveniente el silencio porque comenzaba á clarear el dia.

De repente los hombres emboscados detuvieron la respiracion para oir mejor el ruido de caballos y ruedas que se acercaba. Despues miraron al través de las matas y divisaron confusamente en el camino una carreta cargada y escoltada por caballería.

—Ahí está, dijo el que parecia jefe.

—Sí, dijo uno de los que estaban en acecho, y con escolta.

—¿Cuantos hombres?

—Doce.

—¡Y decian que eran veinte!

—Doce ó veinte, mueran todos.

—Hay que esperar á que estén á tiro.

Poco despues se presentaron la carreta y la escolta al volver un recodo del camino.

—¡Viva el rey! gritó el jefe de los aldeanos.



---

Cien tiros partieron á la vez de los fusiles.

Cuando se hubo disipado el humo, la escolta habia desaparecido tambien. Siete ginetes habian caido y los cinco restantes habian salido á escape. Los aldeanos corrieron á donde estaba la carreta.

—¡Calla! gritó al jefe, no es la guillotina; es una escalera.

La carreta, en efecto, llevaba por toda carga una larga escalera.

Los dos caballos habian caido heridos: el carretero estaba muerto, aunque los paisanos no habian tenido intencion de matarle.

—De todos modos, dijo el jefe, una escalera escoltada es sospechosa. Iba hácia Parigné: de seguro era para escalar la Tourgue.

—Quememos esa escalera, gritaron los aldeanos.

Y la quemaron.

Entre tanto la fúnebre carreta que esperaban seguia otro camino y estaba ya dos leguas mas allá, en la aldea por donde Micaela Flechard la vió pasar al amanecer.







V.

VOX IN DESERTO.

Micaela Flechard, separandose de los tres niños á quienes habia dado el pan, se puso á caminar á la ventura por el bosque.

Ya que no encontraba quien quisiera mostrarle el camino, estaba resuelta á buscarlo por sí sola. De cuando en cuando se sentaba; volvía á levantarse, andaba un rato y se sentaba otra vez. Espe-



---

rimentaba ese cansancio lúgubre, que se siente primero en los músculos y que pasa luego á los huesos: fatiga de esclavos. Era esclava en efecto, esclava de sus hijos perdidos; necesitaba hallarlos; cada minuto que trascurrea podia ser para ellos un peligro. Quien tiene semejante deber no tiene derecho para descansar; le estaba prohibido tomar aliento. ¡Pero estaba tan fatigada! En el grado de abatimiento de fuerzas en que se encontraba, un paso mas era un problema: ¿podria dar ese paso? Estaba andando desde la madrugada y no habia pasado por ningun pueblo ni visto siquiera una casa. Tomó al principio la senda recta que conducia á la Tourgue; despues siguió otra que se alejaba de la fortaleza y acabó por perderse entre matas semejantes las unas á las otras. ¿Se habia acercado á su objeto? ¿Tocaba al término de su pasion? Hallábase en la Via Dolorosa y sentia el abatimiento de la última estacion. ¿Iba á caer y espirar en el camino? Llegó un momento en que le pareció imposible andar mas; el sol declinaba; el bosque estaba oscuro; los senderos desaparecian bajo la yerba y Micaela no supo que iba á ser de ella. No tenia esperanza de mas auxilio que el de Dios. Llamó; no la respondió nadie.



---

Miró alrededor de sí, vió un claro entre las ramas, se dirigió hácia aquel sitio, y de repente se halló fuera del bosque.

Presentóse á su vista un valle estrecho como una zanja, por cuyo centro corria entre las piedras un hilo de agua clara. Advirtió entonces que tenia una sed ardiente, bajó hasta el arroyo, se arrodilló y bebió.

Aprovechando la ocasion de estar de rodillas rezó sus oraciones.

Despues se levantó y procuró orientarse.

Atravesó el arroyo.

Mas allá del estrecho valle se prolongaba una vasta llanura poblada de monte bajo, que partiendo del arroyo subia en plano inclinado hasta perderse de vista en el horizonte. El bosque era la soledad; aquella llanura era el desierto. En el bosque detrás de cada mata podia hallarse una persona; en la llanura en todo lo que alcanzaba la vista no se veia á nadie. Solo algunos pajarillos que parecian fugitivos volaban entre los brezos.

Entonces, ante aquel abandono inmenso, la madre desconsolada, sintiendo doblarse las rodillas, azorada, medio loca, lanzó á la soledad este grito extraño:—¿Hay alguien aquí?



Y esperó la respuesta.

Y la respuesta vino.

Estalló en aquel momento una voz sorda y profunda, que procediendo del extremo del horizonte se repercutió de eco en eco. Aquella voz era un trueno, á menos que no fuera un cañonazo, y parecia responder á la pregunta de la madre y decir: sí.

Despues todo volvió á quedar en silencio.

La madre se enderezó reanimada; habia alguien en aquella llanura. Parecíale que tenia ya con quien hablar: acababa de beber y de rezar; volvíanle las fuerzas y empezó á subir por la llanura dirigiéndose hácia el sitio de donde habia salido la enorme voz lejana.

De repente vió erguida al extremo del horizonte una alta torre, solitaria, dominando el agreste paisaje: un rayo del sol poniente teñia de púrpura sus muros. Estaba como á una legua de distancia, y detrás de ella se perdia entre la bruma el verdor difuso de un bosque, que era el de Fougères.

Aquella torre le pareció situada en el mismo punto de donde habia partido el trueno que habia tomado por una voz que la llamaba. ¿Era la torre la que habia hecho aquel ruido?



---

Micaela Flechard llegó á la mayor altura de la meseta; no tenia delante de sí mas que la llanura árida.

Se encaminó hácia la torre.







## VI.

### SITUACION.

Habia llegado el momento.

El hombre inexorable tenia cercado al hombre cruel.

Cimourdain tenia al alcance de su mano á Lantenac.

El viejo realista estaba cogido en su guarida; evidentemente no podia escaparse, y Cimourdain



---

pensaba que fuese decapitado en el mismo sitio, es decir en sus tierras, en sus dominios y en cierto modo en su propia morada, á fin de que la mansion feudal viese caer la cabeza del hombre feudal, y fuese el ejemplo memorable.

Por eso habia enviado á buscar la guillotina á Fougeres, y ya la hemos visto en el camino.

Matar á Lantenac era matar á la Vendée; matar á la Vendée era salvar la Francia. Cimourdain no vacilaba: vivia en la ferocidad del deber como en su elemento.

El marqués parecia perdido; por este lado Cimourdain estaba tranquilo, pero tenia un recelo por otro lado. La lucha tenia que ser espantosa: Gauvain debia dirigirla y aun querria tomar parte activa en ella; el jóven comandante tenia sangre de soldado y no podria menos de mezclarse en el terrible combate. ¡Con tal que no le matasen! ¡Gauvain, su hijo, el único objeto de su cariño sobre la tierra! Hasta entonces habia tenido fortuna; pero la fortuna se cansa de proteger á sus favorecidos. Cimourdain temblaba: su estraño destino le habia puesto entre dos Gauvain, el uno cuya muerte procuraba por todos los medios, el otro cuya vida queria proteger.



---

El cañonazo que habia despertado á Georgina en su cama y llamado á la madre en la soledad habia hecho algo mas. Fuera casualidad ó fuera intencion del artillero, la bala que no era sino una bala de aviso, habia roto y medio arrancado la armadura de barrotes de hierro que cubria y cerraba la grande aspillera del primer piso de la torre. Los sitiados no habian tenido tiempo de reparar esta avería.

Habíanse jactado demasiado de su abundancia de municiones: en realidad tenian pocas; su situacion era aun mas crítica de lo que los sitiadores suponian. Si hubiesen tenido bastante pólvora habrian volado la Tourgue con ellos y el enemigo dentro: esta era á lo menos su intencion; pero las reservas estaban agotadas y apenas tenian para treinta tiros por persona. Tenian muchos fusiles, escopetas y pistolas, pero pocos cartuchos. Habian cargado todas las armas á fin de poder hacer fuego sin interrupcion: ¿pero cuánto podia durar este fuego? Era preciso á la vez alimentarlo y economizarlo; y aquí estaba la dificultad. Por fortuna (fortuna siniestra) la lucha iba á empeñarse principalmente de hombre á hombre y al arma blanca, á sablazos y á puñaladas. Se iba á pelear cuerpo á



---

cuerpo mas aun que á tiros; en vez de fusilarse mutuamente, iban á descuartizarse: tal era su esperanza.

El interior de la torre parecia inexpugnable. En la sala baja, con la cual comunicaba la brecha abierta por el cañon de los sitiadores, estaba la *retirada*, barricada científicamente construida por Lantenac que obstruia completamente la entrada. Detrás de esta barricada habia una mesa larga cubierta de armas cargadas, como trabucos, carabinas, mosquetones, y además de sables hachas y puñales. No pudiendo utilizar el calabozo del olvido para volar la torre, el marqués habia mandado cerrar la trampa de aquel calabozo que comunicaba con la sala baja. Encima de esta, se hallaba la sala redonda del primer piso á la cual se subia por una escalera de caracol muy estrecha. Aquella sala tenia como la inferior una larga mesa cubierta de armas dispuestas para uso inmediato y estaba alumbrada por la gran ventana aspillerada, cuyos barrotes acababa de destruir la bala del cañon de aviso. Otra escalera en espiral conducia desde allí á la sala del piso segundo, donde estaba la puerta de hierro que daba al puente-castillejo. Esta sala del segundo piso se llamaba indistintamente sala de



---

la puerta de hierro ó sala de los espejos, á causa de tener sobre la desnuda piedra y colgados de clavos ya oxidados muchos espejos pequeños: extraña delicadeza en medio del salvajismo. No pudiendo los pisos superiores ser defendidos útilmente, la sala de los espejos era lo que Manesson-Mallet, el legislador de las plazas fuertes, llama «el último puesto, donde los sitiados capitulan.» Tratábase, pues, de impedir á los sitiadores llegar á esta sala.

Aunque estaba iluminada por dos grandes aspilleras, brillaba en ella una antorcha. Plantada en un porta-antorcha de hierro semejante al de la sala baja, habia sido encendida por el Imano, el cual habia puesto además junto á ella el extremo de la mecha azufrada: horribles prevenciones.

En el fondo de la sala baja, en un largo tablado, habia víveres como en una caverna homérica: grandes platos de arroz; otros de *fur*, que es trigo negro cocido; *godrivella* que es un picadillo de ternera; tortas de *huichepota*, especie de pasteles de harina y frutas cocidas, y jarros de sidra. Comia y bebía el que tenia apetito ó sed.

El cañonazo les puso á todos sobre aviso: no les quedaba sino media hora de tregua.



---

El Imano desde lo alto de la torre vigilaba los movimientos de los sitiadores. Lantenac habia mandado no hacer fuego y dejarlos acercarse, diciendo:—Son cuatro mil quinientos: matar á los de afuera es inútil: matad solo á los que entren. Cuando estén dentro, se restablece el equilibrio entre ellos y nosotros.

Y habia añadido riendo:

—Igualdad, fraternidad.

Estaba acordado que cuando el enemigo comenzase su movimiento, el Imano haria la señal con su trompeta.

Todos en silencio, apostados detrás de la *retirada* ó en los escalones de la escalera de caracol esperaban con el fusil en una mano y el rosario en la otra.

La situacion precisa era en resúmen esta: respecto de los sitiadores, una brecha que acometer, una barricada que forzar, tres salas superpuestas que asaltar, una despues de otra, dos escaleras en espiral que tomar escalon por escalon bajo una granizada de metralla: respecto de los sitiados, morir.



## VII.

### PRELIMINARES.

Gauvain por su parte hacia sus preparativos para el ataque. Daba sus últimas instrucciones á Cimourdain que, como se recordará, sin tomar parte en la accion, debia guardar la salida por la meseta; y daba tambien sus órdenes á Guechamp que con el grueso de las fuerzas debia permanecer en observacion en el campamento del bosque. Es-



---

taba acordado que ni la batería baja del bosque ni la batería alta de la meseta harían ningun disparo á no ser que por cualquiera de ambas partes hubiera salida ó tentativa de evasión. Gauvain se reservaba el mando de la columna de asalto, y esto era lo que turbaba el ánimo de Cimourdain.

El sol acababa de ponerse.

Una torre en campo raso parece un buque en alta mar; debe ser atacada de la misma manera, al abordaje mas que al asalto. Los cañones en este caso son inútiles: ¿de qué sirve el cañon para muros de quince pies de espesor? Una brecha en el costado del buque, los unos que tratan de forzarla, los otros que procuran defenderla, hachas, machetes, pistolas, puños, dientes en movimiento: tal es la aventura.

Gauvain comprendía que no había otro medio para tomar la Tourgue. Nada sin embargo mas mortífero que un combate en que los enemigos se ven mutuamente lo blanco de los ojos. Conocía el interior terrible de la torre porque se había criado en ella y este conocimiento le hacía pensar profundamente.

Entre tanto Guechamp á pocos pasos de su jefe examinaba con el anteojo el horizonte por el lado



de Parigné. Al cabo de un rato de exámen, exclamó.

—¡Ah! ¡al fin ya está ahí!

—¿Qué hay, Guechamp?

—Mi comandante, ahí está la escalera.

—¿La escalera de salvamento?

—La misma.

—¿Cómo! ¿no habia venido aun?

—No, mi comandante y eso me tenia con cuidado. El expreso enviado á Javené volvió.

—Ya lo sé.

—Y dijo que habia encontrado en la carpintería de Javené una escalera de las dimensiones requeridas, que la habia embargado y hecho poner en una carreta, y la habia visto salir para Parigné escoltada por doce caballos. Una vez desempeñada su comision, volvió á galope á darme parte.

—Sí, y nos dijo todo eso, y añadió que teniendo la carreta dos buenos caballos y habiéndose puesto en marcha hácia las dos de la mañana, estaría aquí mucho antes de anochecer. Todo eso lo sé: ¿qué más?

—Que el sol se ha puesto ya y la carreta que trae la escalera no ha llegado todavía.

—¿Es posible? Sin embargo, es preciso atacar:



han pasado las horas de tregua, y si tardásemos en comenzar el ataque, los sitiados creerian que no nos atrevíamos á intentarlo.

—Bien puede atacarse, mi comandante.

—Es que necesito la escalera de salvamento.

—Sin duda.

—Y si no la tenemos...

—La tenemos ya.

—¿Cómo?

—Por eso he dicho antes que al fin estaba ahí. Temiendo que algun obstáculo impidiese su llegada, he tomado el catalejo y examinado el camino de Parigné á la Tourgue y estoy satisfecho del exámen. La carreta viene ahí; en este momento está bajando la cuesta; podeis verla.

Gauvain tomó el anteojo y miró:

—En efecto, ahí está: no hay bastante claridad para distinguirlo todo bien, pero veo la escolta y basta: solo que me parece mas numerosa de lo que os han dicho, Guechamp.

—Y á mí tambien.

—Están como á un cuarto de legua.

—Mi comandante, la escalera estará aquí dentro de un cuarto de hora.

—Entonces podemos atacar.



Era en efecto una carreta la que llegaba, pero no la que ellos creían. Gauvain, al volverse, se encontró de frente con el sargento Radoub, cuadrado, la vista baja y en la actitud del saludo militar.

—¿Qué se ofrece, sargento Radoub?

—Ciudadano comandante, los soldados del batallón del Gorro Colorado tenemos una gracia que pedirnos.

—¿Cuál?

—La de ser los primeros al asalto.

—¡Ah! dijo Gauvain.

—¿Tendréis la bondad de permitirlo?

—Eso según, dijo Gauvain.

—Mi comandante, desde el ataque de Dol hemos notado que economizáis nuestra sangre: así es que somos todavía doce.

—¿Y qué?

—Que eso nos humilla.

—Sois de la reserva.

—Preferimos ser de la vanguardia.

—Pero os necesito para asegurar el éxito al fin de una acción; por eso os conservo.

—Demasiado.

—Es igual; pertenecéis á la columna y marcháis con ella.



---

—Detrás, pero el derecho de París es ir delante.

—Lo pensaré, sargento Radoub.

—Pensadlo hoy, mi comandante: esta es la ocasión. Tendremos buenos golpes que dar y que recibir; el combate será duro; la Tourgue no es cosa que se toca sin quemarse los dedos. Pedimos el favor de ser de los que se los quemen.

El sargento se detuvo, se retorció el bigote y añadió:

—Además, mi comandante, en esa torre están nuestros chicos. Tenemos ahí nuestros hijos, los hijos del batallón, nuestros tres niños. Ese canalla de Gouge-le-Bruant á quien llaman Mata-azules ó el Imano, ese facineroso, ese hombre del diablo amenaza á nuestros hijos, á nuestros niños ¿entendeis, mi comandante? Aunque se hundiera el cielo, y aunque mil rayos se opongán, no queremos que se les haga ningun mal. ¿Comprendeis esto, autoridad? No lo queremos. Hace poco, aprovechando el descanso, he subido á la meseta y les he visto por una ventana. Sí, allí están, se les puede ver desde lo alto del barranco, y les he visto, y ellos han tenido miedo de mí, ¡angelitos! Mi comandante si cayera un solo cabello de sus cabezas de querubines, lo juro por todo lo que hay



---

mas sagrado, yo el sargento Radoub me las habria hasta con el esqueleto del Padre Eterno. Ahora el batallon dice: queremos salvar á los niños ó morir todos en la demanda: es nuestro derecho, ¡mil rayos! sí, ó salvarlos ó morir todos. Con esto no digo mas, salud y respeto.

Gauvain tendió la mano á Radoub y dijo:

—Sois todo un valiente: vendreis en la columna de ataque. Seis de vosotros ireis en la vanguardia á fin de que todos os sigan al combate, y seis en la retaguardia para que nadie retroceda.

—¿Y seré tambien yo quien mande á los doce?

—Sin duda.

—Entonces, mi comandante, gracias, porque yo iré con la vanguardia.

Radoub volvió á hacer el saludo militar, y entró de nuevo en las filas.

Gauvain miró su reloj, y dijo algunas palabras al oido de Guechamps. Entonces empezó á formarse la columna de ataque.







## VIII.

### LA PALABRA Y EL RUGIDO.

Entre tanto Cimourdain, que todavía no habia marchado á ocupar su puesto en la meseta, y que estaba al lado de Gauvain, se acercó á un clarin, y dijo:

—Toca á parlamento.

El clarin sonó, la trompeta respondió.

Otro toque de clarin y otro de trompeta siguieron á los primeros.



---

—¿Qué es eso? preguntó Gauvain á Guechamp.  
¿Qué quiere Cimourdain?

Cimourdain habia avanzado hácia la torre agitando en la mano un pañuelo blanco. Al llegar á cierta distancia, levantó la voz diciendo:

—¡Hombres de la torre! ¿Me conocéis?

Una voz, la del Imano, respondió desde lo alto de la torre:

—Sí.

Las dos voces entonces entablaron un diálogo, y se oyó lo siguiente:

—Soy el enviado de la república.

—Eres el ex-cura de Parigné.

—Soy el delegado de la Comision de salvacion pública.

—Eres un clérigo.

—Soy el representante de la ley.

—Eres un renegado.

—Soy el comisario de la Revolucion.

—Eres un apóstata.

—Soy Cimourdain.

—Eres el demonio.

—¿Me conocéis?

—Te execramos.



—¿Os daríais por satisfechos teniéndome en vuestro poder?

—Diez y ocho de los que estamos aquí daríamos nuestras cabezas por poder cortarte la tuya.

—Pues bien, vengo á entregarme en vuestras manos.

Oyóse en lo alto de la torre una carcajada de risa salvaje á la cual siguió este grito:

—¡Ven!

En el campamento reinaba un profundo silencio, en la expectativa de lo que iba á suceder.

Cimourdain repuso:

—Con una condicion.

—¿Cuál?

—Escuchad.

—Habla.

—¿Me aborreceis?

—Sí.

—Yo os amo; soy hermano vuestro.

La voz de lo alto de la torre dijo:

—Es verdad: eres Cain.

Cimourdain replicó con una inflexion singular de voz, á un tiempo altanera y suave:

—Insultadme, pero escuchad porque vengo como parlamentario. Sí, sois hermanos míos; sois



---

unos pobres ilusos y extraviados: yo soy vuestro amigo, yo soy la luz que habla á la ignorancia y en la luz hay siempre fraternidad. Además, ¿no tenemos vosotros y yo una misma madre, que es la patria? Escuchad bien: con el tiempo sabreis, ó sabrán vuestros hijos ó vuestros nietos, que todo lo que se hace en este momento se ejecuta en cumplimiento de leyes superiores á la condicion humana y que Dios está en el fondo de la Revolucion. Mientras llega el momento de que se iluminen todas las conciencias, hasta las vuestras, y de que se disipen todos los fanatismos, incluso los nuestros; mientras llega esa gran claridad que ha de venir, ¿no habrá nadie que tenga compasion de vuestra tenebrosa ignorancia? Yo vengo á vosotros y os ofrezco mi cabeza; hago mas, os tiendo la mano y solicito de vosotros la gracia de perderme por salvaros. Tengo plenos poderes, y lo que prometo puedo cumplirlo. Estamos en un instante supremo, y por mi parte hago el último esfuerzo. Sí, el que os habla es un ciudadano, y este ciudadano está investido del carácter sacerdotal. El ciudadano os hace la guerra; pero el sacerdote os suplica. Escuchadme: muchos de vosotros teneis mujeres é hijos; yo tomo la de-



fensa de vuestros hijos y mujeres; tomo su defensa contra vosotros mismos. Oh hermanos míos.....

—Adelante con el sermón, dijo con fisga el Imano.

Cimourdain continuó:

—Oh hermanos míos; no dejéis que suene la hora execrable de degollarse los unos á los otros. Muchos de los que estamos aquí no verán el sol de mañana; muchos de los nuestros perecerán, y vosotros todos, sí todos, morireis. Sed clementes con vosotros mismos: ¿por qué derramar toda esa sangre en vano? ¿Por qué matar á tantos hombres cuando basta que mueran dos?

—¿Dos? dijo el Imano.

—Sí, dos.

—¿Quiénes?

—Lantenac y yo.

Y Cimourdain levantó la voz.

—Dos hombres están de más en el mundo, el uno según vuestra opinión, el otro según la nuestra, Lantenac y yo. Oid el trato que os ofrezco: las vidas de todos serán respetadas y además yo me entrego á vosotros; en cambio nos dareis á Lantenac. Lantenac será guillotinado, y vosotros hareis de mí lo que querais.



---

—Cura, ahulló el Imano, si te cogiésemos, te quemaríamos á fuego lento.

—Consiento en ello, dijo Cimourdain.

Y añadió:

—Sentenciados á muerte que estais en esa torre, yo prometo que todos saldreis de ella vivos y en libertad dentro de una hora. Os traigo la salvacion: ¿la acceptais?

La voz del Imano estalló con furia.

—Ademas de malvado eres un loco. ¿Por qué vienes á molestarnos? ¿Quien te ha pedido que nos vinieses á hablar? ¿Nosotros entregar al señor marqués! ¡Bah! ¿que es lo que pretendes?

—Cortarle la cabeza; pero en cambio os ofrezco....

—Ya lo sabemos, tu pellejo, y en efecto si te tuvieramos á mano, te desollaríamos como un perro, cura Cimourdain; pero tu pellejo no vale lo que la cabeza del señor marqués de Lantenac. Vete.

—El combate va á ser terrible; por última vez os ruego que reflexioneis.

La noche se acercaba durante este horrible diálogo, cuyas voces se oian tanto dentro como uera de la torre. El marqués de Lantenac guar-



daba silencio y dejaba hablar. Los jefes tienen siniestros movimientos de egoismo; el egoismo, en efecto, es uno de los derechos inherentes á la responsabilidad.

El Imano levantó la voz dirigiéndose á los sitiadores y dijo:

—Hombres que nos atacais, os hemos presentado nuestras proposiciones: hechas están y no tenemos nada que quitar ni añadir. Aceptadlas; de lo contrario ¡ay de todos! ¿Consentis? Os daremos los tres niños que están aquí y nos dareis á todos la salida libre.

—A todos, sí, dijo Cimourdain, escepto á uno.

—¿Quién?

—Lantenac.

—¡El marqués! ¡Entregar al señor marqués! Jamás.

—Queremos á Lantenac.

—Jamás.

—No podemos tratar sino bajo esa condicion.

—Entonces comenzad el ataque.

Restablecióse el silencio.

El Imano, despues de haber dado la señal con la trompeta, bajó de la plataforma; el marqués tiró de la espada; los diez y nueve sitiados se agrupa-



---

ron en silencio en la sala baja detrás de la barricada y se hincaron de rodillas. Oíase el paso medurado de la columna de ataque, que se adelantaba hácia la torre en la oscuridad. Ibase acercando el ruido hasta que llegó un momento en que le sintieron inmediato, á la boca misma de la brecha. Entonces todos se arrodillaron y se echaron los fusiles á la cara apoyándolos en las hendiduras de la barricada. Grand Francœur, que era el cura Turmeause levantó teniendo el sable desnudo en la mano derecha y un crucifijo en la izquierda, y con voz grave dijo:

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

Todos hicieron fuego á la vez, y comenzó la lucha.



## IX.

### TITANES CONTRA GIGANTES.

El efecto fue espantoso.

Aquella lucha cuerpo á cuerpo sobrepujaba á cuanto se hubiera podido imaginar.

Para hallar algo semejante seria preciso remontarse á los grandes desafíos de los dramas de Esquilo ó á las carnicerías de los antiguos tiempos feudales; á aquellos ataques *al arma corta* que du-



raron hasta el siglo XVII, cuando se penetraba en las plazas fuertes por las falsabragas ó barbacanas; asaltos trágicos en los cuales, como dice el viejo sargento de la provincia de Alemtejo, «habiendo los hornillos produciendo su efecto, los sitiadores avanzan llevando tablas cubiertas de láminas de hoja de lata, armados de rodelas y manteletes y provistos de granadas en abundancia, haciendo abandonar los atrincheramientos ó retiradas á los de la plaza y apoderándose de ella con su empuje vigoroso sobre los sitiados.»

El lugar del combate era horrible; era una de esas brechas que en el lenguaje del oficio se llaman *brechas cubiertas*, es decir que forman un boqueron que atraviesa el muro de parte á parte y no una fractura á cielo abierto. La pólvora habia producido el efecto de una barrena, pero tan violento, que la torre habia quedado hendida de resultas de la esplosion hasta mas de cuarenta pies por cima de la brecha. Sin embargo aquella hendidura nada significaba para el ataque; y la rotura practicable que daba entrada á la sala baja parecia mas una lanzada que penetra y perfora que un hachazo que corta y destroza.

Era una puncion en el costado de la torre, una



---

fractura estensa y penetrante, algo como un pozo horizontalmente tendido sobre la tierra, un corredor serpenteante y ascendente á manera de intestino al través de un muro de quince pies de espesor, una especie de cilindro informe, atestado de obstáculos, de lazos, y explosiones, donde la frente chocaba con el granito, el pie con garfios y la vista con tinieblas.

Los sitiadores tenían delante de sí aquella entrada negra, boca de sima, cuyas mandíbulas superior é inferior eran las piedras del muro desencajadas: las fauces de un cocodrilo no tienen dientes mas formidables que los que presentaba aquella espantosa brecha. Y sin embargo, era preciso entrar y salir por aquel boqueron.

Dentro aguardaba á los sitiadores la metralla; fuera se levantaba el reducto: fuera quiere decir la sala baja del piso inferior.

Semejante ferocidad de situacion no se ve sino en los encuentros de los zapadores en las galerías cubiertas, cuando la contramina viene á cortar la mina, ó en los combates al arma blanca en los entrepuentes de los buques que se acometen al abordaje en las batallas navales. Pelear en el fondo de un foso es el último grado de lo horrible: es espan-



---

toso matarse unos á otros en la oscuridad de un sitio cubierto por todos lados. En el momento de entrar la primera oleada de los sitiadores, toda la retirada se cubrió de relámpagos y hubo como un estallido de rayos y truenos bajo tierra. El trueno sitiador respondió inmediatamente al trueno parapetado, las detonaciones de los unos respondieron á las de los otros. Levantóse primero el grito de Gauvain: ¡adelante! despues el grito de Lantenac: ¡firmes contra el enemigo! y luego el grito del Imano: ¡aquí los valientes del Maine! Despues se oyeron el choque de sables contra sables, pistoletazos, y descargas de fusilería espantosas arrollándolo todo. La antorcha fija en la pared alumbraba vagamente aquella escena horrible; pero no se podía distinguir nada entre la negrura rojiza del humo, del fuego y de la sangre. El que entraba allí se quedaba súbitamente sordo y ciego, sordo por el ruido atronador, ciego por el humo. Los que quedaban fuera de combate yacian entre los escombros. Los combatientes andaban sobre los cadáveres, aplastando las heridas, y los brazos y piernas rotos; los heridos gritaban furiosos, y los moribundos mordian los pies de los que les pisaban. De cuando en cuando habia momentos de silencio



mas pavorosos que el ruido. La lucha se entablaba cuerpo á cuerpo; oíase el espantoso resoplido de las bocas, el rechinar de los dientes: despues venian las imprecaciones y la tempestad comenzaba de nuevo. Un arroyo de sangre salia de la torre por la brecha y se estendia en la oscuridad formando charcos sombríos que humeaban entre la yerba:

Parecia que era la torre misma la que se desangraba y que aquella gigante estaba herida.

Cosa sorprendente; todo esto apenas producía ruido al exterior. La noche era muy oscura y tanto en la llanura como en la selva reinaba una especie de paz fúnebre en torno de la fortaleza atacada. Dentro estaba el infierno, fuera el sepulcro. Aquel choque de hombres matándose en las tinieblas, aquellos tiros, aquellos gritos de rabia y de dolor, todo aquel tumulto espiraba bajo la masa de los muros y de las bóvedas. Faltaba aire para el ruido, y á la matanza se agregaba la sofocacion casi asfixiante. Fuera de la torre casi no se oía nada: los niños dormían entre tanto.

El encarnizamiento del combate continuaba: los defensores del reducto se mantenían firmes; nada mas difícil de forzar que ese género de bar-



ricadas en ángulo entrante. Si los sitiados tenían en contra el número, tenían á su favor la posición. La columna de ataque perdía mucha gente: formada en hileras al exterior, iba entrando lentamente por la abertura de la brecha y se encojía como una culebra que entra en su cueva.

Gauvain, que tenía imprudencias de jefe novel, estaba en la sala baja en lo más fuerte del combate rodeado de una granizada de balas. Tenía la confianza del hombre que no ha sido jamás herido á pesar de haber entrado en cien combates.

Al volverse para dar una orden vió á la luz de un fogonazo el semblante conocido de su maestro, que estaba junto á él.

—¡Cimourdain! exclamó ¿qué venis hacer á aquí?

Cimourdain, respondió:

—Vengo para estar á tu lado.

—Pero ¿no veis que os van á matar?

—¿Y tú entonces? ¿qué haces aquí tú?

—Yo soy necesario, y vos no.

—Yo quiero estar donde tú estés.

—No, querido maestro.

—Sí, hijo mio.

Y Cimourdain continuó al lado de Gauvain.



---

Los muertos se amontonaban sobre el piso de la sala baja.

Aunque se mantenía aun el reducto, el número de los sitiadores debía al fin vencer. Estos estaban al descubierto, los sitiados abrigados por la barricada; diez de los primeros caían por cada uno de los segundos; pero los sitiadores se renovaban y crecían, mientras el número de los sitiados disminuía.

Todos los diez y nueve sitiados se hallaban detrás del reducto, que era el punto atacado. Tenían también muertos y heridos: quince todo lo más combatían aun. Uno de los más feroces, llamado por mote *Canta-en-invierno*, había quedado horrosamente mutilado. Era un breton rechoncho y lanudo, de la especie pequeña y vivaz. Le habían rebentado un ojo y roto una mandíbula, y pudiendo todavía andar, se arrastró hasta la escalera de caracol y subió á la sala del primer piso, con la esperanza de poder allí rezar y morir.

Habíase recostado en la pared cerca de la aspillera para poder respirar un poco de aire puro.

Abajo la matanza junto al reducto era cada vez más horrible. En un intervalo entre dos descargas, *Cimourdain* levantó la voz.



---

—¡Sitiados! gritó, ¿por qué os empeñais todavía en la efusion de sangre? Estais presos y sin esperanza; rendíos. Pensad que somos cuatro mil quinientos contra diez y nueve, es decir, mas de doscientos contra uno. Rendíos.

—¡Basta de habladurías! dijo Lantenac.

Y veinte balas respondieron á Cimourdain.

La retirada no llegaba hasta la bóveda, lo cual permitia á los sitiados tirar por encima de ella, pero permitia en cambio á los sitiadores asaltarla.

—¡Al asalto! gritó Gauvain. ¿Hay alguno de buena voluntad para escalar ese reducto?

—Yo, dijo el sargento Radoub.



## X.

### RADOUB.

Aquí los sitiadores tuvieron un momento de asombro. Radoub habia entrado por la brecha á la cabeza de la columna de ataque con cinco mas de su batallon parisiense, y de los seis cuatro habian caido ya. Luego que hubo gritado ¡yo! se le vió, no avanzar, sino retroceder, y bajando la cabeza, encorvando el cuerpo, casi arrastrándose entre las



---

piernas de los combatientes, llegar á la abertura de la brecha y salir por ella. ¿Huía? Semejante hombre no podía huir: ¿qué quería pues decir aquel movimiento?

Radoub cuando se halló fuera de la brecha, se frotó los ojos, cegados por el humo, como para quitar de ellos el horror y la oscuridad, y al resplandor de las estrellas contempló la pared de la torre. Pocos momentos despues de esta contemplacion, hizo con la cabeza una señal de satisfaccion, como diciendo: no me habia yo engañado.

Habia observado, en efecto, que la hendidura profunda producida por la explosion de la mina subia desde lo alto de la brecha hasta la aspillera del primer piso, cuya armadura de barrotes de hierro habia sido rota y dislocada por una bala de cañon. La red de barrotes rotos colgaba medio arrancada, y facilitaba el paso por la aspillera.

Un hombre podia pues pasar por allí: ¿pero podia subir hasta allí? Por la hendidura de la pared sí, á condicion de ser gato.

Esto es precisamente lo que era Radoub. Era de la raza que Píndaro llama de los «atletas ágiles.» Se puede ser soldado viejo y hombre jóven,



y Radoub que habia servido en la guardia francesa, no tenia aun cuarenta años: era un Hércules ágil.

Dejó en tierra el fusil, se quitó las fornituras, la casaca y la chupa, quedándose solo con las pistolas, que metió en el cinto que sujetaba el pantalon, y el sable desenvainado que se puso entre los dientes. La culata de las pistolas sobresalia por cima del cinturon.

Así aligerado de los impedimentos y seguido con la vista en aquella oscuridad por todos los de la columna de ataque que no habian penetrado aun por la brecha, empezó á subir por los dientes de la hendidura de la pared como por una escalera. Erale útil no tener zapatos, porque nada mas á propósito para trepar que el pié desnudo. Crispaba los dedos de los piés en los huecos de las piedras, se izaba con los puños y se afirmaba con las rodillas. La subida era dura; como una ascension al través de los dientes de una sierra. Por fortuna, pensaba Radoub, no hay nadie en la sala del primer piso, porque de otro modo no me dejarian escalar así la pared.

No eran menos de cuarenta piés los que era preciso subir de aquella manera. A medida que subia,



---

un poco molestado por los pomos salientes de las pistolas, la hendidura se iba estrechando y la ascension haciéndose mas difícil. El riesgo de la caída se aumentaba al mismo tiempo que se iba aumentando la profundidad del precipicio.

Llegó por fin al reborde de la aspillera, apartó el enrejado roto y desvencijado, y viendo abierto ancho paso, se levantó por medio de un esfuerzo poderoso sobre los brazos, apoyó la rodilla en la cornisa del reborde, asió con una mano un barrote de la derecha con la otra otro de la izquierda, y se irguió hasta la mitad del cuerpo ante la aspillera con el sable entre los dientes y suspendido de las manos sobre el abismo.

No le faltaba mas que echar la pierna del otro lado para saltar á la sala del primer piso.

Pero en aquel momento se apareció un rostro de la parte de adentro de la aspillera.

Radoub vió de repente delante de sí en la sombra una cosa espantosa; un ojo fuera de su órbita, una mandíbula rota, una cara ensangrentada.

Aquella máscara que no tenia mas que una pupila, le miraba.

El cuerpo á que pertenecia aquel rostro deforme tenia dos manos, las cuales saliendo de la som-



bra se adelantaron hácia Radoub y la una le tomó las dos pistolas de una vez mientras la otra le sacaba el sable de entre los dientes.

Radoub estaba desarmado: sus rodillas se deslizaban sobre el plano inclinado de la cornisa; sus dos manos crispadas sobre los trozos de los barrotes de la aspillerada apenas bastaban para sostenerle, y debajo de sí tenia cuarenta piés de profundidad.

La cara y las manos de que acabamos de hablar eran las de Canta-en-invierno.

Sofocado por el humo que subia de la sala baja, habia logrado entrar en el hueco de la ventana aspillerada, donde el aire exterior le habia reanimado; la frescura de la noche habia detenido la evacuacion de sangre, y le habia dado un poco de fuerza. De repente vió surgir al exterior de la aspillerada el torso de Radoub, el cual con las manos puestas en los barrotes no tenia mas remedio que dejarse desarmar ó caer de cuarenta piés de elevacion. Canta-en-invierno, espantoso y sereno, le habia tomado el sable y las pistolas.

Entonces comenzó un combate inaudito, el combate entre el desarmado y el herido.

Evidentemente el herido tenia mas probabili-



dades á su favor que el desarmado. Una bala bastaba para precipitar á Radoub en el abismo sobre el cual colgaba á la altura de cuarenta pies.

Por fortuna para Radoub, Canta-en-invierno teniendo las dos pistolas en una mano, no pudo desde luego hacer uso de ellas y tuvo que servirse del sable, con el cual tiró una estocada al hombro de Radoub. Aquella estocada hiriendo á Radoub le salvó.

Radoub, sin armas pero en toda su fuerza, no hizo caso de la herida que por lo demas no habia lastimado el hueso, dió al cuerpo un súbito empuje hacia adelante y saltó por la aspillera al hueco donde estaba su enemigo.

Canta-en-invierno, que habia arrojado el sable, tenia ya una pistola en cada mano.

Arrodillado como estaba apuntó á Radoub casi á quema ropa, pero su brazo debilitado temblaba y no tiró inmediatamente.

Radoub se aprovechó de aquel respiro para soltar la carcajada.

—¡Hola seor feo! ¿crees que me vas á meter miedo con esas fauces de buey á la moda? ¡Diablo, como te han puesto el coram-vobis!



---

Canta-en-invierno seguía apuntándole con una pistola.

Radoub continuó.

Veo que la metralla te ha chafado lindamente el pasa-pan, vamos al decir. ¡Pobre muchacho! Belona te ha estropeado la fisonomía. Vamos, vamos, escupe el tiritito, hijo mio.

Salió en efecto el tiro y pasó tan cerca de la cabeza de Radoub que le llevó la mitad de una oreja. Después Canta-en-invierno levantó el otro brazo armado de la segunda pistola; pero Radoub no le dió tiempo para apuntar.

—Basta que me hayas dejado sin media oreja; ya me has herido dos veces; ahora me toca á mí.

Y arrojándose sobre Canta-en-invierno le desvió el brazo, hizo salir el tiro cuya bala fué á dar no se sabe donde y con la otra mano le asió y le movió fuertemente de una parte á otra la mandíbula dislocada.

Canta-en-invierno dió un rugido y cayó desmayado.

Radoub pasó por cima de su cuerpo dejándole en el hueco de la ventana.

—Ahora que te he comunicado mi ultimatum, le dijo, no te muevas; quédate ahí, miserable rep-



til; ya comprendes que no mereces que yo me detenga á aplastarte. Arrástrate por el suelo como gustes, conciudadano de mis zapatos, ó muere y eso tendrás adelantado para mañana. Ahora si que vas á saber pronto que tu cura no te decia mas que barbaridades. Adios paisano y buen viaje al gran misterio.

Y se adelantó por la sala del primer piso, diciendo entre dientes:

—No se vé gota.

Canta-en-invierno se agitaba convulsivamente y bramaba en su agonía. Radoub se volvió, diciendo:

—Silencio: hazme el favor de callarte, ciudadano inconsciente. Ya ves que no me meto contigo y que no me digno darte el golpe de gracia. Tengamos la fiesta en paz.

Y receloso metió los dedos entre el cabello, sin dejar de mirar á Canta-en-invierno.

—Veamos ¿qué voy á hacer ahora? Hasta ahora vamos bien, pero estoy desarmado. Tenia dos tiros que aprovechar y tú me los has gastado, ¡animal! Y á todo esto hay aquí un humo que hace un mal horrible á los ojos.

Y tocándose la oreja desgarrada, añadió:



---

—¡Ay! ¿Qué has adelantado, bruto, con haberme confiscado media oreja? En fin prefiero tener de menos eso que otra cosa: una oreja no es mas que un adorno de la fisonomía. Tambien me has arañado el hombro, pero eso no vale nada. Muere en paz, campesino, yo te perdono.

Escuchó: el ruido en la sala baja era espantoso: el combate continuaba cada vez mas encarnizado.

—La danza está animada abajo. ¡Como ahullan viva el rey! Eso sí, revientan noblemente.

Sus pies tropezaron con el sable que estaba en tierra. Le recogió y dijo á Canta-en-invierno, que no se movia y que tal vez estaba muerto:

—Ya ves, hombre de los bosques, para lo que yo queria hacer, este sable y nada, todo es nada. Le recobro por afecto que le tengo, pero necesitaba mis pistolas. ¡Llévete el diablo, salvage! Pero en fin, ¿qué hago yo ahora? No sirvo aquí para nada.

Adelantóse por la sala tratando de ver algo y de orientarse. De repente, en la penumbra, detrás del pilar del centro, observó una larga mesa y sobre ella algo que despedia un resplandor vago. Tentó aquellos objetos: eran trabucos, pistolas, carabinas, una fila de armas de fuego dispuestas



---

en órden y como esperando las manos que habian de hacer uso de ellas. Eran la reserva de combate preparada por los sitiados para la segunda fase del asalto: todo un arsenal.

— ¡Hola! ¡un bufet bien dispuesto! dijo Radoub.

Y se arrojó gozoso sobre aquellas armas.

Entonces encontróse fuerte y formidable.

La puerta de la escalera que comunicaba con los pisos superior é inferior estaba abierta de par en par al lado de la mesa cargada de armas. Radoub dejó caer el sable; tomó en cada mano una pistola de dos cañones; y descargó las dos á la vez desde la puerta sobre la espiral de la escalera; despues tomó una escopeta y disparó, luego cogió un trabuco atestado de balines y le descargó igualmente en la escalera. El trabuco vomitando quince balas, pareció un tiro de cañon cargado de metralla. Radoub entonces, recobrando aliento gritó con voz tonante en la escalera: ¡Viva Paris!

Y apoderándose del segundo trabuco, mas grueso que el primero, apuntó á la bóveda tortuosa de la escalera y esperó.

El desórden que se introdujo en la sala baja;



---

fué indescriptible. Golpes imprevistos como aquel desorganizan toda clase de resistencia.

Dos de las balas de la triple descarga de Radoub, se habian aprovechado, una habia muerto al mayor de los hermanos Pica-en-bosque y la otra á Houzard, que era M. de Quelen.

—¡Están arriba! gritó el marqués.

Este grito decidió á los defensores de la barricada á retirarse. Una bandada de pájaros no se dispersa en ménos tiempo; todos se precipitaron á porfía por la escalera arriba mientras el marqués animaba á los fugitivos diciendo:

—Pronto, pronto, aprisa, aprisa, el valor consiste ahora en escapar. Subamos todos al segundo piso, y allí volveremos á la lucha.

Y abandonó la barricada el último.

Este acto de valor le salvó.

Radoub oculto en lo alto del primer piso, el dedo en el gatillo del trabuco, espiaba el momento en que los fugitivos subieran por la escalera. Los primeros que aparecieron en una de las vueltas de la espiral recibieron la descarga en el pecho y cayeron como heridos del rayo. Si el marqués hubiera estado entre ellos habria muerto. Pero antes que Radoub tuviera tiempo de tomar



otra arma, los demás pasaron, el marqués detrás de todos y mas lentamente que ninguno. Creyendo que la sala del primer piso estaba llena de sitiadores, no se detuvieron en ella sino que subieron rápidamente á la del segundo que era la sala de los espejos. Allí estaba la puerta de hierro; allí estaba tambien la mecha azufrada y allí era preciso capitular ó morir.

Gauvain, tan sorprendido como ellos de las detonaciones de la escalera y no explicándose el socorro que le llegaba, se habia aprovechado de él, dejando para otra ocasion el inquirir sus causas. Saltando él y los suyos por cima de la barricada habian perseguido á los sitiados de cerca hasta el primer piso.

Allí se encontró con Radoub.

Radoub comenzó por hacer el saludo militar y despues dijo :

—Un minuto, mi comandante. yo soy el que ha logrado este efecto; me he acordado de lo que hicisteis en Dol y os he imitado, tomando al enemigo entre dos fuegos.

—Buen discípulo he sacado, dijo Gauvain sonriéndose.

Cuando se pasa algun tiempo en la oscuri-



dad, los ojos se acostumbran á ver en la sombra como los de las aves nocturnas. Gauvain observó que Radoub estaba todo ensangretado y dijo:

—Pero estais herido, camarada.

—No hagais caso, mi comandante. ¿Qué significa una oreja mas ó menos? Tengo tambien una estocada en el hombro, pero poca cosa; no me da cuidado. Cuando se rompe un vidrio, suele uno cortarse un poco. Por lo demás, aquí no hay mas sangre que la mia.

Hízose alto en la sala del primer piso, conquistada por Radoub: llevóse un farol; Cimourdain acudió al lado de Gauvain y deliberaron. El caso merecia en efecto séria meditacion. Los sitiadores no estaban en el secreto de los sitiados: ignoraban su penuria de municiones; no sabian que los defensores de la plaza tenian muy poca provision de pólvora; y como el segundo piso era el último atrincheramiento, los sitiadores tenian motivos para creer minada la escalera.

Sin embargo una cosa era cierta: que el enemigo no podia escaparse. Los que no habian muerto estaban allí como bajo llave. Lantenac se hallaba tambien en la ratonera.

Con esta certidumbre no habia inconveniente



---

en tomarse un poco de tiempo para buscar el mejor desenlace posible de la situación. Era preciso adoptar los medios de perder la menos gente posible en el último asalto.

El riesgo de este supremo ataque debía ser grande: habría probablemente que empezar por sostener y sufrir un nutrido fuego.

Interrumpido el combate, los sitiadores dueños del piso bajo y del principal, esperaban, para continuar, las órdenes de su jefe. Gauvain y Cimourdain celebraban consejo y Radoub asistía en silencio á su deliberación.

Al cabo de un rato, se aventuró á hacer un nuevo saludo militar, y dijo con voz tímida:

—¡Mi comandante!

—¿Qué hay Radoub?

—¿Tengo derecho á una pequeña recompensa?

—Cierto: pide lo que quieras.

—Pido subir el primero.

No era posible negarle la petición; por lo demás, él se hubiera tomado el permiso en todo evento.



## XI.

### LOS DESESPERADOS.

Mientras que en el primer piso deliberaban los sitiadores, se fortificaban los sitiados en el segundo. La victoria es una especie de furor, como la derrota es una especie de rabia: los dos pisos iban á chocar con encarnizamiento. Tener próxima la victoria embriaga; y abajo estaban los sitiadores en la embriaguez de la esperanza, que sería la



---

mayor de las fuerzas humanas si no existiera la desesperacion.

La desesperacion reinaba en el piso alto.

Una desesperacion tranquila, fria, siniestra.

El primer cuidado de los sitiados, al llegar á aquella sala de refugio, fuera de la cual nada habia ya para ellos, fue obstruir la entrada. Cerrar la puerta era inútil; valia mas impedir la subida por la escalera. En semejantes casos un obstáculo, al través del cual se pueda ver y pelear, vale mas que una puerta cerrada.

La antorcha fija en la pared por el Imano cerca de la mecha azufrada les alumbraba.

Habia en aquella sala del segundo piso uno de esos baules de encina gruesos y pesados que se usaban antes de la invencion de las cómodas.

Arrastraron aquel baul y le pusieron de pie á la entrada de la escalera, en la cual se encajaba sólidamente tapando el hueco, sin dejar mas que un espacio estrecho cerca de la bóveda por donde podia pasar un hombre: excelente posicion para ir matando uno á uno á los que intentasen subir. Era pues dudoso que alguno se arriesgara.

La entrada obstruida de este modo les daba un respiro.



---

Se contaron.

Los diez y nueve habian quedado reducidos á siete, uno de ellos el Imano; pero escepto este y el marqués, los demás estaban heridos.

Los cinco heridos, pero aptos para el combate porque en el ardor de la lucha toda herida que no es muy grave permite ir y venir, eran: Chatenay, llamado Robi, Guinoiseau, Hoisnard Rama de Oro, Pimpollo de Amor y Grand-Francœur. Todos los demás habian muerto.

Se habian acabado las municiones y las cartucheras estaban casi vacías. Contaron los cartuchos y vieron que no habia mas que cuatro para los siete.

Habian llegado al punto en que no queda otro remedio mas que sucumbir. Hallábanse acorralados á orilla del precipicio abierto y terrible. Era imposible estar mas al borde del abismo.

En esto el ataque empezó de nuevo: oíanse los culatazos que los sitiadores daban en la escalera sondeándola escalon por escalon.

¿Qué medio habia de huir? ¿Por la biblioteca? Seis cañones establecidos en la meseta y enfilados por aquella parte con la mecha preparada hacian imposible la salida. ¿Por las habitaciones superio-



res? Era inútil porque terminaban en la azotea y allí no habia mas recurso que echarse de la torre abajo.

Los siete supervivientes de aquella banda épica se veian inexorablemente encerrados y cogidos por aquel muro espeso, que les protegía y al mismo tiempo les entregaba á sus enemigos. Todavía no estaban presos, pero podian considerarse prisioneros.

El marqués levantó la voz y dijo:

—Amigos míos, todo ha concluido para nosotros.

Y despues de un momento de silencio, añadió:

—Grand-Francœur vuelve á ser el señor cura Turmeau.

Todos se arrodillaron con el rosario en la mano. El ruido de los culatazos de los sitiadores se iba aproximando.

Grand-Francœur, todo cubierto de sangre por efecto de un balazo que le habia rozado el cráneo y arrancado parte del cuero cabelludo, levantó con la mano derecha el crucifijo. El marqués, aunque escéptico en el fondo de su corazón, puso una rodilla en tierra.

—Que cada cual confiese sus pecados en alta



---

voz, dijo Grand-Francœur. Comenzad, señor marqués.

El marqués respondió:

—Me acuso de haber dado muerte á mis semejantes.

—Yo tambien, dijo Hoisnard.

—Yo tambien, dijo Guinoiseau.

—Yo igualmente, dijo Pimpollo de Amor.

—Y yo, dijo Chatenay.

—Y yo, dijo el Imano.

Grand-Francœur repuso:

--En nombre de la Santísima Trinidad os absuelvo: que vuestras almas vuelvan en paz al seno del Señor.

—Amen, respondieron todos.

El marqués se levantó.

—Ahora, dijo, muramos.

—Y matemos, dijo el Imano.

Los culatazos comenzaban á romper el cofre que obstruía la puerta.

—Pensad en Dios, dijo el cura: la tierra no existe ya para vosotros.

—Es verdad, dijo el marqués, estamos en la tumba.

Todos bajaron la cabeza y se dieron golpes de



pecho. Solo el marqués y el cura estaban de pie. Todos tenían la vista fija en el suelo: el cura rezaba; los campesinos rezaban también; el marqués meditaba. El baul golpeado como por martillos resonaba lúgubrementemente.

En aquel momento una voz viva y fuerte gritó detrás de ellos:

—¿Veis como decia yo bien, señor?

Todos se volvieron estupefactos.

Acababa de abrirse un agujero en la pared. Una piedra, perfectamente unida con las demás, pero sin cemento, y que tenia un piton en la parte superior y otro en la inferior acababa de girar sobre sí misma como un torniquete y al girar habia abierto el muro. Aquella piedra moviéndose sobre su eje habia descubierto dos aberturas una á cada lado, ofreciendo dos pasos uno á derecha y otro á izquierda, estrechos, pero suficientes para que por ellos penetrase un hombre. Mas allá de aquella puerta inesperada se veian los escalones de una escalera de caracol. La faz de un hombre aparecia en una de las aberturas.

El marqués conoció á Halmalo.



## XII.

SALVADOR.

—¿Eres tú, Halmalo?

—Yo soy, señor; ya veis que las piedras giran y que es verdad que se puede salir de aquí por ese medio. Llego á tiempo, pero daos prisa: dentro de diez minutos estareis en medio del bosque.

—Dios es grande, dijo el cura.

—Salvaos, señor, gritaron todos.



—Primero todos vosotros, exclamó el marqués.

—Vos el primero, señor, dijo el cura Turmeau.

—No, yo el último.

Y el marqués repuso con voz severa:

—No haya combate de generosidad; no tenemos tiempo para ser magnánimos. Estais heridos: os mando vivir y huir. ¡Pronto! aprovechaos de esta salida. Gracias Halmalo.

—Señor marqués, dijo el cura Turmeau, ¿vamos á separarnos?

—Abajo sin duda: no es posible salvarse sino uno á uno.

—¿Nos dareis un punto de reunion?

—Sí: un claro de la selva, que se llama la Piedra Gauvaine. ¿Conoceis el sitio?

—Le sabemos todos.

—Mañana al medio dia estaré allí: los que puedan, que vayan.

—Allí estaremos.

—Y comenzaremos de nuevo la guerra, dijo el marqués.

Entre tanto Halmalo apoyándose sobre la piedra giratoria habia observado que no se movia. No era posible cerrar la abertura.

—Señor, dijo, démonos prisa, porque la piedra



se resiste ahora, y si he podido abrir, no voy á poder cerrar.

La piedra en efecto, á consecuencia de la prolongada inmovilidad, estaba como anquilosada en su charnela, y era imposible imprimirle movimiento.

—Señor, añadió Halmalo, esperaba dejar cerrado el paso, y que los azules al entrar no hallaran á nadie. No pudiendo esplicarse vuestra desaparicion, os creerian convertidos en humo. Pero la piedra no se quiere mover; el enemigo verá el boquete por donde habeis salido y podrá perseguiros. No perdamos pues un minuto: pronto, todos á la escalera.

El Imano puso una mano sobre el hombro de Halmalo y preguntó:

—Compañero ¿cuánto tiempo bastará para que los que salgan por ahí estén en seguridad en el bosque?

—¿No hay ninguno gravemente herido? preguntó á su vez Halmalo.

—Ninguno, le respondieron.

—En ese caso basta un cuarto de hora.

—De modo, repuso el Imano, que si el enemigo no entra aquí hasta despues de un cuarto de hora...



—Podrá perseguirnos, pero no nos alcanzará.

—Pero, dijo el marqués, antes de cinco minutos estarán aquí: ese viejo cofre no puede detenerlos mucho tiempo; con algunos culatazos quedará hecho añicos. ¡Un cuarto de hora! ¿quién puede detenerlos un cuarto de hora?

—Yo, dijo el Imano.

—¿Tú, Gouge-le-Bruant?

—Yo, señor marqués. Oid: cinco de entre nosotros siete están heridos: yo no tengo ni un rasguño.

—Ni yo.

—Pero vos sois el jefe y yo el soldado, y hay diferencia entre uno y otro.

—Ya lo sé, tenemos cada uno diferentes deberes que cumplir.

—No, señor: tenemos los dos el mismo deber, que es salvaros.

El Imano se volvió hácia sus compañeros.

—Compañeros, dijo, hay que detener al enemigo y retardar la persecucion lo mas posible. Oid: yo conservo toda mi fuerza y no he perdido una gota de sangre; por lo cual, no estando herido, duraré mas tiempo que otro. Marchaos todos, dejadme vuestras armas, que yo me encargo de hacer



buen uso de ellas y detener al enemigo por lo menos media hora. ¿Cuántas pistolas hay cargadas?

—Cuatro.

—Ponedlas en el suelo.

Inmediatamente fue obedecido.

—Muy bien; yo me quedo aquí, y cuando vengan esos señores encontrarán quien les reciba. Ahora huid lo mas pronto posible.

En situaciones tan supremas están demás las palabras de agradecimiento. Apenas se detuvieron el tiempo de apretarse la mano.

—Hasta luego, le dijo el marqués.

—No hasta luego, señor, creo que no, porque voy á morir y espero que vos vivireis aun mucho tiempo.

Todos penetraron uno tras otro por la estrecha escalera, los heridos primero. Mientras estos bajaban, el marqués sacó de su cartera el lapiz y escribió una línea en la piedra, que como hemos dicho no podia girar y dejaba abierta la salida.

—Venid, señor, no falta nadie mas que vos, dijo Halmalo.

Y comenzó á bajar.

El marqués le siguió.

El Imano quedó solo.







### XIII.

#### VERDUGO.

De las cuatro pistolas puestas sobre las baldosas, porque aquella sala no tenia piso de madera, el Imano tomó dos, una en cada mano.

Adelantóse oblicuamente hácia la entrada de la escalera tapada y obstruida por el cofre. Los sitiadores temian sin duda alguna sorpresa, una de esas esplosiones finales que constituyen la catás-



trofe del vencedor al mismo tiempo que la del vencido ; por eso el último ataque era tan lento y prudente como impetuoso habia sido el primero. No habian podido, ó quizá no habian querido, destruir de un solo golpe el obstáculo del cofre ; solamente habian demolido el fondo á culatazos y agujereado la tapa con las bayonetas, tratando de examinar por los agujeros lo que pasaba en la sala antes de arriesgarse á penetrar en ella.

El resplandor de los faroles con que iluminaban la escalera pasaba al través de aquellos agujeros.

El Imano observó que por uno de ellos los ojos de un soldado le miraban. Apuntó hácia aquel sitio una de sus pistolas y disparó. Un grito horrible respondió á la detonacion, llenando de gozo el corazon del Imano. La bala habia entrado por el ojo y atravesado la cabeza del soldado que miraba, el cual acababa de caer de espaldas por la escalera.

Los sitiadores al romper el cofre en varios sitios habian formado dos especies de aspilleras. Por una de ellas sacó el brazo el Imano armado de la otra pistola, y disparó al monton de los sitiadores el segundo tiro. La bala sin duda rebotó de uno



---

en otro, porque se oyeron varios gritos como si tres ó cuatro hubiesen sido muertos ó heridos, y hubo en la escalera un gran tumulto de hombres en retirada.

El Imano arrojó las dos pistolas que acababa de descargar y tomó las dos restantes. Despues miró por los agujeros del cofre.

El efecto de sus primeras descargas le pareció completamente satisfactorio.

Los sitiadores habian evacuado la escalera en toda la estension de los tres ó cuatro escalones que formaban la vuelta de la espiral á que alcanzaba la vista desde la entrada del piso segundo. Solo algunos moribundos se revolvian en los dolores de la agonía en aquellos escalones.

El Imano esperó.—Con esto se gana tiempo, dijo entre sí.

En esto vió á un hombre que subia arrastrándose, y al mismo tiempo, mas abajo, detrás del pilar central del caracol, observó que un soldado sacaba la cabeza disponiéndose tambien como para subir. El Imano apuntó á aquella cabeza y tiró. Resonó un grito, cayó el soldado, y el Imano pasó de la mano izquierda á la derecha la pistola que le quedaba.



En aquel momento sintió un dolor espantoso, y él fué quien á su vez lanzó un ahullido horrible. Un sable le revolvía las entrañas; una mano, la mano del hombre que subía á gatas, acababa de pasar por una de las brechas del cofre y había hundido la hoja de un sable en el vientre del Imano.

La herida fue espantosa: el vientre estaba atravesado de parte á parte.

El Imano no cayó sin embargo al primer golpe. Rechinó los dientes y dijo: ¡Bien!

Después tambaleándose, retrocedió hasta la antorcha que ardía al lado de la puerta de hierro, dejó la pistola en tierra, empuñó la antorcha, y sosteniendo con la mano izquierda los intestinos que se le salían, con la derecha bajó la antorcha hasta la mecha azufrada.

El fuego se comunicó prontamente y la mecha alzó llama. El Imano dejó la antorcha, que continuó ardiendo en el suelo, recobró su pistola y ya caído sobre las baldosas atizó la mecha soplando con el poco aliento que le quedaba.

La llama corrió, se estendió, pasó bajo la puerta de hierro y entró en el puente-castillejo.



---

Entonces, viendo asegurado el logro de su execrable intento, mas satisfecho quizá de su crimen que de su virtud, aquel hombre que dejaba de ser héroe para convertirse en asesino, aquel hombre que iba á morir, se sonrió satisfecho.

—Se acordarán de mí, murmuró. Con la muerte de sus niños, vengo á nuestro niño, el rey que está en el Temple.







## XIV.

### TAMBIEN EL IMANO SE ESCAPA.

En aquel instante resonó un gran ruido: abrióse con estrépito el cofre, violentamente empujado, y dió paso á un hombre que entró en la sala impetuosamente sable en mano.

—Yo soy, yo, Radoub; aquí hay un hombre para quien quiera: me cansaba de esperar y me arriesgo. Por de pronto acabo de despanzurrar á



---

uno, y ahora os ataco á todos: que me sigan ó no mis compañeros, me es igual. ¿Cuántos sois?

Era en efecto Radoub y estaba solo. Despues de las muertes que el Imano habia hecho en la escalera, Gauvain, temiendo que los sitiados hubieran hecho algun barreno y le diesen fuego cuando menos se pensara, habia mandado replegar su gente y consultaba con Cimourdain lo que se habia de hacer.

Radoub con el sable en la mano, y en medio de la semi-oscuridad que resultaba de estar la antorcha medio apagada en el suelo, repitió su pregunta.

—Aquí hay uno ¿cuántos sois vosotros?

No oyendo respuesta, se adelantó. Uno de esos resplandores vivos que arrojan por momentos los focos de luz agonizantes y que podrian llamarse sollozos de luz, se exhaló de la antorcha é iluminó toda la sala.

Radoub, viendo uno de [los espejos colgados en la pared, se acercó, miró su faz ensangrentada y su oreja colgando y exclamó:

—¡Horrorosa catadura!

Despues se volvió, sorprendido al notar que la sala estaba vacía.



---

—¡No hay nadie! gritó. Total de números de esta guardia: cero.

Entonces vió la piedra que habia girado, las dos aberturas y la escalera.

—¡Ah! ya comprendo, dijo: tomaron las de Villadiego. ¡Venid todos, muchachos, venid, se han fugado! Se han escurrido, disipado, volatilizado: esta colmena vieja estaba hendida por el costado: aquí está el boquete por donde ha pasado esa canalla. ¿Cómo hemos de acabar con Pitt y Coburgo con farsas como estas? El Dios del diablo es el que ha venido á socorrerlos. ¡No hay nadie!

En aquel momento sonó un pistoletazo, cuya bala pasó rozando el codo de Radoub y fué á estrellarse en la pared.

—¡Hola! exclamó el sargento; parece que hay uno. ¿Quién es el que ha tenido la bondad de saludarme con tanta cortesía?

—Yo, dijo una voz.

—Radoub se adelantó y distinguió en la penumbra un bulto, que era el Imano.

—¡Ah! dijo, ya tengo uno. Los otros se han escapado, pero tú no te escaparás.

—¿Lo crees así? preguntó el Imano.

—¡Vaya! ¿pero quién eres tú?



—Soy el que está por tierra, y se burla de los que están en pié.

—¿Qué tienes en esa mano?

—Una pistola.

—¿Y en la otra?

—Mis tripas.

—Eres mi prisionero.

—Muy pronto lo has dicho: aguarda, y verás.

Y acercando la cara á la mecha en combustion, atizó el incendio con el último soplo de vida y espiró.

Pocos instantes despues, Gauvain, Cimourdain y la tropa que les seguia entraron en la sala y vieron la abertura por donde se habian fugado los últimos sitiados. Registráronse todos los rincones y la escalera y se observó que esta conducia á una salida que daba al barranco. Tomóse acta de la fuga: el Imano estaba muerto. Gauvain, con el farol en la mano, examinó la piedra que habia dado salida á los fugitivos; habia oido hablar de aquella piedra giratoria, pero tenia la tradicion por fábula. Contemplando la piedra observó en ella algo escrito con lápiz: acercó el farol y leyó estas palabras:

—*Hasta otra vista, señor vizconde.*

LANTENAC.



---

Guechamp llegó también donde estaba Gauvain. La persecución era evidentemente inútil; la fuga estaba consumada y era completa: los prófugos tenían á su favor todo el país, las matas, los barrancos, la espesura, los habitantes. Estaban ya sin duda muy lejos; no había medio de alcanzarlos, y la selva de Fougères era toda ella un inmenso escondrijo. ¿Qué hacer? Había que volver á empezar, y Gauvain y Guechamp se comunicaban mutuamente sus decepciones y sus conjeturas.

Cimourdain los escuchaba grave, sin decir una palabra.

—A propósito, Guechamp, dijo Gauvain, ¿y la escalera?

—Mi comandante, no ha llegado.

—¿Pero no la hemos visto venir en un carro escoltado por gendarmes?

—No era la escalera.

—¿Pues qué era?

—La guillotina, dijo Cimourdain.







## XV.

DE CÓMO NO DEBEN PONERSE EN EL MISMO  
BOLSILLO UN RELOJ Y UNA LLAVE.

El marqués de Lantenac no estaba tan lejos como sus enemigos creían.

Pero no por eso dejaba de estar en seguridad y fuera de su alcance.

Habia seguido á Halmalo.

La escalera por donde ambos habían bajado en pos de los demás fugitivos terminaba en un estre-



---

cho pasadizo abovedado cerca del barranco y de los ojos del puente. Aquel pasadizo desembocaba en una profunda grieta natural del suelo, que por un lado daba al barranco, y por otro al espesor del bosque, grieta que oculta absolutamente á todas las miradas, serpenteaba bajo una vegetacion impenetrable. Al llegar á ella un fugitivo no tenia que hacer sino un movimiento de culebra para verse libre de toda posibilidad de ser alcanzado. La entrada del pasadizo secreto de la escalera estaba tan obstruida por las zarzas, que sus constructores habian considerado inútil cerrarla por otros medios.

El marqués no tenia ya que hacer sino alejarse de aquellos sitios, para lo cual no necesitaba disfraz, porque desde su llegada á Bretaña no se habia quitado el traje de campesino, juzgándose mas gran señor así que con el suyo propio.

Se limitó á quitarse la espada cuyo cinturon habia desabrochado y arrojado por tierra.

Cuando Halmalo y el marqués desembocaron por el pasadizo, los otros cinco, Guinoseau, Hoisnard Rama de Oro, Pimpollo de Amor, Chate-nay y el cura Turmeau ya no estaban allí.

—No han tardado en remontar el vuelo, dijo Halmalo.



---

—Imítalos tú , dijo el marqués.

—¿Quiere el señor que le deje solo?

—Sin duda ; ya te lo he dicho : no es fácil la fuga sino estando solo , pues por donde uno pasa, dos no pueden pasar muchas veces : juntos, llamaríamos la atención , tú causarías mi muerte y yo la tuya.

—¿Conoce el señor el país?

—Sí.

—¿Nos reuniremos en la Piedra Gauvaine?

—Mañana á las doce.

—Allí iré ; allí iremos todos.

Halmalo se detuvo y luego añadió :

—¡Ah señor ! ¡ Cuando pienso que nos hemos visto en alta mar , que estábamos solos , que quise mataros , que érais mi señor y podíais decírmelo y sin embargo no me lo dijisteis ! ¡ Ah , qué hombre sois !

El marqués dijo pensativo :

—La Inglaterra ; no hay otro recurso. Es preciso que dentro de quince dias estén los ingleses en Francia.

—Tengo muchas cuentas que dar al señor ; he desempeñado sus encargos.

—Ya hablaremos de todo eso mañana.



—Hasta mañana, señor.

—A propósito, ¿tienes ganas?

—Y buenas: tenía tanta prisa por llegar, que creo no haber comido nada en todo el día.

El marqués sacó del bolsillo una tablilla de chocolate, la partió en dos pedazos, dió uno á Halmalo y se puso á comer el otro.

—Señor, dijo Halmalo, á la derecha teneis el barranco y á la izquierda el bosque.

—Está bien, déjame; vete á donde tengas que ir.

Halmalo obedeció perdiéndose en la oscuridad. Oyóse un ruido de ramas removidas y despues nada: al cabo de algunos segundos habria sido imposible seguirle la pista. Aquella tierra del Boca-ge, erizada é inextricable, era la auxiliar del fugitivo, el cual podia decirse no que desaparecia, sino que se disipaba. Esta facilidad de dispersion rápida era la que hacia vacilar un ejército ante aquella Vendée, siempre retrocedente y aquellos guerreros tan formidablemente fugitivos.

El marqués permaneció inmóvil. Era de aquellos hombres que se esfuerzan por ser estóicos; sin embargo, no pudo menos de sentir cierta emocion al respirar el aire puro despues de haber respirado el vapor de tanta sangre y tanta carnicería. Ha-



---

llarse completamente á salvo despues de haberse visto completamente perdido; tomar posesion de una seguridad plena despues de haber tenido tan cerca la tumba; salir de la muerte para entrar de nuevo en la vida, aun para un hombre como Lantenac, era motivo bastante para experimentar cierta sacudida nerviosa; y aunque ya habia atravesado por situaciones semejantes, no pudo impedir que su alma imperturbable sintiera una especie de conmocion por algunos instantes. Confesóse á sí mismo que estaba contento, si bien dominó en breve aquel movimiento muy parecido á la alegría, y sacando su reloj apretó el muelle de la repeticion. Quería saber la hora que era.

Con gran sorpresa suya observó que no eran mas que las diez. Cuando se ha pasado por una de esas peripecias de la vida humana en que se aventura todo, se estraña que minutos tan llenos de acontecimientos no sean mas largos que los otros. El cañonazo de aviso habia sido disparado un poco antes de la puesta del sol, y la Tourgue habia sido embestida por la columna de ataque, media hora despues, al anochecer, entre siete y ocho. Es decir que aquel colosal combate, comenzado á las ocho, habia concluido á las diez; que toda aque-



---

lla epopeya habia durado ciento veinte minutos. A veces se suceden las catástrofes con la rapidez del rayo. Los acontecimientos tienen de estas condensaciones sorprendentes.

Reflexionando sobre el caso, se comprende que lo verdaderamente admirable era, no que el combate hubiera durado poco, sino que hubiera durado tanto. Una resistencia de dos horas de tan pequeño número contra tan gran número de combatientes, era cosa realmente extraordinaria; y ciertamente no habia sido corta aquella batalla de diez y nueve contra cuatro mil, ni la victoria habia sido tampoco tan completa.

Como Halmalo debia ya de estar lejos, el marqués juzgó que era tiempo de abandonar aquel paraje, donde no tenia ya necesidad de permanecer mas. Volvió á meter el reloj en el bolsillo, pero no en el mismo, por que acababa de notar que estaba en contacto con la llave de la puerta de hierro que le habia dado el Imano y contra la cual era fácil que chocase el cristal y se rompiese. Hecha esta operacion, se dispuso á internarse en el bosque, pero al volver hácia la izquierda le pareció ver una vaga claridad.

Detúvose y mirando al través de las matas que

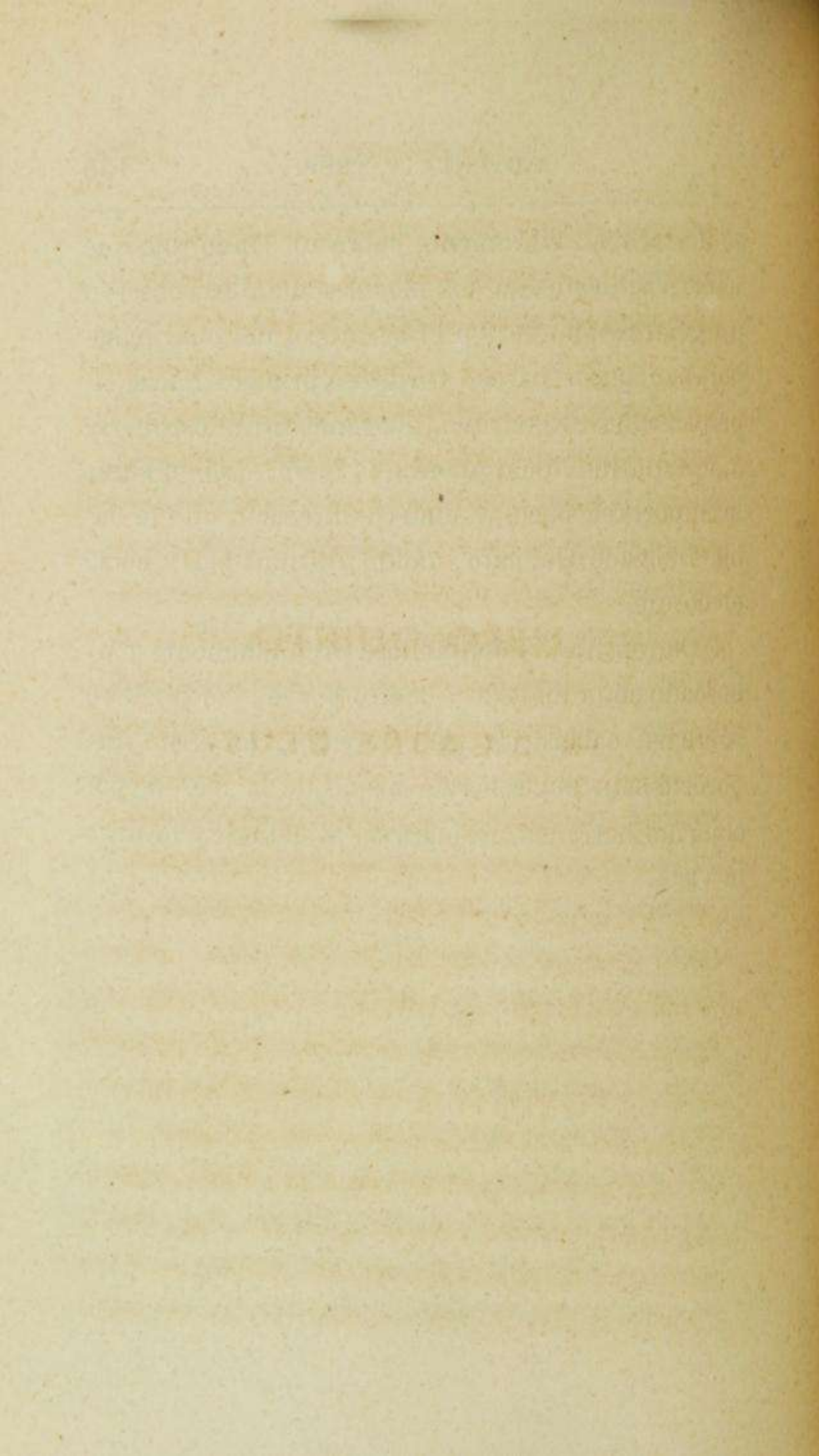


---

se destacaban claramente sobre un fondo rojo que hacia visibles hasta sus menores detalles, observó un gran resplandor en el barranco, del cual le separaban pocos pasos. Dirigióse primero hácia él; pero despues se contuvo, juzgando inútil esponerse á aquella luz, cualquiera que fuese, que en suma le importaba poco; y tomó la direccion que le habia indicado Halmalo, dando algunos pasos hácia el bosque.

De repente, y hallándose profundamente emboscado en la maleza y oculto por las zarzas, oyó sobre su cabeza un grito terrible, un grito que parecia salir del reborde mismo de la meseta por cima del barranco. El marqués se detuvo y levantó la vista.







LIBRO QUINTO.

IN DÆMONE DEUS.







## I.

### HALLADOS, PERO PERDIDOS.

Cuando Micaela Flechard vió la torre iluminada por el sol poniente, le faltaba mas de una legua para llegar á ella. Aunque apenas podia dar un paso, no vaciló en emprender de nuevo el camino al ver ya próximo el término del viaje. Las mujeres son débiles, pero las madres son fuertes: Micaela Flechard prosiguió su marcha.

Habiase puesto el sol; vino primero el crepús-



---

culo, despues la oscuridad profunda, y Micaela, sin detener su marcha, oyó sonar á lo lejos, en el reloj de un campanario, para ella invisible, las ocho y luego las nueve de la noche. Aquel campanario era probablemente el de Parigné. De cuando en cuando Micaela se paraba un momento al oír una especie de detonaciones sordas, que eran quizá vagos ruidos de la noche.

Adelantábase sin cesar, rompiendo los agudos cardos con sus pies ensangrentados, guiada por una débil claridad que desprendiéndose de la fortaleza lejana, la hacia resaltar en la sombra, dando á la torre una irradiacion misteriosa. Aquella claridad era tanto mas viva, cuanto mas resonaban las detonaciones y despues se debilitaba.

La vasta meseta por donde caminaba Micaela Flechard no tenia mas que yerba y brezos; no se veian en ella ni un árbol, ni una casa ibase elevando insensiblemente en toda la estension que alcanzaba la vista y su larga línea recta y dura se apoyaba en el oscuro horizonte estrellado. Lo que en esta ascension sostenia las fuerzas de la madre era que tenia siempre á la vista la torre, cuya magnitud veia aumentarse á medida que adelantaba en su camino.



---

Las detonaciones sordas y los pálidos resplandores que salían de la torre tenían, como hemos dicho, intermitencias. Ya se oían las unas y se veían los otros distintamente, ya volvía todo á la oscuridad y al silencio, ya en fin, la claridad y el ruido misterioso tornaban, como si quisieran presentar un punzante enigma á la desconsolada madre.

De repente todo cesó, todo se estinguió, ruido y claridad: hubo un momento de pleno silencio, de tranquilidad lúgubre.

En aquel momento llegaba Micaela Flechard al extremo de la meseta.

Vió á sus pies un barranco, cuyo fondo se perdía en la espesura de las tinieblas; á cierta distancia en lo alto una confusión de ruedas, de parapetos y troneras que eran una batería; y delante de sí, confusamente iluminado por las mechas encendidas de los artilleros, un enorme edificio, que parecía fabricado de tinieblas mas negras que las que le rodeaban.

Aquel edificio se componía de un puente, cuyos arcos se hundían en el barranco, y una especie de castillo que se alzaba sobre el puente, apoyándose castillo y puente en un altísimo cilindro



oscuro, que era la torre hácia la cual desde tan lejos se habia dirigido la madre.

Veíanse pasar luces en todas direcciones por las troneras de la torre, y por el rumor que de ella salia se conocia que estaba llena de multitud de hombres, además de que se veian los perfiles de algunos en los pisos altos y hasta en la plataforma.

Cerca de la batería habia tropa acampada; Micaela distinguia los centinelas del campamento; pero á causa de la oscuridad y de la maleza estos no la habian visto.

Habia llegado al extremo de la meseta, tan cerca del puente, que le parecia que podria casi tocarle con la mano. Separábala de él tan solo la profundidad del barranco; y distinguia perfectamente, á pesar de la oscuridad, los tres pisos del castillejo.

Así permaneció por algun tiempo, sin saber cuanto, porque toda medida de tiempo se habia borrado de su mente, absorta y muda delante de aquel barranco profundo y de aquel edificio tenebroso. ¿Qué era aquello? ¿Qué ocurría allí? ¿Era la Tourgue aquella torre? Esperimentaba el vértigo de esa expectativa incierta, parecida á la que se



---

ofrece al ánimo al partir para un viaje y al llegar á su término. Preguntábase por qué estaba allí.

Miraba á todas partes y escuchaba.

De repente todo se oscureció ante su vista. Un velo de humo acababa de desplegarse entre ella y lo que miraba: una picazon acre la obligó á cerrar los ojos. Apenas habia bajado los párpados notó que se enrojecian por efecto de una súbita luz: los alzó.

No era ya la oscuridad de la noche lo que tenia delante de sí; era la claridad del dia, claridad funesta porque era la que procede del fuego. Estaba presenciando el comienzo de un incendio.

El humo, al principio negro, habia tomado poco á poco el color escarlata; una gran llama se levantaba en el interior, la cual aparecia y desaparecia con esas torsiones feroces propias de los relámpagos y de las serpientes.

La llama salia como una lengua por una cosa que parecia boca y que era una ventana llena de fuego. Aquella ventana, cerrada con reja de hierro ya enrojecida, era una de las del piso inferior del castillejo construido sobre el puente. No se veia de todo el edificio mas que esta ventana: el humo lo cubria todo, hasta la meseta, y no se dis-



tinguía mas que el borde del barranco, negro destacándose sobre las llamas rojizas.

Micaela Flechard contemplaba estupefacta aquella escena. El humo es nube, la nube es ensueño. Micaela no sabia lo que veía. ¿Debia huir? ¿Debia continuar allí? Creíase casi fuera del mundo de la realidad.

Un soplo de viento pasó rasgando la cortina de humo, y descorrido aquel velo, apareció la trágica fortaleza, descubierta, visible toda entera, torre, puente, castillejo, deslumbrante, horrible, con la magnífica doradura del incendio reverberando sobre ella de alto á bajo. Micaela Flechard pudo verlo todo á favor de la claridad siniestra del fuego.

El piso inferior del castillejo construido sobre el puente estaba ardiendo.

Encima se distinguían los otros dos pisos, aun intactos, pero como si estuvieran colocados en un canastillo de llamas. Desde el reborde de la meseta donde estaba Micaela Flechard se distinguía vagamente el interior al través del humo y del fuego: todas las ventanas estaban abiertas.

Por las del piso principal que eran muy grandes Micaela Flechard veía, á lo largo de las pare-



---

des, armarios que parecían llenos de libros, y delante de una de ellas, en el suelo, en la penumbra, un grupito confuso, una cosa que tenía el aspecto informe y vago de un nido ó de una pollada y que de cuando en cuando se rebullía.

Fijóse especialmente su atención en aquello.

¿Qué era aquel montoncito de sombra?

A veces le ocurría que podrían ser formas de seres vivientes. Tenía fiebre; no había comido nada desde aquella mañana; había caminado sin descanso; estaba estenuada; se sentía poseída de una especie de alucinación, de la cual desconfiaba instintivamente; sin embargo, sus ojos cada vez más fijos no podían desprenderse de aquel conjunto de objetos, probablemente inanimados y en apariencia inertes, que yacían en el suelo de aquella sala superpuesta al incendio.

En aquel momento el fuego, como si estuviese dotado de voluntad, alargó desde abajo uno de sus brazos hacia la gran hiedra seca que cubría precisamente la fachada objeto de la atención persistente de Micaela Flechard. Parecía que las llamas, acabando de descubrir aquel enrejado de ramas secas, se habían precipitado hacia él. Una chispa se apoderó primero ávidamente de aquel propicio



---

combustible y subió á lo largo de los sarmientos con la agilidad terrible de los regueros de pólvora. En un abrir y cerrar de ojos la llama llegó al piso segundo y desde arriba alumbró el interior del principal. Un vivo resplandor iluminó súbitamente las formas de tres niños dormidos.

Montoncito hechicero, compuesto de piernas y brazos entrelazados, párpados cerrados y rubias cabezas de boquitas risueñas.

La madre conoció á sus hijos y lanzó un grito espantoso.

Un grito de inesplicable angustia de los que solo las madres pueden lanzar. Nada mas feroz y al mismo tiempo nada mas patético. Cuando una mujer arroja un grito semejante se cree oír el ahullido de una loba; cuando le arroja una loba, parece que se oye el grito de una mujer.

El grito de Micaela Flechard fue un ahullido. Hécuba ahulló, dice Homero.

Aquel grito fue el que oyó el marqués de Lan-tenac sobre su cabeza.

Hemos dicho que al oírlo, se detuvo.

Estaba entre la salida del pasadizo por donde le habia sacado Halmalo y el barranco. Al través de las matas enredadas sobre su cabeza vió el



---

puede envuelto en llamas, la Tourgue roja por efecto de la reverberacion del incendio, y al otro lado en el borde de la meseta, frente al castillejo que ardia y á la viva claridad del fuego un rostro azorado y lastimero, una mujer inclinada sobre el barranco.

Era la mujer que habia lanzado el grito.

Aquella mujer no era Micaela Flechard; era Gorgona. Los miserables son formidables; la aldeana se habia convertido en euménide; la campesina vulgar, ignorante, inconsciente, habia tomado en un momento las proporciones épicas de la desesperacion. Los grandes dolores son una dilatacion gigantesca del alma; aquella madre era la maternidad; y como todo lo que resume en sí la humanidad es sobrehumano, aquella mujer, delante del incendio, al borde del barranco, y en frente de aquel crimen, se alzaba como un poder sepulcral, tenia el grito de la fiera y el gesto de la diosa, y su faz lanzando imprecaciones parecia una máscara de relámpagos. Nada mas soberano que el resplandor de sus ojos anegados en lágrimas: aquella mirada despedia rayos sobre el incendio.

El marqués estuvo un rato escuchando. Aquellos gritos caian por decirlo así sobre su cabeza:



---

oia voces inarticuladas, doloridas, mas aun sollozos que palabras.

—¡Ah Dios mio, mis hijos! ¡son mis hijos! ¡Socorro! ¡Fuego! ¡fuego! ¿Pero sois bandidos? ¿No hay nadie que acuda? ¡mis hijos van á perecer! ¡Georgina! ¡hijos míos! ¡Alan! ¡Renato! ¿Pero qué es esto? ¿Quién ha puesto ahí á mis hijos? ¡Y están durmiendo! ¡Oh yo estoy loca! ¡Eso es imposible! ¡Socorro!

Entre tanto, así en la Tourgue como en la meseta todos se pusieron en movimiento para acudir al fuego que habia estallado. Los sitiadores, despues de habérselas con la metralla, tenian que habérselas con el incendio. Gauvain, Cimourdain, Guechamp trataban de tomar disposiciones para extinguirlo. ¿Qué hacer? Apenas podian sacarse unos cuantos cubos de agua del humilde arroyuelo que corria por el barranco. Todo el reborde de la meseta estaba cubierto de rostros asombrados que miraban los progresos del fuego.

Y lo que veian era espantoso.

Miraban y no podian remediar nada.

La llama subiendo por la hiedra habia llegado al piso segundo y encontrado el granero lleno de paja dentro del cual se habia precipitado. Todo el



granero ardia á la sazón. Las llamas danzaban de un haz á otro; lúgubre espectáculo el de la alegría de las llamas. Parecia que un soplo malvado atizaba la hoguera, como si el espantable Imano estuviese allí, convertido en torbellino de chispas, viviendo la vida mortífera del fuego cual alma monstruosa hecha de incendio. El piso donde estaba la biblioteca se hallaba aun intacto: la altura de su techo y el espesor de sus paredes retardaban el instante de que empezase á arder; pero aquel instante fatal se iba acercando. Las llamas del piso inferior le iban lamiendo; le acariciaban las del segundo; le rozaba ya el horrible beso de la muerte. Debajo tenia una cueva de llamas; encima una bóveda de brasas: un agujero en el suelo era el hundimiento sobre la lava roja; un agujero en el techo era el enterramiento bajo carbones encendidos. Los niños no se habian despertado todavía, y al través de los pliegues de la llama y del humo que alternativamente cubrian y descubrian las ventanas, se les veia en aquella gruta de fuego, en el centro de un resplandor de metéoro, apacibles, graciosos, inmóviles como tres niños-Jesús, confiadamente dormidos en un infierno. Un tigre habria llorado al ver aquellas rosas dentro de aquel



horno, aquellas cunas dentro de aquella tumba.

La madre se retorcia los brazos y gritaba:

—¡Fuego! ¡fuego! ¿dónde estan esos sordos que no vienen? ¡Que se queman mis hijos? Venid, pues, venid hombres que estais ahí! ¡Dias y dias marchando sin descansar para encontrarles en ese estado! ¡Fuego! ¡socorro! ¡ángeles míos! ¡angelitos de mi vida! ¿Qué han hecho esos inocentes? ¡A mí me han fusilado y á ellos les queman! ¿Quién hace esas cosas? ¡Socorro! ¡salvad á mis hijos! ¿No me oís? ¡Una perra tendria piedad de otra! ¡Hijos míos, hijos míos: están durmiendo! ¡Ah Georgina! desde aquí estoy viendo tu pechito desnudo, amor mio. ¡Renato! ¡Alan! Así se llaman los otros; ya veis que soy su madre. ¡Ah! lo que pasa en estos tiempos es abominable. He caminado dias y noches, por señas que he hablado esta mañana con una mujer. ¡Socorro, socorro! ¡Fuego! ¿Pero sois mónstruos? ¡Esto es un horror! El mayor no tiene cinco años; la niña no llega á dos; veo sus piernecitas desnudas, ¡Duermen, santa Virgen mia! la mano del cielo me los devuelve y la del infierno me los quita. ¡Despues de haber andado tanto! ¡hijos míos, que he criado á mis pechos! ¡Desgraciada de mí, que tanto descaba



hallarlos! Tened compasion de esta pobre madre: quiero mis hijos ; que me den mis hijos. Están allí, en medio del fuego. ¡Ah! mirad mis pobres piés cómo chorrean sangre. ¡Socorro! No es posible que habiendo hombres en la tierra dejen morir á esos niños de tal manera. ¡Socorro! ¡asesinos! Cosas como esta no se han visto nunca. ¡Ah bandidos! ¿Qué especie de casa es esa? ¿me han robado mis niños para matarlos? Jesus mio , yo quiero mis hijos. ¡Oh! ¡no sé lo que haría! No quiero que mueran: ¡socorro, socorro! Oh , si debieran morir así, creo que mataria á Dios.

Al mismo tiempo que las terribles súplicas de la madre , se levantaban voces en la meseta y cerca del barranco gritando :

—¡Una escalera!

—¡No hay escalera!

—¡Agua!

—No hay agua.

—Allá arriba en la torre , en el piso segundo hay una puerta que da á ese edificio.

—Es de hierro.

—Echadla abajo.

—No es posible.

Y la madre redoblaba sus súplicas desesperadas.



---

—¡Fuego! ¡socorro! daos prisa, salvad á mis hijos ó matadme. ¡Hijos míos! ¡Mis hijos! ¡Oh qué horrible fuego! ¡que les quiten de ahí! ¡que me les echen por la ventana.

En los intervalos de estos clamores se oían los chasquidos y el tranquilo chisporroteo del incendio.

El marqués tentó su bolsillo y encontró la llave de hierro. Entonces, encorvándose bajo la bóveda por donde se había escapado, entró en el pasadizo del cual acababa de salir.



## II.

### DE LA PUERTA DE PIEDRA A LA DE HIERRO.

Todo un ejército azorado buscando un medio imposible de dominar el incendio; cuatro mil hombres en la impotencia para salvar tres niños: tal era la situación.

En efecto, no había escaleras; la enviada de Javené no había llegado; el fuego se extendía como un cráter que se abre: tratar de extinguirlo con el arroyuelo del barranco, que apenas llevaba agua.



---

era ridículo; habría valido tanto como echar un vaso de agua en un volcán.

Cimourdain, Guechamp y Radoub habían bajado al barranco; Gauvain entretanto subió á la sala del segundo piso de la Tourgue, donde estaba la piedra giratoria, la salida secreta y la puerta de hierro que daba á la biblioteca. Allí había estado la mecha azufrada encendida por el Imano y de allí había partido el incendio.

Gauvain había llevado consigo veinte zapadores para intentar el último recurso, que era abrir á viva fuerza la puerta de hierro. Estaba horriblemente bien cerrada.

Comenzaron á atacarla á hachazos, pero las hachas se rompieron. Un zapador dijo:

—El acero sobre este hierro es como si fuese de vidrio.

La puerta era en efecto de hierro fundido y estaba cubierta de dos láminas con gruesos clavos, cada una de tres pulgadas de espesor.

Echóse mano de barras de hierro para ver si era posible desquiciarla: pero también las barras de hierro se rompieron.

—Lo mismo que si fuesen astillas, dijo el zapador.



Gauvain triste y pensativo murmuró.

—Solo una bala de cañon podria abrir esta puerta. ¡Si pudiera subirse una pieza!

—¡Y si bastase! dijo el zapador.

Hubo un instante de desaliento general: todos aquellos brazos impotentes se detuvieron; aquellos hombres, mudos, vencidos, consternados, contemplaban la horrible puerta, obstáculo insuperable, por encima de la cual pasaba una reberveracion roja y por detrás de la cual crecia el incendio.

El espantoso cadáver del Imano estaba allí, siniestro, victorioso.

Dentro de pocos minutos todo el edificio incendiado iba á hundirse.

¿Qué hacer? No habia esperanza ninguna.

Gauvain exasperado, con la vista fija en la piedra giratoria y en la salida abierta, exclamó:

—¡Y sin embargo por aquí se ha escapado Lan-tenac!

—Y por aquí vuelve, dijo una voz.

Y una cabeza blanca apareció entre el hueco de las piedras de la escalera secreta.

Era el marqués.

Muchos años hacia que Gauvain no le ha-



---

bia visto tan de cerca. Al verlo, retrocedió un paso.

Todos los que estaban en la sala quedaron admirados y como petrificados.

El marqués, que llevaba una llave en la mano, hizo retirar con una mirada altiva á los zapadores que estaban al paso, se dirigió rectamente á la puerta de hierro, se encorvó para penetrar en la bóveda y puso la llave en la cerradura. La cerradura rechinó, se abrió la puerta, presentóse á la vista de todos un abismo de llamas y en él entró el marqués.

Entró con pie firme, sin vacilar, con la cabeza erguida.

Todos le siguieron con la vista conmovidos.

Apenas hubo dado algunos pasos en la sala incendiada, el suelo, minado por el fuego y movido por sus pisadas, se hundió detrás de él y abrió entre él y la puerta un terrible precipicio. El marqués no volvió siquiera la cabeza, continuó adelante y desapareció entre el humo.

Los que habian presenciado aquella escena no vieron mas.

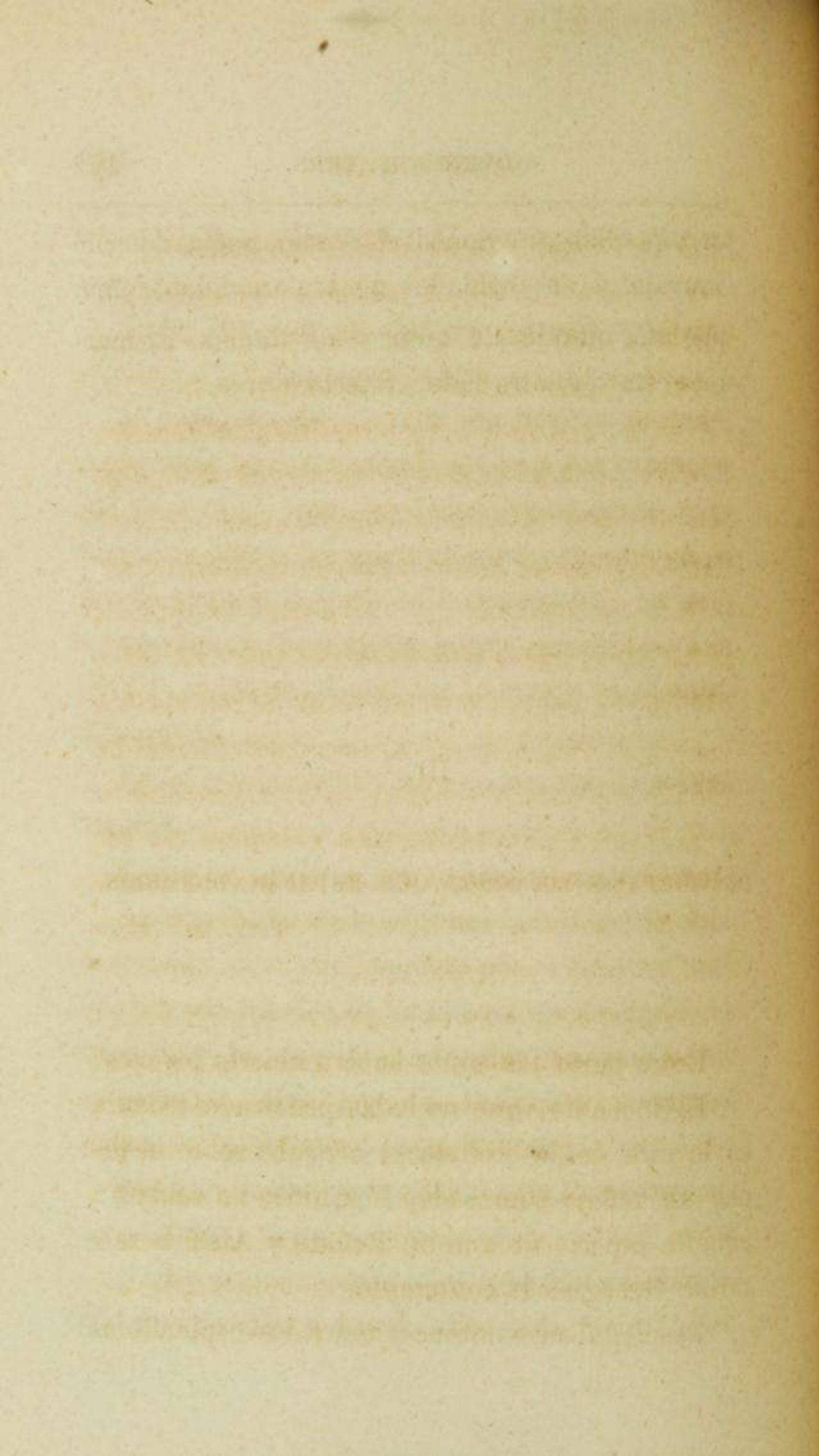
¿Habia podido ir mas lejos? ¿Se habria abierto bajo sus pies algun nuevo abismo de fuego? ¿Es-



---

taria perdido sin remedio? Nadie podia decirlo: Gauvain y sus soldados no tenian delante mas que una muralla de humo y de llamas. El marqués estaba al otro lado, muerto ó vivo.







### III.

DESPIÉRTANSE LOS NIÑOS QUE ESTABAN DORMIDOS.

Entre tanto los niños habian abierto los ojos.

El incendio, que no habia penetrado todavia en la sala de la biblioteca, arrojaba sobre el techo un reflejo sonrosado. Los niños no conocian aquella especie de aurora. Renato y Alan la miraron; Georgina la contempló.

Desplegábanse entonces todos los esplendores



---

del incendio; la hidra negra y el dragon escarlata aparecian en el humo informe, soberbiamente oscuro y rojo. Grandes ráfagas de llama volaban á lo lejos y rayaban la sombra como si fuesen cometas combatientes que corrieran unos tras otros. El fuego es la suma prodigalidad: los focos de brasas formados por el incendio, son como cofrecitos de joyas que se esparcen al viento: por algo el carbon es idéntico al diamante. En la pared del piso superior se habian hecho grietas por las cuales la brasa vertia sobre el barranco cascadas de pedrería; los montones de paja y avena que ardian en el granero comenzaban á salir por las ventanas convertidos en avalanchas de polvos de oro; las avenas parecian amatistas y las pajitas carbunclos.

—¡Bonito! exclamó Georgina.

Todos tres se habian incorporado.

—¡Ah! gritó la madre, se despiertan.

Renato se levantó, y entonces Alan hizo lo mismo y despues Georgina.

Renato estiró los brazos, se acercó á la ventana y dijo:—Hace calor.

—¡Caló! repitió Georgina.

La madre les llamó:



—¡Hijos míos! ¡Renato, Alan, Georgina!

Los niños miraban á un lado y á otro buscando la explicacion de lo que veian. Lo que á los hombres inspira terror, solo inspira curiosidad á los niños. El que se admira fácilmente, se espanta con dificultad: la ignorancia lleva consigo intrepidez; y los niños tienen tan poco derecho al infierno, que si le vieran, le admirarian.

La madre repitió:

—¡Renato, Alan, Georgina!

Renato volvió la cabeza; aquella voz le sacó de su distraccion: los niños tienen poco caudal de memoria, pero sus recuerdos son rápidos: todo lo pasado es para ellos ayer. Renato vió á su madre, lo cual le pareció muy natural, y rodeado como se hallaba de cosas estrañas, experimentando una vaga necesidad de apoyo, gritó:

—¡Mamá!

—¡Mamá! dijo Alan.

—¡Mamá! dijo Georgina.

Y estendió sus bracitos.

La madre ahulló:—¡Mis hijos!

Los tres se acercaron á la ventana; por fortuna el incendio no habia llegado por aquella parte todavía.



—Tengo calor, dijo Renato.

Y añadió :

—Esto quema.

Y buscando con la vista á su madre gritó:

—¡Ven, mamá!

—¡Ven mamá! repitió Georgina.

La madre, desmelenada, herida, destilando sangre, se habia dejado caer rodando de mata en mata hasta el barranco, donde estaban Cimourdain, Guechamp y Radoub tan impotentes abajo como Gauvain arriba. Los soldados desesperados y furiosos contra su propia inutilidad para aquel caso iban y venian alrededor de los jefes. El calor era insoportable, pero nadie lo advertia: todos miraban la escarpa del puente, la altura de los arcos, la elevacion de los pisos, lo inaccesible de las ventanas y la necesidad de obrar con prontitud. No habia medio de llegar al segundo piso: Radoub herido de una estocada en el hombro y con una oreja desgarrada, chorreando sangre y bañado en sudor, acudió á sostener á Micaela Flechard.

—¡Calla! dijo; ¡sois la fusilada! ¿Habeis resucitado?

—¡Mis hijos! gritó la madre.



---

—Justo, respondió Radoub; no tenemos tiempo ahora de pensar en las almas en pena. Y comenzó á escalar el puente; ensayo inútil porque si bien á fuerza de romperse las uñas en la piedra, pudo elevarse algunos instantes, al cabo volvió á caer al suelo, porque las piedras eran lisas, estaban bien colocadas como si fueran nuevas, y no presentaban la menor juntura ni el menor relieve.

El incendio continuaba espantoso; veíanse en el fondo del marco de la ventana, fondo todo rojo, tres cabecitas rubias. Radoub entonces levantó los puños y los ojos al cielo como si buscase á alguno con la vista, y dijo: ¡Oh buen Dios! ¿qué conducta es esa? La madre entre tanto de rodillas abrazada á los pilares del puente, exclamaba: ¡Perdon!

Sordos chasquidos se unian al continuo chisporroteo del incendio: los vidrios de los armarios de la biblioteca saltaban, se hundian y caian con estrépito; la armazon del edificio cedia evidentemente sin que hubiera fuerzas humanas que pudieran evitarlo. Un momento mas, y todo iba á hundirse en el abismo: no se esperaba ya mas que la catástrofe final; oíanse las vocécitas de los ni-



ños repetir: ¡Mamá! ¡Mamá! y el espanto general habia llegado al parasismo.

De repente apareció en la ventana inmediata á la de los niños, una figura alta destacándose sobre el fondo púrpura del resplandor de las llamas. Un hombre estaba allí, en la sala de la biblioteca, en aquel horno rodeado de fuego. Destacábase su negro perfil sobre la llama, pero tenia los cabellos blancos y todos conocieron al marqués de Lantenac.

El marqués desapareció al momento y luego volvió á aparecer.

El espantoso anciano se asomó á la ventana con una enorme escalera. Era la escalera de salvamento puesta en la biblioteca á lo largo de la pared. El marqués que la habia arrastrado hasta la ventana, la asió por un extremo con la agilidad magistral de un atleta, y la hizo deslizarse hasta el barranco apoyada en el reborde exterior. Radoub desde abajo tendió los brazos, recibió el otro extremo de la escalera y gritó: ¡Viva la república!

El marqués respondió:

—¡Viva el rey!

Radoub murmuró: —Puedes gritar lo que quie-



ras y decir barbaridades si te se antoja: en este momento eres un Dios.

Fija la escalera y establecida comunicacion entre el incendio y la tierra, acudieron veinte hombres con Radoub á la cabeza, y en un momento se escalonaron de alto á abajo en todos los peldaños como los albañiles que suben y bajan piedras, quedando sobre la escalera de palo una escalera de hombres. Radoub en el peldaño superior tocaba á la ventana y estaba vuelto de cara al incendio. El pequeño ejército esparcido entre los brezos y las cuevas se agrupó, presa á la vez de todas las emociones, en la meseta, en el barranco y hasta en la plataforma de la torre.

El marqués desapareció otra vez y reapareció con un niño en los brazos.

Hubo un aplauso inmenso.

El niño era Alan, el primero que el marqués habia asido al acaso.

Alan gritaba:—¡Tengo miedo!

El marqués lo entregó á Radoub, que le pasó al soldado mas inmediato, el cual lo puso en manos de otro; y mientras Alan temblando y llorando llegaba de mano en mano al pié de la escalera, el marqués, un momento ausente, volvió á la ven-



tana con Renato que tambien se resistia y lloraba y hasta pegó á Radoub en el momento en que le recogia de los brazos del anciano.

Este volvió á la sala, ya llena de llamas, donde habia quedado sola Georgina. Dirigióse á ella; la niña se sonrió; y aquel hombre de granito sintió en sus ojos una humedad desconocida. ¡Cómo te llamas? preguntó á la niña.

—Orgina, dijo esta.

La tomó en sus brazos, sin dejar ella de sonreir y en el momento de pasarla á Radoub, aquella conciencia tan altanera y tan oscura experimentó el deslumbramiento que produce la inocencia. El anciano dió un beso á la niña.

—¡Es la muñeca! dijeron los soldados, y Georgina á su vez bajó de brazo en brazo hasta el suelo entre gritos de adoracion. Todos palmoteaban, todos aplaudian; los granaderos veteranos sollozaban y ella les miraba y se sonreia.

La madre estaba al pié de la escalera, jadeante, loca, ébria de gozo ante aquella salvacion inesperada, como si la hubieran trasladado en un momento del infierno al paraiso. El exceso de alegría martiriza en cierto modo el corazon. Micaela tendió los brazos, recibió primero en ellos á Alan,



---

despues á Renato y por último á Georgina les cubrió indistintamente de besos, despues rompió á reir y cayó desmayada.

Levantóse entonces un grito enorme:

—¡Todos se han salvado!

Todos en efecto se habian salvado, menos el anciano.

Pero nadie pensaba en él, ni quizá él mismo.

Permaneció algunos instantes pensativo asomado á la ventana, como si quisiera dejar al abismo de llamas el tiempo de tomar su partido. Despues, sin apresurarse, lentamente, altivamente, pasó una pierna por la ventana, y luego la otra, y sin volverse, recto, erguido, dando las espaldas á los escalones, teniendo detrás de sí el incendio y delante el precipicio, se puso á bajar la escalera en silencio, con una magestad de fantasma. Los que estaban en la escalera se precipitaron abajo; todos los circuntantes se estremecieron, retrocediendo con una especie de horror sagrado delante de aquel hombre que bajaba de lo alto, como delante de una vision. El entre tanto penetraba gravemente en la oscuridad que tenia delante de sí y se acercaba á los soldados á medida que estos retrocedian. Su palidez de mármol no ofrecia un solo



---

pliegue; su mirada de espectro no despedía un solo rayo; á cada paso que daba hacía aquellos hombres cuyos ojos asustados se fijaban en él en las tinieblas, parecía aumentarse su estatura; la escalera temblaba bajo sus pies lúgubres; parecía la estatua del comendador bajando al sepulcro.

Cuando llegó abajo y puso un pie en el último peldaño y luego el otro en tierra, una mano le asió por el cuello. Volvióse.

—Te declaro preso, dijo Cimourdain.

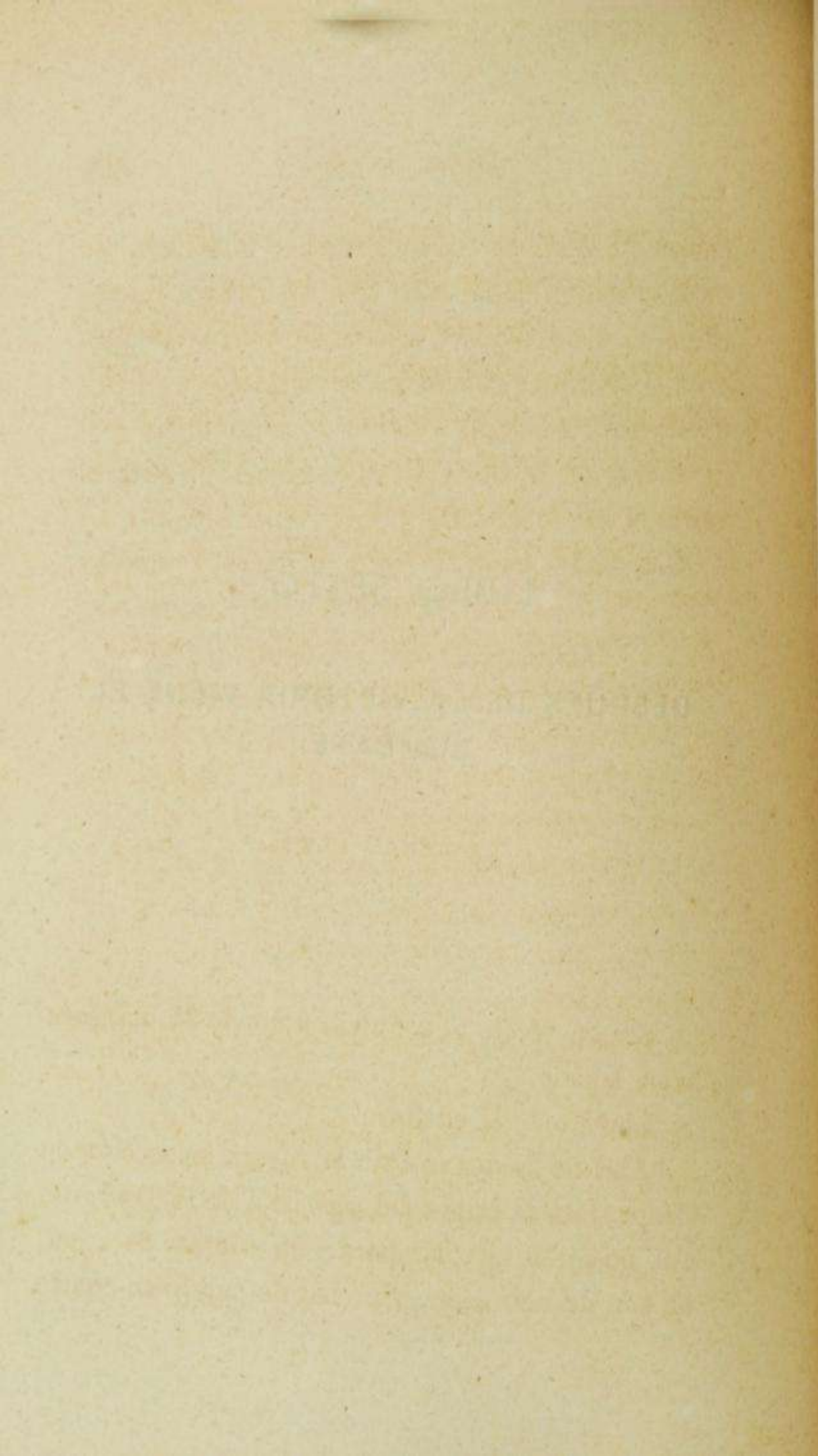
—Haces bien, dijo Lantenac.



**LIBRO SESTO.**

**DESPUES DE LA VICTORIA VIENE EL  
COMBATE.**







I.

LANTENAC PRESO.

Era en efecto al sepulcro á donde el marqués habia bajado.

Lleváronle al encierro.

Abrióse de nuevo bajo la severa inspeccion de Cimourdain la cripta del piso bajo de la Tourgue; allí pusieron una lámpara, un cántaro de agua, un pan de municion, y un haz de paja y un cuarto



---

de hora despues del momento en que la mano del cura habia asido el cuello del marqués, se cerraba detrás de este la puerta del calabozo.

En seguida Cimourdain marchó á conferenciar con Gauvain. En aquel momento el reloj de la iglesia lejana de Parigné daba las once de la noche. Cimourdain dijo á Gauvain:

—Voy á convocar el consejo de guerra, pero tú no formarás parte del tribunal, porque eres Gauvain y Lantenac es tambien Gauvain. Eres un pariente demasiado cercano del reo para ser su juez, y yo creo que Igualdad hizo muy mal en juzgar á Capeto. El consejo se compondrá de tres jueces: un oficial, el capitan Guechamp, un sargento, que será Radoub, y yo como presidente. Tú nada tienes ya que hacer en esto; cumpliremos el decreto de la Convencion limitándonos á hacer constar la identidad del ex-marqués de Lantenac. Mañana el consejo, pasado mañana la guillotina. La Vendée ha muerto.

Gauvain no contestó una palabra, y Cimourdain, todo absorto en la ocupacion suprema á que iba á entregarse, se separó de su discípulo. Cimourdain tenia todavía que designar las horas y el sitio del juicio y de la ejecucion. Como Lequinio



en Granville, como Tallier en Burdeos, Chalier en Lyon y Saint-Just en Estrasburgo, tenia la costumbre, considerada como buen ejemplo, de asistir en persona á las ejecuciones. El Terror de 93 habia tomado de los parlamentos de Francia y de la Inquisicion de España esa costumbre de hacer que el juez asistiera á ver trabajar al verdugo (1).

Gauvain estaba tambien absorto en sus pensamientos.

Soplaba un viento frio de la parte del bosque. Gauvain, dejando á Guechamp dar las órdenes necesarias, se dirigió á su tienda, que se levantaba en un prado á la entrada de la espesura al pie de la Tourgue; tomó su capote de capucha y se embozó en él. Aquel capote estaba bordado del sencillo galon, que segun la moda republicana, sóbria de ornamentos, era la insignia del jefe superior. Despues empezó á pasear por aquel prado sangriento por donde habia comenzado el asalto. Estaba solo: el incendio continuaba, aunque ya no ofrecia cuidado alguno; Radoub estaba al lado de los niños y

(1) Los inquisidores de España asistian al *auto de fé*, es decir á la vista pública de la causa y comunicacion de las sentencias; pero no á las ejecuciones capitales, que quedaban á cargo de la justicia ordinaria.



---

de la madre mostrándose casi tan tierno como ella; el castillejo del puente se acababa de quemar; los zapadores trataban de limitar la acción del fuego dejándole consumir lo que no se podía salvar; abríanse hoyos para enterrar á los muertos; hacíase la primera cura á los heridos; demolíase el reducto; desembarazábanse de cadáveres las salas y las escaleras; fregábase el sitio del combate; barriáse el monton de la basura terrible de la victoria; los soldados en fin hacían con la acostumbrada rapidez militar lo que puede llamarse la limpieza de la batalla. Gauvain no veía nada de esto.

Apenas, entre las nubes que envolvían su pensamiento, dirigió una mirada al cuerpo de guardia de la brecha, guardia doblada por orden de Cimoreddain.

Distinguía aquella brecha en la oscuridad á unos doscientos pasos del prado en que se hallaba como refugiado. Veía aquella abertura negra; por ella había comenzado el ataque hacia tres horas; por ella había penetrado en la torre; en aquel piso bajo había estado el reducto; allí estaba la puerta del calabozo que encerraba al marqués, y la guardia de la brecha estaba precisamente para guardar aquel calabozo.



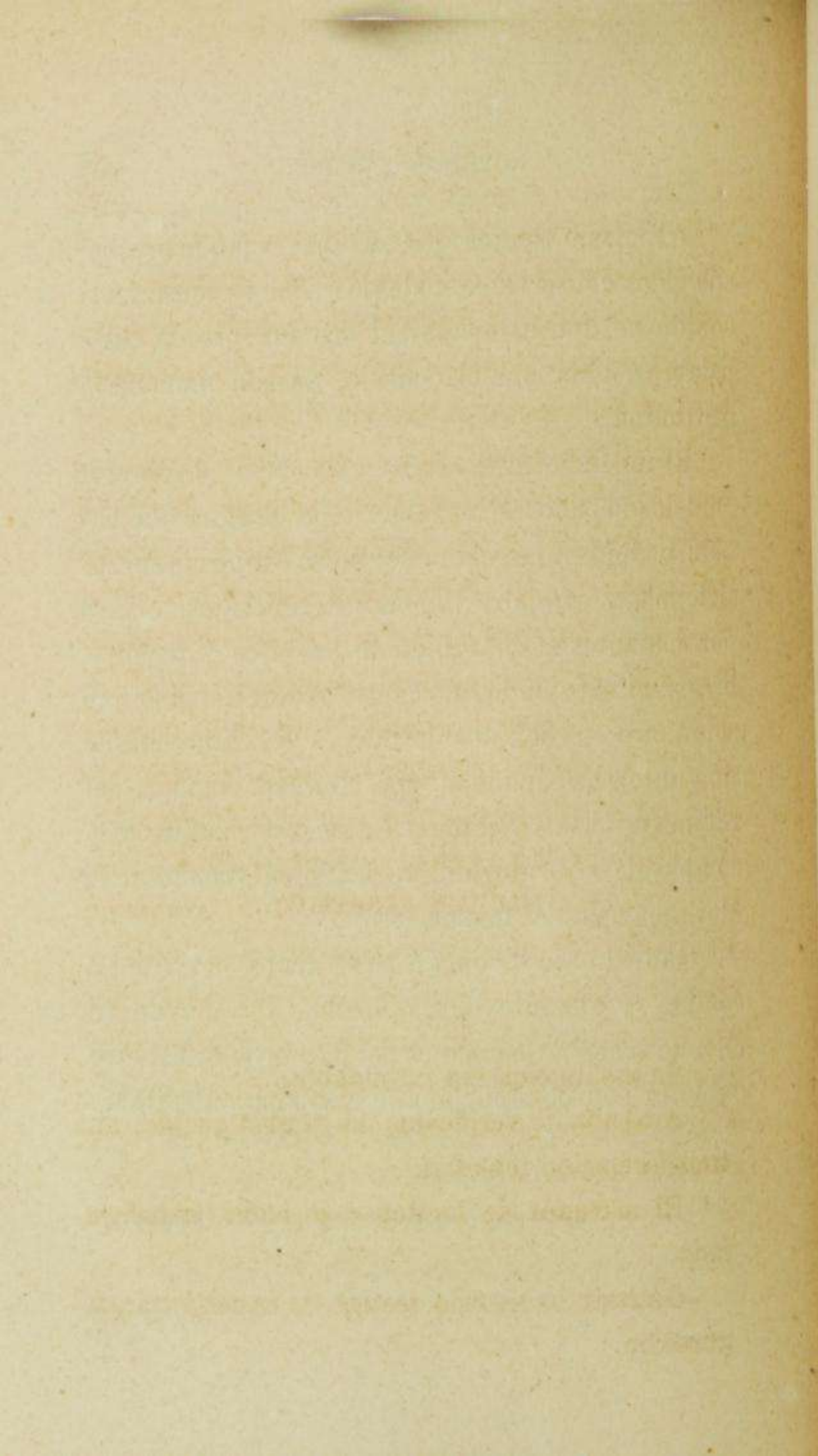
---

Al mismo tiempo que sus ojos veían la brecha, sus oídos conservaban todavía, como se conserva el sonido de una campana, el eco fúnebre de estas palabras: «Mañana el consejo, pasado mañana la guillotina.»

El incendio, que estaba ya aislado, y sobre el cual los zapadores lanzaban toda el agua que habían podido proporcionarse, no se extinguía sin resistencia y arrojaba llamas intermitentes; oíanse por instantes el chasquido de los pisos y techumbres y el estruendo que hacían al derrumbarse uno sobre otro; torbellinos de chispas volaban como de una antorcha sacudida; una claridad como la del relámpago hacía visible el extremo horizonte, y la sombra de la Tourgue, creciendo súbitamente, se alargaba hasta el mismo bosque.

Gauvain iba y venía á pasos lentos por aquella sombra y delante de la brecha. De cuando en cuando cruzaba las manos por detrás de la cabeza, cubierta con el capuchon de campaña. Meditaba.







## II.

### GAUVAIN PENSATIVO.

Su meditacion era insondable.

Acababa de verificarse un cambio visible, una transformacion inaudita.

El marqués de Lantenac se habia transfigurado.

Gauvain habia sido testigo de aquella transfiguracion.



---

Jamás habria creído que pudieran resultar tales cosas de una complicacion, cualquiera que fuese, de accidentes y circunstancias. Jamás, ni aun en sueños, habia pensado que pudiera suceder nada semejante.

Lo imprevisto, ese no sé qué altivo y superior que hace al hombre juguete de sus voluntades, se habia apoderado de Gauvain y le tenia en sus redes.

Gauvain tenia delante de sí la imposibilidad convertida en realidad visible, palpable, inevitable, inexorable.

¿Qué pensaba de todo esto?

No habia medio de buscar un subterfugio: era preciso mirar la situacion de frente y decidir.

Presentábasele una cuestion que resolver y no podia rehuirla.

¿Quién se la presentaba?

Los acontecimientos.

Y no solo los acontecimientos; porque cuando estos, que son variables, nos presentan una cuestion, la justicia, que es inmutable, nos impone el deber de resolverla.

Detrás de la nube que nos envia su sombra está la estrella que nos envia su luz.



---

No podemos evitar ni la luz ni la sombra.

Gauvain estaba sometido á un interrogatorio,

Comparecia delante de uno.

Delante de un sér temible.

Su conciencia.

Gauvain se encontraba vacilante en todo. Sus resoluciones mas sólidas, sus promesas hechas con mas firmeza de propósito, sus decisiones mas irrevocables, todo vacilaba en las profundidades de su voluntad.

Hay temblores de alma como los hay de tierra.

Cuanto mas reflexionaba en lo que acababa de ver, mas trastornado se sentia.

Gauvain, republicano, creia estar y estaba en lo absoluto; y sin embargo acababa de revelársele un absoluto mas superior.

Por encima de lo absoluto revolucionario estaba lo absoluto humano.

Lo que pasaba no podia ser eludido: el caso era grave; Gauvain estaba en él complicado y no podia evadirse de aquella complicacion, pues aunque Cimourdain le habia dicho: ya no tienes nada que hacer en esto, experimentaba en sí una sensacion como la que pueda experimentar el árbol en el momento en que le arrancan de raiz.



---

Todo hombre tiene una base; conmovida esa base, el hombre no puede menos de sentir una turbacion profunda; y Gauvain la sentia.

Oprimiase la cabeza con las manos como para hacer brotar de ella la verdad. Concretar la situacion en que se hallaba no era fácil ni mucho menos agradable. Tenia delante de sí terribles números que sumar: hacer la suma del destino ¡qué vértigo! Procuraba desempeñar tan enorme tarea; trataba de esplicársela; se esforzaba por reunir sus ideas, por disciplinar las resistencias que hallaba dentro de sí y por recapitular los hechos.

Esponíalos al exámen de su reflexion.

¿Quién no se ha visto alguna vez en el caso de esponerse á sí propio los hechos, é interrogarse en circunstancias supremas sobre la senda que debe seguir, ya para avanzar, ya para retroceder?

Gauvain acababa de asistir á un prodigio.

Al mismo tiempo que el combate terrestre se habia verificado un combate celeste.

El combate del bien contra el mal.

Un corazon espantoso acababa de ser vencido.

Dado el hombre con toda la maldad que hay en él, con su carácter violento, sus errores, su



---

ceguedad, su terquedad mal sana, su orgullo, su egoismo, Gauvain acababa de asistir á un milagro.

La victoria de la humanidad sobre el hombre.

La humanidad habia vencido al inhumano.

¿Y por qué medio? ¿de qué manera? ¿cómo habia echado por tierra aquel coloso de ira y de ódio? ¿qué armas habia empleado para ello? ¿qué máquina de guerra? Una cuna.

Gauvain estaba deslumbrado. En plena guerra social; en plena conflagracion de todas las enemistades y de todas las venganzas; en el momento mas oscuro y mas furioso del tumulto; á la hora en que el crimen lanzaba todas sus llamas y el ódio todas sus tinieblas; en aquel instante de las luchas en que todo se aprovecha como proyectil, en que la confusion del combate es tan fúnebre que no se sabe donde están ni la justicia, ni la probidad, ni la verdad; bruscamente, lo Desconocido, el monitor misterioso de las almas, acababa de hacer resplandecer, por cima de las claridades y de las lobregueces humanas, la gran claridad eterna.

Por encima del oscuro combate entre lo falso y lo relativo en las profundidades del alma, habia



---

aparecido de improviso la faz luminosa de la verdad.

Súbitamente habia intervenido la fuerza de los débiles.

Se habian visto triunfantes tres pobres seres apenas nacidos, inconscientes, abandonados, huérfanos, solos, balbucientes, risueños, teniendo contra sí la guerra civil, el talion, la horrible lógica de las represalias, el asesinato, la matanza, el fratricidio, la rabia, el odio, todas las gorgonas en una palabra; se habia visto abortar el plan de un infame incendio, encargado de cometer un crimen; se habian visto desconcertadas y burladas atroces premeditaciones; se habian visto desvanecerse y disiparse la antigua ferocidad feudal, el añejo desprecio inexorable, la pretendida experiencia de las necesidades de la guerra, la razon de Estado, todas las arrogantes preocupaciones de la vejez cruel, ante la mirada de los ojos azules é inocentes de los que todavía no han vivido: cosa natural, pues los que no han vivido no han hecho ningun mal, son la justicia, la verdad, el candor; y en los niños pequeños están como compendiados los inmensos ángeles del cielo.

Espectáculo útil, y al mismo tiempo leccion y



consejo. Los combatientes frenéticos de una guerra sin cuartel habian visto levantarse en frente de todos los delitos, de todos los atentados, de todos los fanatismos, del asesinato, de la venganza que atiza las hogueras, de la muerte que llega con la tea en la mano, de la enorme legion de los crímenes, un poder omnipotente: el de la inocencia.

Y la inocencia habia vencido.

Y podia decirse: No, la guerra civil no existe, la barbarie no existe, el odio no existe, el crimen no existe, las tinieblas no existen; para disipar todos esos espectros basta esta aurora: la infancia.

Nunca en ningun combate habia sido mas visible Satanás, nunca habia sido mas visible Dios.

Aquel combate habia tenido por arena una conciencia.

La conciencia de Lantenac.

Y á la sazón comenzaba de nuevo mas encarnizado, y mas decisivo quizá, en otra conciencia.

La conciencia de Gauvain.

¡Qué campo de batalla es el hombre!

Estamos entregados á esos dioses, á esos monstruos, á esos gigantes que se llaman nuestros pensamientos.



---

Con frecuencia esos terribles beligerantes conculan nuestras almas.

Gauvain meditaba.

El marqués de Lantenac cercado, bloqueado, condenado, puesto fuera de la ley, oprimido como la fiera en el circo, como el clavo en la tenaza, encerrado en su morada convertida en su prision, estrechado por todas partes por un muro de hierro y de fuego, habia conseguido evitar el peligro y escaparse; habia ejecutado la obra maestra mas dificil en semejante guerra: la evasion; habia vuelto á tomar posesion de la selva para atrincherarse, del pais para combatir, de la oscuridad para desaparecer; habia vuelto á ser el temible guerrillero, el errante siniestro, el capitan de los invisibles, el jefe de los hombres subterráneos, el dominador de las selvas. Gauvain habia conseguido la victoria; pero Lantenac habia obtenido la libertad. Lantenac estaba ya en lugar seguro, tenia delante de sí un campo ilimitado, la eleccion entre un número infinito de asilos. No era posible prenderle, ni llegar hasta él, ni siquiera saber donde encontrarle. El leon habia caido en el lazo, pero se habia escapado.

Pues bien, despues de haber logrado su evasion,



habia vuelto espontáneamente á entrar en la red.

El marqués de Lantenac, voluntariamente, con ánimo deliberado, por impulso propio habia abandonado el bosque, la oscuridad, la seguridad, la libertad, para volver á ponerse en el mas espantoso peligro, primero precipitándose intrépidamente, segun habia visto Gauvain, entre las llamas del incendio que amenazaban devorarlo, y despues bajando aquella escalera que le entregaba á sus enemigos, y que escalera de salvamento para los demás, era para él de perdicion.

¿Y para qué habia hecho todo esto?

Para salvar á tres niños.

Y á la sazón ¿qué se iba á hacer con aquel hombre?

Guillotinarlo.

Así, aquel hombre por salvar á tres niños, que no eran ni suyos, ni de su familia, ni de su casta, por tres pobres cualesquiera, tres espósitos, desconocidos, desarrapados, descalzos; así aquel noble, aquel príncipe, aquel anciano, salvado, libertado, vencedor, porque la evasion en tales casos es un triunfo, lo habia arriesgado todo, lo habia comprometido todo, lo habia aventurado todo, y altiva-



---

mente, al mismo tiempo que devolvía los niños, había llevado al enemigo su cabeza, le había ofrecido aquella cabeza hasta entonces temible, entonces ya augusta.

Y sus enemigos ¿qué iban á hacer?

Aceptarla.

El marqués de Lantenac había tenido la elección entre la vida ajena y la suya, y en esta suprema alternativa había elegido su muerte.

Y se trataba de darsela.

Le iban á matar.

¡Qué recompensa para su heroísmo!

¡Responder á un acto generoso con un acto salvaje!

¡Qué humillación para la revolución!

¡Qué rebajamiento para la república!

¡Mientras el hombre de las preocupaciones y de la servidumbre, súbitamente transformado, se reconciliaba con los sentimientos de humanidad, ellos, los hombres de la libertad y de la emancipación, permanecían apegados á los sentimientos propios de la guerra civil, á la rutina de la sangre, al fratricidio!

La elevada ley divina de perdón, de abnegación, de redención, de sacrificio era reconocida



---

por los soldados del error, ¡y no la reconocerian los soldados de la verdad!

¿Por qué no aceptar la lucha en el terreno de la magnanimidad? ¿Por qué resignarse, siendo los mas fuertes, á la derrota de mostrarse los mas débiles; siendo los vencedores, á la humillacion de ser los verdugos, á la vergüenza de que pudiera decirse que entre los defensores de la monarquía estaban los que exponian su vida por salvar la de los niños, mientras que del lado de la república estaban los matadores de ancianos?

Iba á verse á aquel gran soldado, aquel octogenario robusto, aquel combatiente desarmado, robado mas que hecho prisionero, preso cuando ejecutaba una accion sublime, como en fragante virtud, amarrado con su permiso, y llevando todavía en la frente el sudor de un grandioso sacrificio, iba á vérsese subir la escalera del cadalso como se suben los grados de una apoteosis. Iba á ponerse bajo el filo de la guillotina aquella cabeza, alrededor de la cual volarian suplicantes lastres almas de los angelitos salvados. Delante de aquel suplicio, infamante para los verdugos no para la víctima, iba á verse la sonrisa en los labios de aquel hombre, y el rubor en la faz de la república.



---

Y esto iba á ejecutarse en presencia de Gauvain, jefe de aquella tropa!

¡Y pudiendo impedirlo, no lo haria! ¡Y se contentaria con aquella despedida altanera: *tu no tienes ya nada que hacer en esto!* ¿No se diria que en semejante caso la abdicacion era complicidad? ¿No reparaba que tratándose de una accion tan enorme, el que la consiente es peor que el que la ejecuta, porque es el mas cobarde?

Pero aquella muerte ¿no la habia él prometido? Gauvain, el hombre clemente, ¿no habia declarado que Lantenac era una excepcion en su regla de clemencia, y prometido que le entregaria á Cismourdain?

Aquella cabeza era una deuda que él tenia: la pagaba y en paz.

Pero realmente, ¿era la misma cabeza la que él habia prometido?

Hasta aquel momento Gauvain no habia visto en Lantenac mas que al combatiente bárbaro, al fanático de la monarquía y del feudalismo, al matador de prisioneros, al asesino desenfrenado por la guerra, al hombre sangriento. No temia á un hombre semejante: no vacilaba en proscribir á aquel proscriptor; antes se proponia ser inexora-



ble á su vez con aquel hombre implacable. Así las cosas, nada mas sencillo que el procedimiento: el camino estaba trazado y era lúgubrementemente fácil de seguir; todo estaba previsto; se mataria al matador y todo continuaria en la línea recta del horror y de la sangre. Pero impensadamente esa línea recta se habia roto; un recodo imprevisto revelaba un horizonte nuevo; habíase verificado una metamórfosis; entraba [en escena un Lantenac inesperado; del mónstruo salia un héroe; y mas que un héroe, un hombre, y mas que una alma, un corazon. No era un matador el preso, era un salvador. Gauvain estaba aterrado por una corriente de claridad celeste; Lantenac acababa de herirle con un rayo de bondad.

¡Y Lantenac transfigurado no transfiguraria á Gauvain! ¡Cómo! ¡Aquella corriente de luz no tendria su correspondiente! ¡El representante de lo pasado iria delante y el del porvenir se quedaria atras! El hombre de la barbarie y de la supersticion desplegaria súbitamente alas de angel, se cernería en las alturas y veria arrastrarse bajo sus piés por el fango y la oscuridad al hombre de lo ideal! ¡Gauvain quedaria boca abajo echado en el surco viejo de la ferocidad mientras Lantenac re-



---

correria los espacios sublimes de la humanidad!

Además, ¿y la familia?

Aquella sangre que iba á derramar, porque dejarla verter era verterla 'por sí mismo ¿no era sangre de los Gauvain? Su abuelo habia muerto, pero el hermano de su abuelo vivia y era el marqués de Lantenac. El hermano que estaba en la tumba ¿no se levantaria para impedir que su hermano entrase en ella de aquel modo? ¿No ordenaria á su nieto que respetase aquella corona de cabellos blancos, hermana de su propia aureola? ¿Por ventura no se interponia ya entre Gauvain y Lantenac la mirada indignada de un espectro?

¿Acaso la revolucion tenia por objeto desnaturalizar al hombre? ¿Se habia hecho la tal revolucion para destruir la familia y ahogar los sentimientos de humanidad? Lejos de eso, los sucesos de 1789 habian surgido para afirmar aquellas realidades supremas y no para negarlas. Destruir fortalezas y prisiones como la Bastilla era libertar á la humanidad; abolir el feudalismo, era fundar la familia. Siendo el autor el punto de partida de la autoridad, y estando la autoridad incluida en el autor, no hay mas autoridad que la paternidad; de aquí la legitimidad de la abeja-reina, que procrea



---

su pueblo y que siendo madre es reina; de aquí el absurdo del rey-hombre que no siendo padre no puede ser señor; de aquí la necesaria supresion del rey; de aquí la república. ¿Y qué viene á ser todo esto? La familia, la humanidad, la revolucion. La revolucion es el advenimiento de los pueblos; y en el fondo el Pueblo es el Hombre.

Tratábase de saber si cuando Lantenac acababa de volver al seno de la humanidad, Gauvain debia por su parte volver al seno de la familia.

Tratábase de saber si el tio y el sobrino debian reunirse en la luz superior ó si á un progreso del tio habia de responder un retroceso del sobrino.

La cuestion, en este debate patético de Gauvain con su conciencia, llegaba á presentarse en estos términos, y la consecuencia que por sí misma se desprendia de ellos era: salvar á Lantenac.

Sí, ¿pero y la Francia?

Aquí el vertiginoso problema cambiaba bruscamente de faz.

¡Cómo! ¡la Francia estaba casi en el último trance; la Francia se encontraba entregada, abierta á sus enemigos, desmantelada; no tenia un foso porque la Alemania pasaba el Rhin; no tenia un muro porque la Italia atravesaba los Alpes y



---

la España los Pirineos; no le quedaba mas que el grande abismo del Oceano! Tenia á su favor ese abismo; en él podia apoyarse como gigante y con el auxilio de todo el mar combatir á toda la tierra: situacion, si se sostenia, completamente inexpugnable. Pero no, esa situacion no iba á poder sostenerse; el Oceano no iba á pelear en su favor: en él estaba Inglaterra, y aunque Inglaterra no sabia como atravesarlo, habia en Francia un hombre dispuesto á construirle un puente, á tenderle una mano, á decir á Pitt, á Craig, á Dundas, á los piratas: ¡venid! á gritar: ¡Inglaterra, toma la Francia! y ese hombre era el marqués de Lantenac!

Y el marqués de Lantenac estaba preso. Des pues de tres meses de persecucion encarnizada se le habia capturado al fin. La mano de la revolucion se habia abatido sobre aquel maldito: la garra del 93 se habia apoderado del cuello del matador realista, y por uno de esos efectos de la premeditacion misteriosa que desde lo alto interviene en las cosas humanas, aquel parricida esperaba su castigo encerrado en el calabozo de su propia casa solariega. El hombre feudal estaba en el feudal calabozo del olvido; las piedras de su castillo se erguian contra él y se cerraban sobre él;



aquel que queria entregar á su país era entregado por su propia casa. Dios habia preparado visiblemente todos estos sucesos; habia sonado la hora de la justicia; la revolucion habia hecho prisionero á aquel enemigo público; no podia ya combatir, ni luchar, ni hacer daño; y como en aquella Vendée, donde habia tantos brazos, era él la única cabeza, concluyendo con él se concluia con la guerra civil. Estaba preso: desenlace trágico y feliz despues de tanta sangre y carnicería: allí estaba el que á tantos habia dado muerte, y le habia llegado su vez de morir.

¡Y habria quien se atreviera á salvarlo!

Cimourdain, es decir 93, tenia en sus garras á Lantenac, es decir á la monarquía, ¡y habria quien se atreviera á sacar semejante presa de aquellas garras de bronce! Lantenac, el hombre en quien se concentraba aquel haz de plagas que se llama lo pasado, el marqués de Lantenac estaba en el sepulcro; la pesada puerta eterna se habia cerrado detrás de él, ¡y habria quien se atreviese desde afuera á descorrer el cerrojo! Aquel malhechor social estaba muerto y con él habian muerto la rebelion, la lucha fratricida, la guerra bestial ¡y habria quien osase resucitarlo!



¡Oh cómo se reiría aquella cabeza de muerto!  
¡Cómo diría aquel espectro: muy bien, ya estoy vivo, imbéciles!

¡Cómo volvería á emprender su horrible ocupacion! ¡Cómo se sumergiría de nuevo, implacable y gozoso, en el piélago del ódio y de la guerra! ¡Cómo desde el siguiente día volverían á verse casas quemadas, prisioneros pasados á cuchillo, heridos acabados de matar, mujeres fusiladas!

Y al cabo, ¿no exageraba Gauvain el mérito de esa accion que tanto le fascinaba?

Tres niños estaban perdidos, y Lantenac les habia salvado.

¿Pero quién les habia perdido primero?

¿No era Lantenac?

¿Quién habia expuesto aquellas cunas á quemarse en aquel incendio?

¿No era el Imano?

¿Y quién era el Imano?

El teniente del marqués.

El responsable es el jefe.

Así, pues, el incendiario, el asesino era Lantenac.

¿Qué habia hecho que fuese tan admirable?



---

No haber persistido en su primer intento, y nada mas.

Despues de haber preparado el crimen habia retrocedido; se habia causado horror á sí mismo. El grito de la madre habia despertado en él ese fondo de antigua conmisericion humana, especie de depósito de la vida universal que existe en todas las almas, aun las mas depravadas. Al oir aquel grito habia retrocedido; de la sombra en que estaba envuelto habia salido á la luz. Despues de haber construido el crimen lo habia deshecho; todo su mérito estaba en no haber sido mónstruo hasta el fin.

¡Y por tan poco se le habia de dar todo! ¡Habian de dársele el espacio, los campos, las llanuras, el aire, la luz, el bosque, del cual usaria para el bandolerismo, la libertad de la que se valdria para imponer la servidumbre, la vida que emplearia en llevar por todas partes la muerte!

En cuanto á tratar de entenderse con él; en cuanto á entrar en pactos con aquel carácter altanero; en cuanto á ofrecerle la libertad bajo condiciones; en cuanto á preguntarle si consentiria al precio de su vida en abstenerse para en adelante de toda hostilidad y de toda rebelion; qué falta no



---

sería hacer semejante oferta! ¡qué ventaja no le daría! ¡Con qué desden la recibiría y como abofetearía la pregunta con su respuesta! ¡Con qué altivez diría: guardaos para vosotros esa bondad y matadme!

Nada podía hacerse, realmente, con aquel hombre mas que matarlo ó darle libertad. Era un hombre cortado á pico: estaba siempre dispuesto á remontar el vuelo ó á sacrificarse; era para sí mismo águila y precipicio: carácter singular.

¿Matarlo? ¡qué ansiedad! ¿Darle libertad? ¡qué responsabilidad!

En salvo Lantenac, habria que volver á empezar con la Vendée como con la hidra mientras no se le ha cortado la última cabeza. En un momento, y con una rapidez de meteoro toda la llama extinguida con la desaparicion de aquel hombre se encenderia de nuevo. Lantenac no se daría punto de reposo mientras no hubiese realizado su plan execrable de poner como losa de una tumba la monarquía sobre la república y la Inglaterra sobre la Francia. Salvar á Lantenac era sacrificar á la Francia; la vida de Lantenac era la muerte de multitud de seres inocentes, hombres, mujeres, niños, envueltos otra vez en la guerra doméstica; era el



desembarco de los ingleses, el retroceso de la revolucion, el saqueo de las ciudades, el destrozo del pueblo, la efusion de sangre bretona, la presa devuelta á las garras de que se habia libertado. Y Gauvain, en medio de todo linage de resplandores inciertos y de evidencias en sentidos contrarios, veia dibujarse vagamente en su imaginacion y establecerse en su mente este problema: dar libertad al tigre.

Pero aquí reaparecia la cuestion bajo su primer aspecto: la piedra de Sisifo, que no es mas que la lucha del hombre consigo mismo, volvia á caer apenas habia llegado á la cima: Lantenac, ¿era verdaderamente un tigre?

Quizá lo habia sido; ¿pero lo era todavía? Gauvain experimentaba la influencia de esas curvas vertiginosas de la reflexion, que volviendo en espiral sobre sí mismas, dan al pensamiento la forma de una culebra enroscada. Al fin y al cabo, bien examinadas todas las circunstancias, ¿podian negarse el sacrificio de Lantenac, su estóica abnegacion, su desinterés sublime? ¡Cómo! ¡en presencia de las abiertas fauces de la guerra civil dar un solemne testimonio de humanidad; en el conflicto entre verdades inferiores intervenir con una



---

verdad superior ; probar que por encima de las monarquías , por encima de las revoluciones y sobre las cuestiones terrestres están el inmenso enternecimiento del alma humana , la proteccion debida por los fuertes á los débiles , la salvacion debida por los que están en salvo á los que están perdidos , la paternidad debida por todos los ancianos á todos los niños ; probar esas cosas magníficas con el don de su cabeza ; ser general y renunciar á la estrategia , á las batallas , al desquite de las derrotas ; ser realista , tomar una balanza , poner en uno de sus platillos el rey de Francia , una monarquía de quince siglos , el restablecimiento de las antiguas leyes , la restauracion de la sociedad antigua , y poner en el otro tres niños hijos de un aldeano cualquiera y encontrar que el rey , el trono y los quince siglos de monarquía pesan menos que aquellos tres inocentes ; todo esto no seria nada ! ¡Cómo ! ¡el que habia hecho esto seguiria siendo tigre y deberia ser tratado como una fiera ! No , no : no era un mónstruo el hombre que acababa de iluminar con el resplandor de una accion divina el precipicio de las guerras civiles : el porta-espada se habia metamorfoseado en porta-luz ; el Satanás infernal habia vuelto á ser Lucifer celeste . Lante-



---

nac se habia redimido de todos sus actos de barbarie por un acto de sacrificio; perdiéndose materialmente, se habia salvado moralmente; habia recobrado la inocencia; habia firmado su propio perdón. ¿Por ventura no existe el derecho de perdonar se á sí mismo? En adelante era, pues, venerable.

Lantenac acababa de mostrarse extraordinario. Tocaba ahora el turno á Gauvain.

Gauvain estaba encargado de darle una respuesta adecuada.

La lucha de las pasiones buenas con las malas creaba el caos en aquel momento; Lantenac, dominando el caos, habia desprendido de él la luz de la humanidad: tocaba ahora á Gauvain desprender la luz de la familia.

¿Qué debia hacer?

¿Iba á burlar la confianza de Dios?

No, murmuró para sí: salvemos á Lantenac.

¡Ah! muy bien; anda, sirve á los ingleses; deserta, pásate al enemigo; salva á Lantenac y haz traicion á la Francia.

Y al hacer esta reflexion temblaba.

Tu solucion no es solucion, ¡oh soñador!



Gauvain veia en la sombra la siniestra sonrisa de la esfinge.

Aquella situacion moral era una especie de encrucijada terrible, adonde las verdades combatientes venian á parar y á ponerse frente á frente, y donde se miraban de hito en hito las tres ideas superiores del hombre: la humanidad, la familia, la patria.

Cada una de ellas tomaba á su vez la palabra y cada una á su vez tenia razon. ¿Cómo escoger? Cada cual parecia haber hallado el punto de enlace de la prudencia y de la justicia y le decia: haz esto.—¿Es eso lo que debo hacer?—Sí.—No.—El raciocinio decia una cosa; el sentimiento decia otra; los consejos se contradecian recíprocamente. El raciocinio no es mas que la razon, pero el sentimiento es muchas veces la conciencia; el uno viene del hombre; el otro tiene procedencia mas alta.

Por eso el sentimiento tiene menos claridad y mas poder.

¡Qué fuerza, sin embargo, la de la razon severa!

Gauvain vacilaba.

¡Terrible perplejidad!

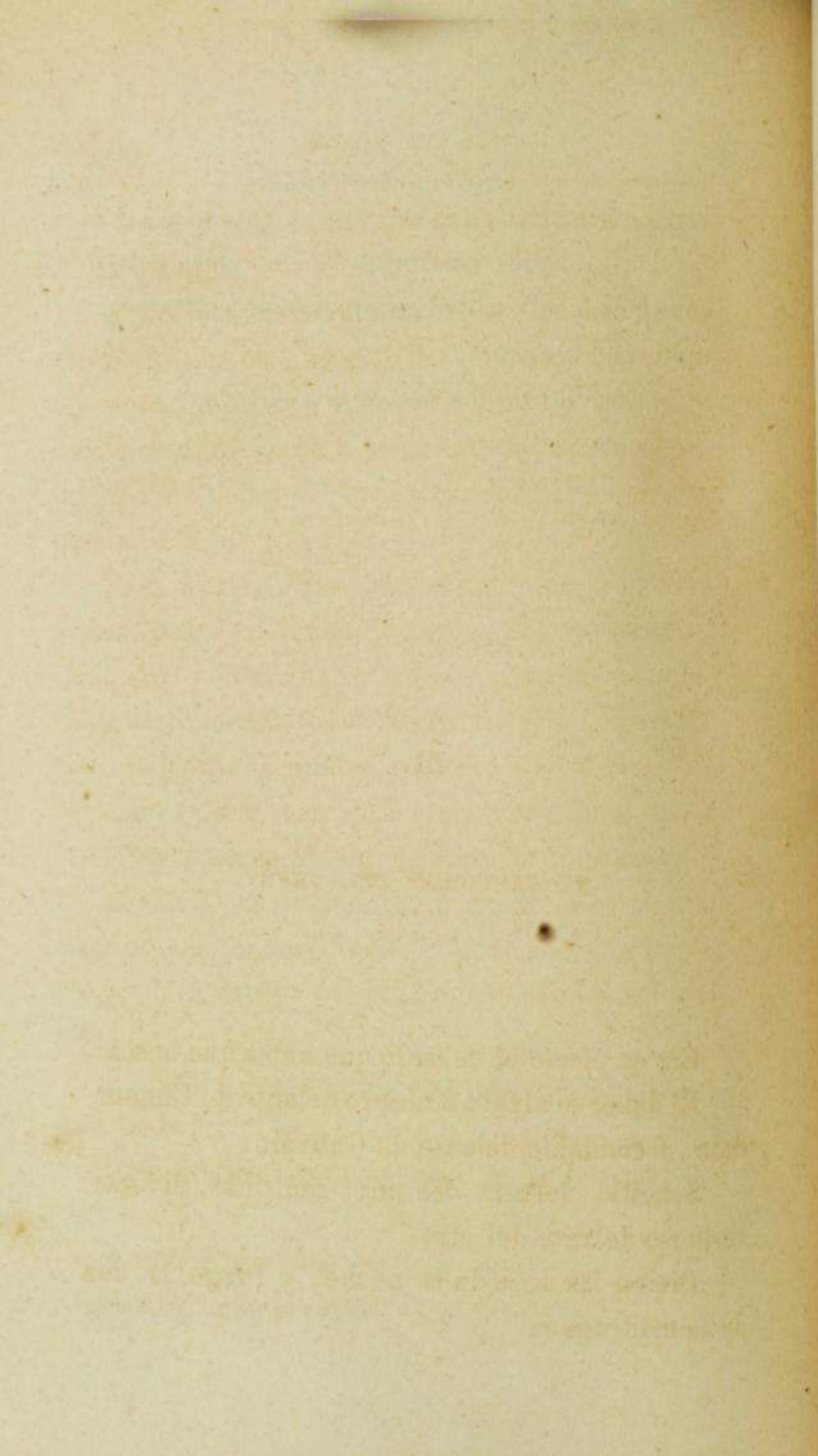


---

Dos abismos se abrían á sus piés: perder al marqués ó salvarlo. Era preciso precipitarse en el uno ó en el otro.

¿En cuál de los dos estaba el deber?







### III.

#### EL CAPUCHON DEL JEFE.

Era en efecto el deber lo que habia que buscar.

El deber se alzaba siniestro delante de Cimourdain , formidable delante de Gauvain.

Sencillo delante del uno; múltiple , diverso , tortuoso delante del otro.

Dieron las doce de la noche , y luego la una de la madrugada.



---

Gauvain sin advertirlo se habia acercado insensiblemente á la entrada de la brecha.

El incendio, que iba extinguiéndose, no arrojaba ya mas que una reverberacion difusa.

La meseta del otro lado de la torre recibia el reflejo de aquella reverberacion y se hacia visible ó se ocultaba segun que el humo cubria ó no el resplandor del fuego. Este, reavivado á veces para apagarse despues, con las alternativas de luz y oscuridad cambiaba las proporciones de los objetos y daba á los centinelas del campamento aspecto de larvas. Gauvain en medio de su meditacion contemplaba vagamente aquellas alternativas de humo cubriendo el resplandor y de resplandor disipando el humo. A sus ojos semejantes apariciones y desapariciones sucesivas de la luz tenian cierta analogia con las apariciones y desapariciones de la verdad en su ánimo.

De improviso, entre dos torbellinos de humo una chispa desprendida del foco decreciente del incendio, voló por el aire alumbrando con viva claridad lo alto de la meseta y dejando ver el perfil rojo de un carro, rodeado de ginetes que llevaban tricornios de gendarmes. Parecióle que era la carreta que el anteojo de Guechamp le habia mos-



trado en el horizonte pocas horas antes de ponerse el sol. Varios hombres estaban en ella al parecer ocupados en descargarla. Lo que sacaban parecía pesado y de cuando en cuando sonaba á hierro, era difícil decir lo que era, aunque parecia como maderos para un andamio. Dos de aquellos hombres bajaron y pusieron en tierra un cajon que á juzgar por su forma debia contener un objeto triangular. La chispa se estinguió; todo volvió á la oscuridad; pero Gauvain continuó pensativo con la vista fija en la direccion de aquel punto oscuro.

Habíanse encendido faroles, y muchos hombres iban y venian por la meseta; pero sus formas se distinguian muy confusamente, y ademas Gauvain desde abajo y al otro lado del barranco, no podia ver sino lo que estaba precisamente al borde de la meseta.

Oia tambien voces de gente que conversaba; pero no percibia las palabras. Aquí y allí sonaban golpes sobre la madera y un rechinamiento metálico como el que produce una hoz cuando se afile.

Dieron las dos.

Gauvain, lentamente y como el que de buena



---

gana daría dos pasos adelante y tres hácia atrás, se dirigió hácia la brecha. Al acercarse, el centinela, conociendo en la penumbra el capote y el capuchon galoneado del comandante, puso arma al hombro. Gauvain penetró en la sala del piso bajo transformada en cuerpo de guardia. Pendía un farol de la bóveda, que daba la luz escasamente necesaria para poder atravesar la sala sin pisar á los de la guardia que estaban tendidos sobre paja, la mayor parte durmiendo.

Allí estaban echados aquellos hombres: habian peleado pocas horas antes; la metralla mal barrida y esparcida bajo sus cuerpos en granos de plomo y de hierro, les incomodaba un poco para dormir; pero estaban fatigados y descansaban. Aquella sala habia sido el teatro horrible de la lucha; allí habia comenzado el ataque; allí se habian oido rugidos, juramentos, golpes, rechinar de dientes y de aceros; allí se habia matado y se habia muerto; muchos de sus compañeros habian sucumbido en aquel suelo en que á la sazón dormían; la paja que les conciliaba el sueño bebia al mismo tiempo la sangre de sus camaradas; pero ya todo habia concluido; la sangre habia cesado de correr, se habian limpiado los sables; los



---

muertos, muertos estaban, y los hombres de la guardia reposaban tranquilos. Tal es la guerra: y despues, mañana, todo el mundo dormirá el mismo sueño.

Al entrar Gauvain, algunos de los que estaban tendidos sobre la paja se levantaron, entre ellos el jefe del puesto. Gauvain le designó la puerta del calabozo.

—Abrid, le dijo.

Descorriéronse los cerrojos y se abrió la puerta.

Gauvain entró en el calabozo.

La puerta se cerró detrás de él.







LIBRO SÉTIMO.

FEUDALISMO Y REVOLUCION.







I.

EL ABUELO.

Habia una lámpara en la losa de la cripta, al lado de la trampa cuadrada del pozo del olvido.

Veíanse también sobre las losas el cántaro de agua, el pan de municion y el haz de paja. Estando abierta la cripta en la roca, el preso que hubiera tenido el capricho de prender fuego á la paja habria perdido su trabajo, pues no habia peligro



---

de incendio para la prision y lo habia seguro de asfixia para el preso.

En el instante en que giró la puerta sobre sus goznes se hallaba el marqués paseando de un lado á otro de su calabozo; vaiven maquinal propio de todas las fieras enjauladas.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse y cerrarse, volvió la cabeza, y la lámpara que estaba en el suelo entre él y Gauvain iluminó plenamente el rostro de aquellos dos hombres.

El marqués con risa sardónica exclamó:

—Buenas noches, señor vizconde; muchos años hace que no he tenido el gusto de veros. Gracias por el favor que me haceis en visitarme; cabalmente estaba deseando tener con quien hablar un poco, pues os confieso que empezaba á aburrirme. Vuestros amigos pierden el tiempo con todas esas ceremonias de identificacion de personas y consejos de guerra; eso es largo; yo terminaria pronto el negocio.

Estoy aquí en mi casa; tomaos la molestia de pasar adelante. ¿Qué me decís de todo lo que ocurre? Es original, ¿no es verdad? Teníamos un rey y una reina; el rey era el rey; la reina era la Francia. Han cortado la cabeza al rey y han casado á la



reina con Robespierre. Este caballero y aquella señora han tenido una hija que se llama Guillotina, á la cual parece que voy á ser presentado mañana. Lo celebraré mucho, lo mismo que celebro el veros. ¿Venís para eso? ¿Habeis ascendido? ¿Seríais ya por ventura verdugo? Si es una simple visita de amistad, lo agradezco en el alma. Señor vizconde, vos quizá no sabeis lo que es un noble: pues bien, aquí teneis uno, soy yo, miradlo: es cosa curiosa. Cree en Dios, cree en la tradicion, cree en la familia, cree en sus abuelos, cree en el ejemplo de su padre, en la fidelidad, en la lealtad, en el deber para con su príncipe, en el respeto á las antiguas leyes, á la virtud, á la justicia. Tened la bondad de sentaros; en el suelo, es verdad, porque no hay sillones en esta sala, pero el que vive en el fango bien puede sentarse en el suelo. No lo digo por ofenderos porque lo que nosotros llamamos cieno vosotros lo llamais nacion. Supongo que no exigireis que yo me ponga á gritar Libertad, Igualdad, Fraternidad. Este es un antiguo encierro de mi casa: antes los señores ponian aquí á la canalla; ahora la canalla trae aquí á los señores, y estas tñterías se llaman revolucion. Parece que me cortarán la cabeza de aquí á treinta y seis horas:



---

no veo en ello inconveniente; pero si hubiese un poco de cortesía me habrían enviado mi caja de rapé, que está allá arriba en la sala de los espejos, donde habeis jugado tanto cuando niño y donde os he hecho brincar sobre mis rodillas. Ahora voy á deciros una cosa: os llamais Gauvain, y lo mas extraño es que teneis sangre noble en las venas, pardiez la misma sangre que yo, y sin embargo esa sangre que hace de mí un hombre de honor hace de vos un tuno: ¡qué cosas tan particulares suceden! Me direis que no es culpa vuestra; pero tampoco lo es mia. ¡Pardiez! se puede ser malhechor sin saberlo y eso consiste en el aire que se respira. En tiempos como los nuestros nadie es responsable de lo que hace: la revolucion es solo la gran canalla que asume toda la responsabilidad, y vuestros grandes criminales son todos grandes inocentes. ¡Qué estúpidos! Principiando por vos, permitid que os admire. Sí, yo admiro á un muchacho como vos, que siendo hombre de calidad, de buena posicion en el Estado, con una gran sangre que poner al servicio de las grandes causas; que siendo vizconde de esta Torre Gauvain y príncipe de Bretaña; que pudiendo ser duque por derecho y par de Francia por herencia, lo cual es casi todo lo que



puede desear en este mundo un hombre sensato, se divierte, siendo lo que es, en ser lo que sois vos, hasta el punto de ser considerado por sus enemigos como un facineroso y por sus amigos como un imbécil. A propósito, dad muchas espresiones de mi parte al señor cura Cimourdain.

El marqués hablaba con facilidad, con serenidad, sin alterarse, sin acentuar nada, con su voz de buena sociedad, su mirada límpida y tranquila y teniendo las manos en los bolsillos de la chupa. Aquí se detuvo, respiró con fuerza y continuó:

—No os ocultaré que he hecho lo que he podido por mataros. Aquí donde me veis, tres veces he dirigido yo mismo la puntería del cañon contra vos: proceder descortés, lo confieso, pero es locura imaginar que en guerra el enemigo os haya de tratar con cortesía y procurar haceros favores. Porque estamos en guerra, señor sobrino, guerra á sangre y fuego. Verdad es que nos han muerto al rey. ¡Bonito siglo!

Detúvose otra vez y luego prosiguió:

—¡Cuando pienso que nada de esto habria sucedido si se hubiera ahorcado á Voltaire y echado á galeras á Rousseau! ¡Ah! los literatos ¡qué plaga! Pero veamos ¿de qué acusais á esta monarquía? Es



verdad que envió al abad Pucelle á su abadía de Corbigny, dejándole la eleccion del carruaje y el tiempo que quisiera para el camino; y en cuanto á vuestro M. Titon, que habia sido, con vuestro perdón, un hombre licencioso y que pasaba por las casas de prostitucion antes de ir á ver los milagros del diácono Paris, se le trasladó del castillo de Vincennes al de Ham en Picardía, que por cierto, lo confieso, es bastante malo. Tales son los agravios que hizo la monarquía; lo recuerdo perfectamente, y yo me he quejado y he gritado contra ellos en mi tiempo: yo he sido tan estúpido como vos.

El marqués tentó su bolsillo como si buscara la caja de rapé y prosiguió:

—Pero no tan perverso. Hablábamos por hablar Habia tambien la sedicion de los informes, dictámenes, reclamaciones; despues vinieron los señores filósofos, se quemaron los escritos en vez de quemar á los autores; se mezclaron en esto las cabalas de la córte; llegaron todos esos majaderos de Turgot, Quesnay, Malesherbes, los fisiocratas etc., y comenzó la pelotera: todo por culpa de los escritorzuelos y poetastros. ¡La Enciclopedia! ¡Diderot! ¡d'Alembert! ¡Ah belitres! Y que un hombre bien



---

nacido como aquel rey de Prusia cayese en semejante lazo! Por mi parte habria suprimido todos los emborronadores de papel. ¡Ah! nosotros eramos justicieros: con nosotros no se jugaba; aquí están todavía en la pared las señales de las ruedas para descuartizar. En nuestro tiempo esa gentecilla de pluma no tenia cabida. Mientras haya Arouets, habrá Marats; mientras haya botarates que hagan garabatos en el papel, habrá miserables que asesinen; mientras haya tinta, habrá negrura; mientras la mano del hombre maneje la pluma de ganso, las necedades frívolas engendrarán barbaridades atroces. Los libros son los que dan origen á los delitos: la palabra quimera tiene dos sentidos: sueño y monstruo. ¡Y que aficion á los logogrifos y las palabras huecas! ¿Qué quereis decirnos con eso de derechos? ¡Derechos del hombre! ¡derechos del pueblo! Todo eso es por demás hueco, retumbante, oscuro, imaginario, vacío de sentido. Cuando yo digo: Havoisa, hermana de Conan II, aportó en dote el condado de Bretaña á Hoel, conde de Nantes y de Cornwall, que dejó el trono á Alan Fergant, tio de Berta, la cual casó con Alan el Negro, señor de la Roche-sur-Yon y tuvo de él á Conan el Menor, abuelo de Guido ó Gauvain de Thouars



---

nuestro antepasado, digo una cosa clara que establece un derecho. Pero vuestros tunos, vuestros perdidos, vuestra canalla ¿á que llaman sus derechos? Al deicidio y al regicidio. Eso es hediondo: ¡ah pillería indigna! Lo siento por vos, señor vizconde; pero sois de esa orgullosa sangre de Bretaña: vos y yo descendemos de nuestro abuelo Gauvain de Thouars; tenemos entre nuestros antepasados aquel gran duque de Montbazon que fue par de Francia y condecorado con el collar de las órdenes, que atacó el arrabal de Tours y fue herido en la batalla de Arqués, y murió en su casa de Couzieres, en Turena, á la edad de ochenta y seis años, siendo á la sazón montero mayor de Francia. Podria citaros tambien al conde de Laudonois, hijo de la señora de la Garnache, á Claudio de Lorena, duque de Chevreuse, á Enrique de Lenoncourt y á Francisco de Laval-Boisdauphin. ¿Pero á qué? El señor vizconde tiene el honor de ser idiota y se empeña en ser igual á mi palafrenero. Sabed, caballero que cuando estabais todavía en mantillas ya era yo viejo; os he limpiado los mocos muchas veces y aun podria limpiároslos. Al crecer habeis encontrado medio de empequeñeceros. Desde que no nos hemos visto cada cual ha tirado por



---

su lado, yo hácia el lado de la probidad, vos en sentido opuesto. ¡Ah! no sé en qué podrá venir á parar todo esto; pero la verdad es que vuestros amigos son grandes miserables. ¡Oh! ¡pero el progreso! Sin duda, el progreso es magnífico, lo confieso: en el ejército se ha suprimido la pinta de agua que se hacia beber por tres dias consecutivos al soldado borracho; tenemos ademas el maximum, la Convencion, el obispo Gobel, el señor Chaumette y el señor Hebert, y se extermina sin escepcion todo lo pasado desde la Bastilla hasta el almanaque. Se sustituye á los santos con legumbres: bueno, señores ciudadanos, disponed como amos, reinad, mandad á vuestras anchas, holgaos, no tengais escrúpulo de nada: no podreis impedir que la religion sea la religion, que la monarquía llene quince siglos de nuestra historia y que la antigua nobleza francesa, aun decapitada, sea mucho mas alta que vosotros. En cuanto á vuestras argucias sobre el derecho histórico de las razas régias, las miramos con desprecio. Chilperico era un fraile llamado Daniel; fue Rainfroy quien inventó á este Chilperico para fastidiar á Cárlos Martel: sabemos eso tanto ó mejor que vosotros, pero no se trata de eso. La cuestion es esta: existia un gran reino



---

la antigua Francia, país magníficamente arreglado y regido, donde se consideraba primeramente la persona sagrada del monarca, señor absoluto del Estado; despues venian los príncipes; despues los dignatarios de la corona en los ejércitos de mar y tierra, en la artillera y en la direccion y superintendencia de hacienda; despues la justicia soberana y subalterna, seguida de la administracion de las gabelas y de las rentas generales, y en fin la administracion politica del reino en sus tres brazos. Pues bien, esto tan bello y tan noblemente ordenado lo habeis destruido vosotros. Habeis destruido las provincias como miserables ignorantes, sin comprender lo que eran las provincias. El genio de la Francia está compuesto del genio mismo del continente; y cada una de las provincias de Francia representaba una virtud de Europa. Teniamos la franqueza alemana en Picardia; la generosidad de la Suecia en la Champaña; la industria holandesa en la Borgoña; la actividad polaca en el Languedoc; la gravedad española en la Gascuña; la prudencia italiana en la Provenza; la sutileza griega en la Normandia; la fidelidad suiza en el Delfinado. Vosotros, que ignorábais todo esto, habeis roto y despe-



---

dazado y demolido á tontas y á locas y os habeis quedado tan frescos, como verdaderos animales. ¡Ah! no quereis tener nobles. ¡Pues bien no los tendreis; pero cubrios de luto por su falta, porque no tendreis paladines; no tendreis héroes. Despedios de las grandezas antiguas y buscadme un d'Assas en la época presente ¡Todos teneis miedo de perder el pellejo: no tendreis caballeros de Fontenoy, que saludaban antes de matar; no tendreis combatientes con medias de seda como en el sitio de Lérida; no tendreis esas grandes batallas en que los penachos atravesaban el campo como meteoros: sois un pueblo degradado; sufrireis la violencia que se llama invasion; si volviese Alarico, no hallaria un Clodoveo que se le opusiera; si volviese Abderramen, no hallaria un Cárlos Martel que le disputara el paso; si volviesen los sajones no hallarian enfrente de sí ningun rey Pipino; habrán acabado para vosotros los dias de Agnadel, Rocroy, Lens, Staffarde, Nerwinde, Steinkerque, la Marsaille, Raucoux, Lawfeld, Mahon; no tendreis otro Marignan ni otro Francisco I; no tendreis otro Bouvines ni otro Felipe Augusto haciendo prisioneros con una mano á Renaldo conde de Boloña y con otra á Ferrando, conde de Flandes.



---

Tendreis un Azincourt, pero sin el señor de Bacqueville, el gran porta-oriflama, para hacerse matar envuelto en su bandera: ¡Adelante! ¡continuad vuestra obra; sed hombres nuevos; empequeñeceos!

El marqués calló un momento, y luego añadió:

—Pero dejadnos á nosotros ser grandes. Matad á los reyes, matad á los nobles, matad á los sacerdotes, destruid, arruinad, asesinad, conculcad; poned las máximas antiguas bajo el tacon de vuestras botas; pisotead el trono, patead el altar, aplastad á Dios y bailad encima: ese es vuestro oficio. Sois traidores y cobardes, incapaces de sacrificio y de abnegacion. He dicho: ahora hacedme guillotinar, señor vizconde: tengo la honra de ser vuestro servidor.

Hubo una pausa, y por último exclamó:

—¡Ah! os digo verdades que os amargarán; ¿pero qué me importa? Ya estoy muerto.

—Estais libre, dijo Gauvain.

Y adelantándose hácia el marqués, se quitó el capote de comandante, le echó sobre los hombros del anciano y le bajó el capuchon hasta los ojos. Los dos eran de la misma estatura.



—¿Qué haces? dijo el marqués.

Gauvain levantó la voz y gritó:

—Teniente, abrid.

Abrióse la puerta.

Gauvain volvió á decir en voz alta:

—Tened cuidado de cerrar bien la puerta cuando yo salga.

Y empujó hácia afuera al marqués estupefacto.

La sala baja transformada en cuerpo de guardia no estaba iluminada sino por un farol de cuerno que daba una luz confusa y en realidad mas sombra que luz. En aquella semioscuridad, los soldados que no dormían vieron atravesar la sala dirigiéndose á la brecha un hombre de elevada estatura con el capote galoneado del jefe; hicieron el saludo militar, y el hombre pasó.

El marqués lentamente atravesó el cuerpo de guardia y despues la brecha, no sin chocar con la cabeza en las piedras superiores, y salió al aire libre.

El centinela, creyendo que era Gauvain echó arma al hombro.

Cuando estuvo fuera, teniendo á sus piés la yerba de los campos, á doscientos pasos la selva



---

y delante de sí el espacio, la noche, la libertad, la vida, se paró, y permaneció un momento inmóvil, como hombre que ha dejado hacer, que ha cedido á la sorpresa y que habiendo aprovechado la ocasion de una puerta abierta, se pregunta si ha obrado bien ó mal, vacila antes de proseguir adelante y da audiencia á sus últimos pensamientos. Al cabo de algunos segundos de meditacion atenta, levantó la mano derecha, acercó el dedo del corazon al pulgar, dió un castañetazo, y exclamó :

—¡Pardiez!

Y se alejó de aquel sitio.

La puerta del calabozo se habia vuelto á cerrar, dejando dentro á Gauvain.



## II.

### EL CONSEJO DE GUERRA.

Por aquel tiempo en los consejos de guerra todo se hacia casi arbitrariamente. Dumas, en la asamblea legislativa habia bosquejado un proyecto de legislacion militar, que fué corregido despues por Talot en el consejo de los Quinientos; pero código definitivo para los consejos de guerra no se redactó hasta la época del imperio. Aquí diremos entre paréntesis que es tambien de la



---

época del imperio la obligacion impuesta á los tribunales militares de empezar las votaciones por los jueces de grado inferior. Durante la revolucion, esta ley no existia.

En 1793 el presidente de un tribunal militar era por sí solo casi todo el tribunal: elegia los vocales, clasificaba el órden de grados, arreglaba la emision de votos; era el amo al mismo tiempo que juez.

Cimourdain habia designado para pretorio del consejo de guerra la misma sala del piso bajo donde habia estado el reducto y donde estaba entonces el cuerpo de guardia. Quería abreviarlo todo, lo mismo el camino de la prision al tribunal que el trayecto del tribunal al patíbulo.

A las doce de la mañana, con arreglo á sus órdenes, se reunió el consejo con el aparato siguiente: tres sillas de paja, una mesa de pino, dos velas encendidas y un taburete delante de la mesa.

Las sillas eran para los vocales del consejo, y el taburete para el acusado. A los dos extremos de la mesa habia otros dos banquillos, el uno para el auditor, que era un furriel, y el otro para el escribano, que era un cabo.



---

Sobre la mesa habia una barra de lacre encarnado, un sello de cobre de la República, dos escribanías, varios cuadernillos de papel blanco y dos carteles impresos y estendidos, uno de los cuales contenia el bando, poniendo á Lantenac y sus secuaces fuera de la ley, y el otro el decreto de la Convencion.

Detrás de la silla del centro habia un pabellon de banderas tricolores: en aquellos tiempos de ruda sencillez, el aparato de cualquier ceremonia se arreglaba pronto, y se necesitaba muy poco tiempo para convertir un cuerpo de guardia en tribunal de justicia.

La silla de enmedio destinada al presidente, daba frente á la puerta del calabozo.

El público se componia de soldados.

Dos gendarmes se situaron uno á cada lado del taburete.

Cimourdain se sentó en la silla de enmedio, teniendo á su derecha al capitan Guechamp, primer juez, y á su izquierda al sargento Radoub, segundo juez.

Llevaba en la cabeza el sombrero de penacho tricolor, al lado el sable y en el cinturon dos pistolas. La cicatriz de la cara, que era de un



vivo color rojo, aumentaba la ferocidad de su aspecto.

Radoub se habia dejado curar al fin, y llevaba liado á la cabeza un pañuelo sobre el cual se iba estendiendo lentamente una mancha de sangre.

A las doce, antes de comenzarse el acto, un correo cuyo caballo piafaba no lejos de allí esperaba en pié cerca de la mesa las órdenes de Cimourdain.

Cimourdain escribia lo siguiente :

«Ciudadanos presidente é individuos de la comision de salvacion pública:»

«Lantenac ha sido hecho prisionero, y mañana será ejecutado.»

Puso la fecha y la firma, dobló el papel, lo cerró y selló dándoselo al correo, que partió inmediatamente.

Hecho esto, Cimourdain dijo en alta voz :

—Abrid el calabozo.

Los gendarmes descorrieron los cerrojos, abrieron la puerta del calabozo y entraron.

Cimourdain levantó la cabeza, cruzó los brazos, miró á la puerta y gritó :

—Traed al preso.



Un hombre apareció entre los dos gendarmes bajo la cintra de la puerta abierta.

Era Gauvain.

Cimourdain se estremeció y exclamó .

—¡Gauvain!

Despues añadió :

—He dicho que venga el preso.

—Soy yo, dijo Gauvain.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Y Lantenac?

—Libre.

—¿Libre?

—Sí.

—¿Se ha fugado?

—Sí.

Cimourdain balbuceó temblando:

—En efecto, este castillo es suyo; conoce todas las salidas; el calabozo comunica quizá con alguna; yo debia haber pensado en eso. Habrá encontrado medio de huir, sin necesidad de auxilio de nadie.

—Le han prestado auxilio, dijo Gauvain.

—¿Para fugarse?

—Cierto.



—¿Quién?

—Yo.

—¿Tú?

—Yo mismo.

—Tú sueñas.

—Yo he entrado en el calabozo, donde he permanecido algun tiempo á solas con el preso; me he quitado mi capote; se le he puesto sobre los hombros; le he bajado el capuchon sobre la cara; ha salido en mi lugar y he quedado en el suyo.

—¿Tú no has hecho eso!

—Lo he hecho.

—¿Es imposible!

—¿Es realidad!

—Que traigan á Lantenac.

—No está aquí. Los soldados, viéndole con el capote de comandante han creido que era yo y le han dejado pasar. Era aun de noche.

—Tú te has vuelto loco.

—Digo lo que ha pasado.

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual Cimourdain tartamudeó:

—Entonces mereces.....

—La muerte, dijo Gauvain.



---

Cimourdain se habia puesto blanco como el alabastro. Estaba inmóvil como el hombre que acaba de ser herido del rayo; parecia que le era imposible respirar y una gruesa gota de sudor brotó sobre su frente.

Afirmando un poco la voz, dijo:

—Gendarmes, haced sentar en su sitio al acusado.

Gauvain se sentó en el taburete.

Cimourdain añadió:

—Gendarmes, sable en mano.

Era la fórmula usada cuando los acusados estaban bajo el peso de una sentencia capital.

Los gendarmes desenvainaron sus sables.

La voz de Cimourdain habia recobrado su acento ordinario.

—Acusado, dijo, levantaos.

Ya no tuteaba á Gauvain.







### III.

#### LOS VOTOS.

Gauvain se levantó :

—¿Cómo os llamais? preguntó Cimourdain.

Gauvain respondió :

—Gauvain.

—¿Vuestra profesion?

—Comandante, jefe de la columna expedicionaria de las Costas del Norte.



—¿Sois pariente ó aliado del prófugo?

—Sobrino segundo.

—¿Teneis noticia del decreto de la Convencion?

—Veo sobre la mesa el cartel en que está impreso.

—¿Qué teneis que decir sobre ese decreto?

—Que he refrendado su publicacion, que le he mandado cumplimentar y que he dispuesto fijar ese cartel, á cuyo pié está mi nombre.

—Elegid un defensor.

—Me defenderé yo mismo.

—Teneis la palabra.

Cimourdain habia recobrado su impasibilidad: solo que esta impasibilidad era mas parecida á la insensibilidad de una roca que á la serenidad de un hombre.

Gauvain permaneció un momento silencioso y meditabundo.

Cimourdain preguntó:

—¿Qué teneis que decir en descargo vuestro?

Gauvain levantó poco á poco la cabeza, y sin mirar á nadie contestó:

—Esto: una cosa me ha impedido ver la otra; una buena accion vista de cerca me ha hecho olvidar cien acciones criminales; de una parte un



anciano, de otra unos niños se han interpuesto entre mi conciencia y mi deber político. He olvidado el incendio de aldeas, la devastacion de campos, el asesinato de prisioneros y de heridos, el fusilamiento de mujeres, el plan de entregar la Francia á la Inglaterra, y he puesto en libertad al sangriento enemigo de la patria. Soy culpado; y aunque hablando así podria creerse que hablo contra mí, estarian en un error los que tal creyesen. Hablo en mi favor, pues cuando el culpado reconoce su culpa, salva la única cosa que merece salvarse; el honor.

—¿No teneis mas que alegar en defensa vu estra? volvió á preguntar Cimourdain.

—Añado que siendo gefe debia dar ejemplo, y que á vuestra vez siendo jueces debeis hacer un ejemplar.

—¿Qué ejemplar?

—Mi muerte.

—¿La hallais justa?

—Y necesaria.

—Sentaos.

El furriel que hacia las veces de auditor se levantó y leyó primero el bando que ponía fuera de la ley al ex-marqués de Lantenac, y despues el de-



---

creto de la Convencion condenando á la pena capital á todo el que favoreciese la evasion de un prisionero rebelde. Este decreto tenia al pié varias líneas impresas prohibiendo prestar ayuda y socorro al rebelde arriba nombrado, y firmadas; *el comandante jefe de la columna espedicionaria*, GAUVAIN.

Leido todo esto, el auditor volvió á sentarse.

Cimourdain cruzó los brazos y dijo:

—Acusado, prestad atencion. Concurrentes, estais aquí para ver, oir y callar: está delante de vosotros la ley. Se va á proceder á la votacion; se dará la sentencia por mayoría ordinaria. Cada uno de los vocales dará su voto en alta voz en presencia del acusado, pues la justicia no tiene nada que ocultar.

Cimourdain continuó:

—Tiene la palabra el primer vocal, capitan Guechamp.

El capitan Guechamp no veia ni á Cimourdain ni á Gauvain. Sus párpados casi cerrados ocultaban los ojos inmóviles y fijos sobre el cartel que contenia el decreto y le contemplaba como se contempla una sima. Invitado á hablar, dijo:

—La ley es terminante. Un juez es mas y menos que un hombre; es menos porque no tiene co-



razon, y es mas porque maneja la espada de la ley. En el año 414 de Roma, Manlio mandó matar á su hijo por el crimen de haber vencido sin orden suya: la violacion de la disciplina exigia una expiacion. Aquí es la ley la que ha sido violada, y la ley está mas alta que la disciplina. La patria ha sido puesta de nuevo en peligro á consecuencia de un exceso de compasion; la compasion puede tomar las proporciones de un delito; y pues que el comandante Gauvain ha proporcionado la fuga al rebelde Lantenac, el comandante Gauvain es culpado. Voto, pues, la muerte.

—Anotad ese voto, escribano, dijo Cimourdain.

El escribano escribió: capitan Guechamp, la muerte.

Gauvain levantó la voz y dijo:

—Guechamp, habeis votado lo justo y os doy las gracias.

Cimourdain continuó:

—Tiene la palabra el segundo vocal. Hablad sargento Radoub.

Radoub se levantó, se volvió hácia Gauvain y le hizo el saludo militar. Despues exclamó:

—Si ahí estamos, entonces guillotínadme á mí, porque declaro por el nombre de Dios y bajo mi



---

palabra de honor mas sagrada que quisiera haber hecho primero lo que hizo el viejo y despues lo que ha hecho mi comandante. Cuando ví á aquel individuo de ochenta años de edad arrojarse al fuego para sacar de él tres muñecos , dije : buen hombre , tú eres un valiente ; y al saber que es mi comandante el que ha salvado á ese viejo de vuestra estúpida guillotina , ¡mil truenos! digo ; mi comandante , deberíais ser general , sois todo un hombre , y yo juro por mi honra que os daria la cruz de San Luis , si hubiera todavía cruces , si tuviéramos santos , y si aun quedaran luises. ¡Cómo! ¿vamos á ser imbéciles ahora? Si para eso se han ganado la batalla de Valmy , la batalla de Fleurus , y la de Wattignies , dígase de una vez. El comandante Gauvain desde hace cuatro meses lleva delante de sí como carneros á esos bestias de realistas , salva la república á sablazos y tambor batiente , gana la accion de Dol , para lo cual se necesitaba mucho talento ; ¡y cuando teneis un hombre como este , tratais de deshaceros de él! ¡Y en lugar de hacerle general quereis segarle el cuello! Digo que cosas como esas son capaces de hacerle á uno tirarse de cabeza al Sena desde el Puente Nuevo. Declaro que á vos mismo , ciudadano



---

Gauvain, si en vez de ser mi general fuéseis un cabo de mi compañía, os diria que lo que acabais dedecir, por mas que sea muy elocuente, es un solemne desatino en el fondo. El viejo ha hecho bien en salvar á los niños, y vos habeis hecho perfectamente en salvar al viejo; y si guillotinamos á las personas por haber ejecutado buenas acciones, entonces vámonos á todos los diablos, porque yo no sé ya á qué carta quedarme. ¿A dónde vamos á parar? Pero en fin, todo esto ¿es realidad ó sueño? Yo me pellizco hace media hora para saber si estoy despierto, porque no comprendo nada de lo que pasa. ¿Queriais por ventura que el viejo dejara quemar vivos á los chiquitines ó que mi comandante dejase cortar el cuello al viejo por haberles salvado? En ese caso guillotínadme á mí: tanto me da. Supongamos que los niños hubieran muerto en el fuego: el batallon del gorro colorado quedaba sin honra. ¿Es eso lo que se queria? Entonces comámonos los unos á los otros. Yo entiendo de política tanto como cualquiera de los que estais aquí; he pertenecido al club de la seccion de las Picas, y pardiez veo que vamos á concluir por volvernos todos bestias. Resumiendo mi discurso, diré que no me gustan las cosas que tienen el incon-



---

veniente de poner al hombre en situacion de no saber dónde está ni lo que hace. ¿Por qué diablos peleamos? ¿Por qué nos quieren matar nuestro jefe? Yo á eso digo nones: yo quiero mi comandante, yo le necesito y le quiero hoy mas que ayer. ¿Preten-deis enviarle á la guillotina? ¡verdaderamente me haceis reir! No, no queremos: ahora decid lo que gustéis: nosotros os responderemos que en primer lugar eso no es posible.

Radoub se sentó: su herida se le habia abierto y un chorro de sangre que salia por la venda corria á lo largo del cuello desde el sitio donde habia estado la oreja.

Cimourdain, volviéndose hácia Radoub, dijo:

—¿Votais por la absolucion del acusado?

—Voto, dijo Radoub, porque le hagan general.

—Os pregunto si votais la absolucion,

—Voto porque le eleven al primer puesto de la república.

—Sargento Radoub, ¿votais la absolucion del comandante Gauvain, sí ó nó?

—Voto porque me corten la cabeza en su lugar.

—Poned absolucion, escribano, dijo Cimourdain.

El escribano anotó: sargento Radoub: absolucion.



Despues dijo:

—Un voto por la muerte, otro por la absolucion: empate.

Tocaba á Cimourdain el turno de votar.

Levantóse, se quitó el sombrero y le dejó sobre la mesa.

No estaba ya pálido ni lívido su rostro: era de color de tierra.

Si todos los circunstantes hubiesen estado envueltos en sudarios, no habria reinado un silencio mas profundo.

Cimourdain dijo con voz grave, lenta y firme:

—Acusado Gauvain: se ha oido vuestra causa. En nombre de la república, el consejo de guerra por mayoría de dos votos contra uno,...

Aquí se detuvo por un momento: ¿vacilaba ante la sentencia de muerte? ¿vacilaba ante la absolucion? Todos esperaban el resultado en la mayor ansiedad. Al cabo de un momento continuó:

—...Os condena á la pena de muerte.

Su semblante espresaba la tortura del triunfo siniestro. Cuando Jacob en las tinieblas se hizo bendecir por el ángel á quien habia vencido en



---

la lucha, debió tener aquella sonrisa espantosa.

Pasó sin embargo por sus labios como un relámpago, y luego Cimourdain quedó de nuevo impasible como el mármol, se sentó y se cubrió con el sombrero, añadiendo:

—Gauvain, sereis ejecutado mañana al salir el sol.

Gauvain se levantó y dijo:

—Doy gracias al tribunal.

—Llevaos al reo, dijo Cimourdain á los gendarmes.

Abrióse la puerta del calabozo, entró Gauvain y volvió á cerrarse luego que hubo entrado. Los dos gendarmes con los sables desenvainados se situaron de centinela á los dos lados de la puerta.

Radoub fue sacado de la sala desmayado.



#### IV.

DESPUES DE CIMOURDAIN JUEZ, CIMOURDAIN  
MAESTRO.

Un campamento es un enjambre de avispas, sobre todo en tiempos de revolucion. El aguijon civico que reside en el soldado, sale espontánea y prontamente para picar al jefe con la misma resolucion con que ha rechazado al enemigo. En la valiente tropa que habia tomado la Tourgue hubo zumbidos diversos. El primero fue contra el co-



---

mandante Gauvain cuando se supo la evasión de Lantenac. Al salir Gauvain del calabozo en que todos creían tener encerrado á Lantenac, hubo como una conmoción eléctrica, y en menos de un minuto todo el campamento supo la noticia. Estalló entonces el primer murmullo en aquel pequeño ejército, diciendo: van á juzgar á Gauvain, pero ese juicio será una farsa: ¡fíaos en los ex-nobles y en los solídeos! Acabamos de ver á un vizconde salvando á un marqués, y ahora vamos á ver á un cura absolviendo á un noble. Pero cuando se supo la condena de Gauvain vino el segundo murmullo. ¡Esta sí que es mas negra! ¡Con que quieren matar á nuestro jefe, á nuestro valiente jefe, á nuestro jóven comandante, que es un héroe! Dicen que es un vizconde, pero por eso tiene mas mérito en ser republicano. ¡Y á un hombre como ese, al libertador de Pontorson, de Villedieu y de Pont-au-Beau, al vencedor de Dol y de la Tourgue, al que nos da siempre la victoria, al que es la espada de la república en la Vendée, al hombre que durante cinco meses tiene en jaque á los chumanes y repara los desatinos de Lechelle y de los demás, á ese hombre se atreve un Cimourdain á condenarlo á muerte! ¡Y por qué? Por haber



---

salvado á un viejo que habia salvado á tres niños.  
¡Un cura matar á un soldado!

Asi murmuraba la tropa victoriosa y descontenta. Cimourdain se encontraba rodeado de una indignacion sombría. Cuatro mil hombres contra uno solo parecen una gran fuerza, pero en realidad hay casos en que no representan ninguna. Aquellos cuatro mil hombres eran una multitud, y Cimourdain era una voluntad; sabíase que Cimourdain fruncia el ceño fácilmente y no necesitaba mas para mantener en el ejército el respeto á su autoridad. En aquellos tiempos severos, bastaba ver detrás de un hombre la sombra de la Comision de salvacion pública, para que aquel hombre fuese temible y para convertir la imprecacion en murmullo y el murmullo en silencio. Antes como despues de aquellas murmuraciones, Cimourdain era el árbitro de la suerte de Gauvain lo mismo que de la suerte de todos. Sabíase que era inútil pedirle nada, porque no obedeceria sino á la voz de su conciencia, voz sobrehumana que él solo podria oir. Todo dependia de él; lo que habia hecho como presidente del consejo de guerra, podia deshacerlo como delegado civil. Solo él podia indultar; tenia plenos poderes; con un signo podia salvar ó perder



á Gauvain ; era dueño de la vida y de la muerte; mandaba á la guillotina, y en aquel momento trágico era el poder supremo.

Era pues preciso esperar y no podia hacerse otra cosa.

En esto llegó la noche.



## V.

### EL CALABOZO.

La sala de justicia habia vuelto á convertirse en cuerpo de guardia; esta se habia doblado como la víspera, y dos centinelas guardaban la puerta cerrada del calabozo.

Hácia las doce de la noche, un hombre que llevaba un farol en la mano atravesó el cuerpo de guardia, se dió á conocer y mandó abrir el calabozo. Era Cimourdain.



---

Entró y dejó la puerta entreabierta.

El calabozo era tenebroso y estaba en silencio. Cimourdain dió un paso en aquella oscuridad, dejó el farol en el suelo y se detuvo. Oíase en la sombra la respiracion igual de un hombre dormido. Cimourdain escuchó pensativo aquel ruido apacible.

Gauvain estaba en el fondo del calabozo echado sobre el haz de paja. Era su respiracion la que se oia: dormia profundamente.

Cimourdain se adelantó haciendo el menor ruido posible, y llegando junto á Gauvain, se puso á contemplarlo. Una madre velando el sueño de su niño de pecho no le dirigiria una mirada mas tierna é inefable. Aquella mirada tal vez sin quererlo Cimourdain se escapaba de sus ojos. Cimourdain, como en ciertos casos hacen los niños, se restregó los ojos con los puños y permaneció por un momento inmóvil: despues se arrodilló, levantó suavemente la mano de Gauvain y apoyó en ella los labios.

Gauvain hizo un movimiento y abrió los ojos en que se retrataba la vaga sorpresa del que despierta de repente. A la luz del farol que iluminaba débilmente el calabozo, conoció á Cimourdain.

— ¡Calla! dijo, sois vos, maestro mio.



Y añadió:

—Soñaba que la muerte me besaba la mano.

Cimourdain experimentó la brusca sacudida que á veces produce en nuestra mente la súbita invasión de un torrente de pensamientos; torrente en ocasiones tan crecido é impetuoso, que parece que va á anegar el alma. Nada salió sin embargo del profundo abismo del corazón de Cimourdain, el cual solo pudo decir: ¡Gauvain!

Ambos se miraron, Cimourdain con ojos llenos de esas llamas que secan las lágrimas; Gauvain con su mas suave sonrisa.

Gauvain se incorporó apoyándose en el codo y dijo:

—Esa cicatriz que veo en vuestra cara es la del sablazo que recibísteis por mí, y ayer vinísteis tambien á asistir al combate á mi lado y por causa mia. Si la Providencia no os hubiera puesto cerca de mi cuna ¿dónde estaria yo hoy? En las tinieblas. Si tengo la nocion del deber, vos me la habeis enseñado. Yo habia nacido ligado, porque las preocupaciones son ligaduras; vos las desataísteis; me dísteis libertad; de lo que era solo una momia hicísteis un adolescente, y desarrollásteis en él la conciencia. Sin vos yo hubiera crecido siendo siem-



---

pre pequeño; existo, pues, por vos. No era mas que un señor é hicísteis de mí un ciudadano; era un ciudadano é hicísteis de mí un alma, dándome aptitud como hombre para la vida terrestre y como alma para la vida celeste. Para andar por los senderos de la realidad humana me disteis la clave de la verdad y para pasar mas allá la clave de la luz. ¡Oh maestro mio! os doy gracias porque vos sois quien me ha creado.

Cimourdain se sentó sobre la paja al lado de Gauvain y le dijo:

—Vengo á cenar contigo.

Gauvain partió el pan moreno y se lo presentó: Cimourdain tomó un pedazo. Despues Gauvain le tendió el cántaro de agua.

—Bebe tú primero, dijo Cimourdain.

Gauvain bebió y pasó el cántaro á Cimourdain que bebió despues. Gauvain no habia bebido mas que un sorbo.

Cimourdain bebió abundantemente.

En aquella cena Gauvain comia y Cimourdain bebia, señal de la tranquilidad del uno y de la fiebre del otro.

Reinaba cierta serenidad terrible en el calabozo. Aquellos dos hombres conversaban.



Gauvain decia:

—Empiezan á bosquejarse grandes cosas. Lo que la revolucion hace en este momento es misterioso; detrás de la obra visible hay otra invisible, y la primera oculta á la segunda. La obra visible es feroz, la invisible es sublime; en este instante lo distingo todo con suma claridad, y me parece extraordinario, pero hermoso. Preciso ha sido valerse de los materiales de lo pasado y de aquí ese extraordinario 93, donde con un andamio de barbarie se construye un templo de civilizacion.

—Sí, respondió Cimourdain: de esa situacion provisional saldrá una situacion estable; saldrá lo definitivo, es decir el paralelismo del derecho y el deber, el impuesto proporcional y progresivo, el servicio militar obligatorio, la nivelacion, ningun privilegio, y por encima de todos y de todo, esa línea recta que se llama la ley: la república de lo absoluto.

—Prefiero, dijo Gauvain, la república de lo ideal.

Aquí se detuvo y despues continuó:

—Sí, maestro, entre todo lo que acabais de decir ¿dónde poneis la adhesion, el sacrificio, la abnegacion, el magnífico enlace de los afectos bené-



---

volos, el amor en fin. Bueno es ponerlo todo en equilibrio, pero es mejor ponerlo todo en armonía; sobre la balanza está la lira. Vuestra república mide, dosifica y regula al hombre; la mia lo levanta hasta el azul del firmamento: hay entre la vuestra y la mia la diferencia que media entre un teorema y una águila.

—Tú te pierdes en las nubes.

—Y vos en el cálculo.

—Hay algo de ensueño en la armonía.

—Tambien lo hay en el álgebra.

—Quisiera yo al hombre como hecho por Euclides.

—Le preferiria hecho por Homero.

La sonrisa severa de Cimourdain se fijó sobre Gauvain como para detener el vuelo de aquella alma.

—¡Poesía! dijo; desconfia de los poetas.

—Sí, conozco esa frase; no te fies de la brisa, no te fies del rayo de luz, ni de los perfumes, ni de las flores, ni de las constelaciones.

—Nada de eso da de comer.

—¿Qué sabeis vos? La idea es tambien un alimento: pensar es comer.

—Dejémonos de abstracciones. La fórmula de la república es: dos y dos son cuatro. Cuando yo



---

hedado á cada cual lo que le corresponde....

—Os falta darle lo que no le corresponde.

—¿Qué significa eso?

—Significa la inmensa concesion recíproca que cada uno debe á todos, que todos debemos á cada uno y que constituye toda la vida social.

—Fuera del derecho estricto, no veo nada.

—Yo lo veo todo.

—No veo mas que la justicia.

—Yo miro mas arriba.

—¿Qué hay sobre la justicia?

—La equidad.

De cuando en cuando callaban como deslumbrados por algun resplandor que atravesara su mente.

Cimourdain rompió de nuevo el silencio diciendo:

—Te desafío á que concretes tu pensamiento.

—Voy allá. Quereis el servicio militar obligatorio: ¿pero contra quién? Contra otros hombres. Pues bien, yo no quiero que haya servicio militar; yo quiero la paz. Quereis socorrer á los miserables; yo quiero suprimir la miseria. Quereis el impuesto proporcional; yo no quiero ningun impuesto; quiero que se reduzcan los gastos comunes á su mas



---

simple espresion y se paguen con el aumento de la produccion social.

—¿Qué entiendes por eso?

—Voy á esplicároslo. En primer lugar entiendo que debe suprimirse toda especie de parasitismo: el del clérigo, el del juez, el del soldado. Además se debe sacar partido de nuestras riquezas; en vez de echar los abonos por las alcantarillas al rio, echadlos en los surcos; las tres cuartas partes del terreno están eriales; roturadlas; suprimid las dehesas de pasto inútiles; repartid las tierras del comun; que todo hombre tenga una tierra y que toda tierra tenga un hombre y asi centuplicareis el producto social. La Francia en este momento no produce lo bastante para que los campesinos coman carne mas de cuatro dias al año; pero bien cultivada, podria mantener mas de trescientos millones de hombres, es decir, toda la Europa. Utilizad la naturaleza, inmensa fuerza auxiliar hasta ahora despreciada: haced que trabajen para vos todas las ráfagas del viento, todos los saltos de agua, todos los efluvios magnéticos. El globo tiene una red venosa subterránea y hay en ella una circulacion prodigiosa de agua, de aceite, de fuego. Picad la vena del globo y haced brotar esa agua pa-



---

ra vuestras fuentes, ese aceite para vuestras lámparas y ese fuego para vuestros hogares. Reflexionad en el movimiento de las olas, en el flujo y reflujo, en el vaiven de las mareas. ¿Qué es el Oceano? Una enorme fuerza perdida. ¿Qué estúpida es la tierra no dando empleo al Oceano!

—Ya estás en plena ilusion.

—Es decir en plena realidad.

Gauvain repuso:

—¿Y la mujer? ¿qué haceis de ella?

Cimourdain respondió:

—Lo que es; la servidora del hombre.

—Sí, con una condicion.

—¿Cuál?

—La de que el hombre sea el servidor de la mujer.

—¡Que locura! exclamó Cimourdain, el hombre servidor, jamás: el hombre es amo. Yo no admito mas que un señorío, el del hogar. El hombre en su casa es rey.

—Sí, con una condicion.

—¿Cuál?

—Que la mujer sea reina.

—Es decir' que quieres para el hombre y la mujer.....



—La igualdad.

—¿La igualdad? ¿Estás en tu juicio? Los dos seres son diversos.

—He dicho la igualdad y no la identidad.

Hubo otra pausa, como especie de tregua entre aquellos dos espíritus que se enviaban mutuamente rayos de luz. Cimourdain fue el primero que la rompió.

—¿Y el hijo? preguntó ¿á quien se le das?

—Primero al padre que le engendra; despues á la madre que le cria; luego al preceptor que le educa, luego á la ciudad que le viriliza, luego á la patria que es la madre suprema, luego á la humanidad que es la grande abuela.

—No hablas de Dios.

—Cada uno de esos grados, padre, madre, maestro, ciudad, patria, humanidad, es un escalon de la escalera que sube hasta Dios.

Cimourdain calló; Gauvain prosiguió:

—Cuando se ha llegado á lo mas alto de la escala, se ha llegado á Dios. Dios se abre ante nosotros y no hay que hacer sino entrar.

Cimourdain hizo el gesto de un hombre que trata de despertar á otro.

—Gauvain, le dijo, vuelve á bajar á la tierra.



---

Lo que nosotros queremos es realizar lo posible.

—Comenzad por no hacerlo imposible.

—Lo posible se realiza siempre.

—No siempre: si se manosea fuertemente la utopia, se la mata. Nada hay mas indefenso que el huevo.

—Sin embargo, hay que apoderarse de la utopia, imponerle el yugo de lo real, y encerrarla en el cuadro de los hechos. La idea abstracta debe trasformarse en idea concreta, y entonces lo que pierde en hermosura lo gana en utilidad, siendo menor, pero mejor. Es necesario que el derecho se encarne en la ley; y cuando se ha hecho ley, es absoluto. Esto es lo que yo llamo lo posible.

—Lo posible es mas que eso.

—Ya vuelves á soñar.

—Lo posible es una ave misteriosa que se cierne continuamente sobre el hombre.

—Es preciso cojerla.

—Sí, pero viva.

Gauvain continuó:

—Mi pensamiento puede formularse en estas dos palabras; ¡siempre adelante! Si Dios hubiese querido que el hombre retrocediera, le habria puesto un ojo en la nuca. Miramos siempre al Oriente, á



---

lo que se abre, á lo que nace. El que cae estimula al que sube; el chasquido del árbol viejo es un llamamiento al árbol nuevo; cada siglo ejecuta su tarea, hoy cívica, mañana humana, hoy agitando la cuestion del derecho, mañana la del salario, aunque salario y derecho en el fondo son una misma cosa. El hombre vive para ser pagado; Dios al dar la vida contrae una deuda; el derecho es el salario innato; el salario es el derecho adquirido.

Gauvain hablaba con el acento concentrado de un profeta: Cimourdain le escuchaba; los papeles estaban invertidos y á la sazón el discípulo era quien parecia maestro.

Cimourdain murmuró:

—¡Qué deprisa vas!

—Es que quizá no tengo tiempo que perder dijo Gauvain sonriéndose.

Y repuso:

—Querido maestro, la diferencia entre nuestras dos utopias es que vos quereis el cuartel obligatorio y yo le quiero convertido en escuela; que vos soñais el hombre soldado y yo le sueño ciudadano; que vos le quereis terrible y yo le quiero reflexivo, que vos fundais una república de espada y yo undo.....



Aquí se detuvo y luego continuó:

—Yo fundaría una república de inteligencias.

Cimourdain contempló el suelo del calabozo y dijo:

—¿Entre tanto que es lo que quieres?

—Lo que existe.

—¿Absuelves á lo presente?

—Sí.

—¿Por qué?

Porque es una tempestad, y una tempestad sabe siempre lo que hace. Para una encina que destruye el rayo, ¡qué de bosques sanificados! La civilización padecía el influjo de una peste, y de ella la libra el gran viento de esa tempestad. Quizá no escoge con bastante cuidado sus víctimas: ¿pero puede obrar de otro modo? ¡Está encargado de un barrido tan penoso! Ante el horror del miasma comprendo el furor del huracan.

Hubo otra pausa, y Gauvain continuó:

—Por otra parte, ¿qué me importa la tempestad si tengo la brújula; y qué me importan los acontecimientos si tengo mi conciencia? Y añadió en esa voz baja, que es también la voz solemne:

—Hay uno á quien siempre es necesario dejarle hacer.



—¿Quién? preguntó Cimourdain.

Gauvain levantó el dedo sobre la cabeza. Cimourdain siguió con la vista la dirección de aquel dedo levantado, y al través de la bóveda del calabozo le pareció ver el cielo tachonado de estrellas.

Volvió á reinar entre ambos el silencio por algunos instantes.

Cimourdain dijo despues:

—Una sociedad superior á la naturaleza, lo repito, es un sueño; eso no es lo posible.

—Ese es el punto objetivo: de otro modo ¿á qué la sociedad? Contentaos con la naturaleza, y sed salvajes: Otaiti, por ejemplo, es un paraiso. Solamente que en ese paraiso no se piensa, y mas valdria un infierno inteligente que un paraiso bestial. Pero no, no estamos en esa alternativa: seamos la sociedad humana, sociedad superior á la naturaleza, sí, porque si nada añadís á la naturaleza ¿á qué salir de ella? Contentaos con el trabajo como la hormiga, ó con la miel como la abeja: quedaos en la condicion de bestia en vez de elevaros á la de inteligencia reina. Si añadís algo á la naturaleza sereis necesariamente mas grande que ella: añadir es aumentar; aumentar



es crecer, engrandecerse. La sociedad es la naturaleza sublimada. Yo quiero todo lo que no tienen las colmenas ni los hormigueros: los monumentos, las artes, la poesía, los héroes, los génios. Llevar pesos eternamente no es la ley del hombre. No, no, no mas párias, no mas esclavos, no mas forzados, no mas condenados. Quiero que cada uno de los atributos del hombre sea un signo de civilizacion y un símbolo de progreso; quiero la libertad ante el espíritu, la igualdad ante el corazón, la fraternidad ante el alma. No, no mas yugos: el hombre ha sido creado, no para arrastrar cadenas, sino para desplegar alas. No quiero mas hombres-reptiles; quiero la transfiguracion de la larva en lepidóptero; quiero que el gusano se transforme en flor viva y remonte su vuelo. Quiero.....

Aquí se detuvo: su mirada se animó con desusado brillo.

Sus labios seguian moviéndose, pero cesó de hablar.

La puerta habia quedado entreabierta, y ruidos del exterior penetraban en el calabozo. Oíase un ruido vago de clarines y cornetas que probablemente tocaban la diana; culatas de fusiles chocando contra el suelo, anunciando el relevo de



centinelas, y por último, bastante cerca de la torre según lo que podía colegirse en la oscuridad un movimiento parecido al de tablas y maderos con golpes sordos é intermitentes como los del martillo.

Cimourdain pálido, escuchaba. Gauvain no oía nada.

Su meditación era cada vez más profunda. Parecía que no respiraba: tan atento estaba á lo que veía bajo la bóveda visionaria de su cerebro. A veces se estremecía suavemente; y en sus pupilas se aumentaba por grados la claridad de aurora que desde el principio había brillado en ellas.

Así pasó un rato. Cimourdain le preguntó:

—¿En qué piensas?

—En el porvenir, contestó Gauvain.

Y volvió á caer en su meditación. Cimourdain se levantó del lecho de paja donde los dos estaban sentados; Gauvain no lo advirtió.

Cimourdain, con la vista fija amorosamente en el joven pensativo, retrocedió lentamente hasta la puerta, y salió.

El calabozo volvió á quedar cerrado.



## VI.

ENTRE TANTO , SALE EL SOL.

No tardó en despuntar el día en el horizonte.

Al mismo tiempo que el día , una cosa extraña, inmóvil, sorprendente y desconocida de las aves del cielo , apareció en la meseta de la Tourgue por cima del bosque de Fougères.

Habia sido puesta allí durante la noche ; era un objeto levantado mas que edificado. De lejos



---

en el horizonte formaba un perfil de líneas rectas y duras que tenían el aspecto de una letra hebraíca ó de uno de esos geroglíficos de Egipto que formaban parte del alfabeto del antiguo enigma.

A primera vista la idea que despertaba era la de la inutilidad. Estaba entre los brezos en flor y no se adivinaba para qué podría servir. Después, considerándola mas despacio, se experimentaban calofrios. Era una especie de tablado sostenido por cuatro piés derechos. A uno de sus extremos se levantaban dos maderos altos y rectos unidos en sus vértices por un travesaño, del cual pendía un triángulo que parecía negro, destacándose sobre el azul de la mañana. Al otro extremo habia una escalera, y en la parte inferior entre los dos maderos se distinguía una especie de cepo compuesto de dos secciones movibles, que ajustándose la una á la otra, ofrecían á la vista un agujero redondo de las dimensiones del cuello de un hombre. La seccion superior corria por una ranura de modo que podia alzarse ó bajarse. En aquel momento las dos medias lunas que uniéndose formaban el collar estaban separadas. Al pié de los dos maderos que sostenían el triángulo habia una tabla que podia girar sobre charnelas y tenia el as-



pecto de una báscula ; á su lado se veia un cesto oblongo y delante entre los dos postes otro cesto cuadrado. Todo estaba pintado de rojo y hecho de madera , menos el triángulo que era de hierro. Comprendíase que aquello habia sido construido por hombres ; tal era ello de feo , mezquino y ruin. Sin embargo , merecia haber sido llevado allí por genios : tal era ello de formidable.

Aquella construccion deforme era la guillotina.

En frente, á pocos pasos , en el barranco habia otro monstruo , la Tourgue: monstruo de piedra que hacia juego con el de madera. Y , debemos decirlo, cuando el hombre ha tocado la madera y la piedra , estas no son ya piedra ni madera , sino que toman algo del hombre. Un edificio es un dogma; una máquina es una idea.

La Tourgue era la resultante fatal de lo pasado, que en París se llamaba la Bastilla, en Inglaterra la Torre de Lóndres , en Alemania el Spielberg, en España el Escorial, en Moscou el Kremlin, y en Roma el castillo de Sant-Angelo.

En la Tourgue estaban condensados quinientos años , la edad media , el vasallaje , la gleba , el feudalismo: en la guillotina un año, 1793, y aque-



---

llos doce meses formaban contrapeso á aquellos quince siglos.

La Tourgue era la monarquía: la guillotina era la revolucion.

Confrontacion trágica.

De un lado la deuda, de otro el plazo cumplido.

De un lado la inextricable complicacion gótica, el siervo, el señor, el esclavo, el amo, la plebe, la nobleza, el código múltiple ramificado en usos y costumbres, el juez y el clérigo coligados, las trabas innumerables, las gabelas, la amortizacion, la capitacion, las escepciones, las prerogativas, las preocupaciones, el fanatismo, el real privilegio de la bancarrota, el cetro, el trono, la arbitrariedad, el derecho divino; de otro lado una cosa sencilla: una cuchilla afilada.

De un lado el nudo, de otro el hacha.

La Tourgue habia estado largo tiempo sola en aquel desierto. Allí estaba con sus almenas de donde habian caido sobre los sitiadores el aceite hirviendo, la pez inflamada y el plomo derretido; allí estaba con sus calabozos del olvido empedrados de huesos humanos, con su sala de descuartizar, con la tragedia enorme de que habia sido tea-



---

tro. Su figura funesta habia dominado en aquella selva, á cuya sombra habia gozado quince siglos de tranquilidad feroz. Habia sido en aquel pais el único poder, el único objeto de respeto y de espanto; habia reinado; habia sido la sola y absoluta representante de la barbarie. Pero á la sazón veía alzarse de improviso á su frente y contra ella una cosa—mas que una cosa—un ser tan horrible como ella: la guillotina.

En ocasiones parece que la piedra tiene una especie de vista estraña. Una estatua observa; una torre vigila; una fachada contempla. La Tourgue parecia examinar la guillotina, reflexionar y preguntarse:

—¿Qué es eso?

Aquello parecia haber salido de la tierra.

Y en efecto, de la tierra habia salido.

En la tierra fatal habia germinado y crecido el árbol siniestro. De aquella tierra regada con tanto sudor, con tantas lágrimas, con tanta sangre; de aquella tierra donde se habian cavado tantas hue-  
sas, abierto tantas tumbas y tantas cavernas y preparado tantas celadas; de aquella tierra donde habian podrido todas las especies de cadáveres hechos por todos los géneros de tiranía; de aquella



---

tierra superpuesta á tantos abismos y donde habian sido enterrados tantos crímenes como espantosa semilla; de aquella tierra profunda habia salido en el dia determinado esa desconocida, esa vengadora, esa feroz máquina porta-espada, y el 93 habia dicho al viejo mundo:

—Aquí estoy.

Y la guillotina tenia derecho para decir á la torre:—soy tu hija.

Y al mismo tiempo la torre, porque estas cosas fatales viven con una vida oscura, sentia en su seno el golpe de muerte que de su hija recibia.

La Tourgue ante la terrible aparicion parecia como azorada, y medrosa. La enorme masa de granito era majestuosa é infame; pero aquel madero con su triángulo era peor. La omnipotencia destronada tenia horror á la omnipotencia nueva. La historia criminal contemplaba á la historia justiciera: la violencia de otros tiempos se comparaba con la violencia moderna; la antigua fortaleza, la antigua prision, la antigua mansion feudal donde habian exhalado sus gritos de dolor los pacientes descuartizados, la construccion de guerra y de muerte, ya fuera de servicio y de combate, violada, desmantelada, descoronada, monton de



pedra sin mas valor que un monton de ceniza, horrible, magnífica y muerta, poseida del vértigo de siglos espantosos, veia pasar la terrible hora viviente. El Ayer temblaba ante el Hoy: la vieja ferocidad veia y experimentaba el nuevo espanto: lo que se habia hundido en la nada abria ojos de sombra para mirar levantarse el Terror: el fantasma contemplaba al espectro.

La naturaleza es desapiadada: no consiente en retirar sus flores, su música, sus perfumes, su luz ante la abominacion humana; confunde al hombre con el contraste entre la belleza divina y la fealdad social; no le perdona ni una ala de mariposa, ni un pequeño gorgceo de una avecilla; en pleno homicidio, en plena venganza, en plena barbarie le obliga á soportar la mirada de las cosas sagradas; no puede evitar la inmensa reconcion de la bondad universal y de la serenidad del azulado cielo. Es preciso que la deformidad de las leyes humanas se muestre en toda su desnudez en medio del eterno resplandor. El hombre rompe, pulveriza, esteriliza, mata: el verano continúa siendo verano, la azucena es siempre azucena y el astro astro.

Aquella mañana era una de las mas hermosas



---

del estío : nunca se habia presentado la naturaleza tan risueña y fresca como al amanecer de aquel dia. Un vientecillo agradable jugueteaba entre los brezos ; los vapores subian suavemente por las ramas ; la selva de Fougères , penetrada toda del hálito que exhalan los manantiales , humeaba á la luz del alba como una gran cazoleta llena de incienso. El azul del firmamento , la blancura de las nubecillas , la clara transparencia de las aguas , el verdor de la yerba y del follage que recorria esa armoniosa escala que va desde el verde-mar al verde esmeralda , los grupos fraternales de árboles , las sábanas de yerba , los prados profundos , todo tenia esa pureza que es el eterno consejo de la naturaleza al hombre. En medio de todo esto se ostentaba el horrible impudor humano ; en medio de todo esto aparecian la fortaleza y el patíbulo , la guerra y el suplicio , las dos figuras , la del siglo sanguinario y la del minuto sangriento ; el buho de la noche de lo pasado y el murciélago del crepúsculo del porvenir. En presencia de la creacion florida , embalsamada , amante y amable , el cielo esplendido inundaba de luz la Tourgue y la guillotina y parecia decir á los hombres : ved lo que yo hago , y mirad lo que vosotros haceis.



---

Tal es el uso formidable que suele hacer el sol de su luz.

Aquel espectáculo tenia espectadores.

Los cuatro mil hombres del ejército expedicionario formaban el cuadro en la meseta, rodeando la guillotina por tres lados; de modo que trazaban en torno suyo la figura de una E. La batería colocada en el centro del lado mayor formaba la espiga de la E. La máquina roja estaba como encerrada en estos tres frentes de batalla, especie de muro de soldados replegado por los dos lados hasta la escarpa de la meseta. El cuarto lado del cuadro, este lado abierto, era el barranco mismo y miraba á la Tourgue.

Todo esto formaba un cuadrilátero en el centro del cual estaba el patíbulo. A medida que se levantaba el sol, decrecia sobre la yerba la sombra proyectada por la guillotina.

Los artilleros estaban junto á las piezas con las mechas encendidas.

Un humo azulado subia lentamente del barranco: era el incendio del puente que acababa de extinguirse.

Aquel humo desvanecia un tanto, sin velarlos del todo, los contornos de la Tourgue, cuya alta



azotea dominaba todo el horizonte. Entre ella y la guillotina no habia mas intermedio que el baranco; de la una á la otra era posible hablarse.

A aquella plataforma se habian trasladado la mesa del tribunal y la silla á que daban sombra las banderas tricolores. El sol que se levantaba detras de la Tourgue hacia resaltar en negro la masa de la fortaleza, y en su parte mas alta, en la silla del tribunal y bajo las banderas, la figura de un hombre sentado, inmóvil y cruzado de brazos. Era Cimuardain. Vestia como en el dia anterior su traje de delegado civil; tenia en la cabeza el sombrero con penacho tricolor, el sable al lado y las pistolas á la cintura.

Guardaba silencio y todos le guardaban tambien. Los soldados descansando sobre las armas tenian la vista fija en el suelo: se tocaban con el dedo alguna vez, pero no se hablaban. Meditaban confusamente sobre aquella guerra, sobre tantos combates, tantas escaramuzas entre setos y vallados valientemente arrastrados, sobre las nubes de curiosos campesinos aventadas por ellos, sobre las ciudadelas tomadas, las batallas ganadas, las victorias obtenidas, y les parecia que toda aquella gloria habia venido á parar en una gran vergüen-



---

za. Una sombría expectativa oprimía todos los corazones. Veíase en el tablado de la guillotina al verdugo que se movía de una parte á otra, mientras la claridad creciente de la mañana llenaba magestuosamente el cielo.

En esto, se oyó el ruido destemplado de los tambores cubiertos de negro crespon. Fuese acercando aquel redoble fúnebre; abriéronse las filas y una triste comitiva entró en el cuadro y se dirigió hácia el cadalso.

Iban primero los tambores enlutados; despues una compañía de granaderos con las armas á la funerala; luego un peloton de gendarmes con los sables desenvainados, y por último el sentenciado Gauvain.

Gauvain marchaba con desembarazo: no llevaba ataduras ni en los pies ni en las manos: vestía el peti-uniforme, con espada ceñida.

Detrás de él cerraba la marcha otro peloton de gendarmes.

Gauvain mostraba todavía en su semblante aquella espresion de contento reflexivo que le habia iluminado al decir á Cimourdain: pienso en el porvenir. Nada mas inefable y sublime que aquella perenne sonrisa.



Al llegar á la meseta, su primera mirada fue para lo alto de la torre, desdeñando la guillotina.

Sabia que Cimourdain creeria de su deber asistir á la ejecucion. Buscóle con la vista en la plataforma, y allí le vió en efecto.

Cimourdain estaba lívido y frio. Los que estaban á su lado no oian su respiracion.

Cuando vió á Gauvain, no se observó en él ni el mas leve estremecimiento.

Gauvain entre tanto se adelantaba hácia el patíbulo.

Al marchar miraba á Cimourdain, y Cimourdain le miraba. Parecia que Cimourdain se apoyaba aquella mirada.

Gauvain llegó al pie del cadalso y subió seguido del oficial que mandaba los granaderos. Allí se descinó la espada y la dió al oficial; despues se quitó la corbata y la entregó al verdugo.

Parecia una vision celeste: jamás habia estado mas hermoso; sus cabellos castaños flotaban á merced del viento: no era costumbre entonces cortarse el pelo; su cuello blanco recordaba el de una mujer, y su mirada heróica y soberana hacia pensar en un arcángel. Estaba en el cadalso pensativo; aquel lugar es tambien una cima y sobre ella apa-



recia Gauvain en pie, magnífico y sereno, envuelto por los rayos del sol como en una aureola de gloria.

Era preciso, sin embargo, atar al paciente, y al efecto acudió el verdugo con una cuerda en la mano.

En aquel momento los soldados, al ver á su comandante próximo á ser puesto bajo la cuchilla, no pudieron contenerse. El corazón de aquellos guerreros estalló y oyóse una cosa enorme: los sollozos de un ejército. Levantóse un clamor general diciendo: ¡perdon, perdon! Algunos cayeron de rodillas; otros soltando los fusiles levantaron los brazos hácia la plataforma, donde estaba Cimourdain. Un granadero gritó señalando la guillotina: ¿se reciben ahí sustitutos? Aquí estoy yo. Todos repetían frenéticamente: ¡perdon, perdon! y aquel grito, oído por leones, les hubiera conmovido ó espantado, porque las lágrimas de los soldados son terribles.

El verdugo se detuvo no sabiendo qué hacer.

Entonces una voz breve y sorda, que todos sin embargo oyeron, tal era ella de siniestra, gritó desde lo alto de la torre:

—¡Favor á la ley!



En el acento inexorable de aquel grito todos reconocieron la voz de Cimourdain. El ejército experimentó el estremecimiento de la emoción contenida.

El verdugo no vaciló ya y se acercó con su guerd.

—Esperad, dijo Gauvain.

Volvióse hácia Cimourdain, le hizo con la mano derecha un ademán de despedida y luego se dejó atar.

Cuando estuvo atado, dijo al verdugo.

—Esperad todavía un momento.

Y gritó:

—¡Viva la república!

Echáronle sobre la báscula. Aquella cabeza hermosa y altiva se encajó en el infame collar; el verdugo le levantó suavemente los cabellos y después oprimió el resorte. El triángulo se desprendió y cayó primero lentamente, después rápidamente; cayóse un golpe horrible y repugnante.....

En aquel mismo momento sonó otro ruido. Al de la cuchilla había respondido el de la pistola. Cimourdain acababa de coger una de las que tenía en la cintura, y en el instante en que la cabeza de Gauvain caía en el cesto, Cimourdain se atravesaba-



---

ba el corazon con una bala. Salió de su boca un torrente de sangre y cayó muerto.

Y aquellas dos almas, hermanas trágicas, volaron juntas, mezclándose la sombra de la una con el fulgor de la otra.

FIN.







# TABLA

DEL TOMO TERCERO.

---

TERCERA PARTE.

EN LA VENDÉE.

(CONTINUACION)

---

LIBRO CUARTO.

LA MADRE.

I.	La muerte pasa. . . . .	47
II.	La muerte habla. . . . .	53
III.	Zumbido de aldeanos. . . . .	61
IV.	Un error. . . . .	69
V.	Vox in deserto. . . . .	75
VI.	Situacion. . . . .	81
VII.	Preliminares. . . . .	87



## TABLA.

viii.	La palabra y el rugido. . . . .	95
ix.	Titanes contra gigantes. . . . .	103
x.	Radoub. . . . .	111
xi.	Los desesperados. . . . .	125
xii.	Salvador. . . . .	131
xiii.	Verdugo. . . . .	137
xiv.	Tambien el Imano se escapa. . . . .	143
xv.	De cómo no deben ponerse en el mismo bolsillo un reloj y una llave. . . . .	149

## LIBRO QUINTO.

## IN DÆMONE DEUS.

i.	Hallados, pero perdidos. . . . .	159
ii.	De la puerta de piedra á la de hierro. . . . .	173
iii.	Despiértanse los niños que estaban dormidos. . . . .	179

## LIBRO SESTO.

## DESPUES DE LA VICTORIA VIENE EL COMBATE.

i.	Lantenac preso. . . . .	191
ii.	Gauvain pensativo. . . . .	197
iii.	El capuchon del gefe. . . . .	223

## LIBRO SÉTIMO.

## FEUDALISMO Y REVOLUCION.

i.	El abuelo. . . . .	131
ii.	El consejo de guerra. . . . .	245



iii.	Los votos. . . . .	253
iv.	Despues de Cimourdain juez, Cimourdain maestro. . . . .	263
v.	El calabozo. . . . .	267
vi.	Entre tanto sale el sol. . . . .	283



UNIVERSIDAD DE CADIZ



3721482014



